

Romántica



*A asociada con...
¿ la Muerte?*

Megan Marsell

Asociada con... ¿la Muerte?

Megan Marsell

Autora: Megan Marsell
Editorial: Editorial digital
Portada: Royalty free images and vectors

Este libro es una obra de ficción.

Nombres, personajes, lugares y sucesos ocurridos son producto de la imaginación de la autora o han sido usados de manera ficticia.

Cualquier parecido con eventos de la realidad, lugares o personas vivas o muertas es completamente coincidencia.

Copyright © 2019 Megan Marsell

Todos los derechos reservados, incluyendo el derecho de reproducción de toda o parte de la obra. Ninguna parte de este libro debe ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información AS/RS sin permiso, por escrito, de la autora.

Sinopsis

Leah, la última humana y responsable de asegurar la salvación de la humanidad... ¿asociándose con el Jinete Pálido?

Necesitará suerte para sobrevivir a su nuevo entorno... O a Muerte.

I. Perdida y hallada.

Leah era una chica bajita y delgada, muy pequeña aún a sus 20 años. Tenía el cabello negro con las puntas teñidas de rojo, un corte degrafileado y el cabello un poco por debajo de sus hombros. Vivía con su hermano en la gran ciudad. Nueva York, ya me entienden. Su hermano era un tipo alto, delgado y muy parecido a ella en el rostro. Acababa de ser asesinado por un demonio en su departamento, en frente de Leah...

Leah se apartaba el flequillo de los ojos mientras corría por las calles buscándola a *ella*. Anticipándose a su muerte, su hermano le había dicho que huyera en su búsqueda. Sus pantalones de mezclilla se rasgaron al atorarse en algún escombros de la ciudad en ruinas mientras se escabullía entre el caos que provocaba el apocalipsis. Llegó hasta ese pequeño y semioculto local en el que parecía que el desastre no había llegado. Entró silenciosamente y la llamó.

—¿Sra. Ollie? Me llamo Leah, vengo de parte de Morton...

—Sé muy bien quién eres...

Una ancianita encorvada y vestida con una túnica bastante extravagante se acercó a ella. Le tomó el rostro entre las manos y la examinó. A Leah le recorrió un escalofrío.

—No temas. Soy el oráculo de este mundo. Supongo que tu hermano no tuvo tiempo de explicarte...

Leah se retorció las manos en su espalda de nervios.

—No... Sólo me dijo que usted me ayudaría.

La anciana se rio por lo bajo.

—No sé si será de ayuda, pero al menos te pondrá a salvo. Ayuda al Jinete Pálido en su búsqueda y recuperarás a Morton... Y a toda la humanidad en realidad. Es bastante simple.

Se le aceleró el corazón.

—¿Qué Jinete? ¿Por qué yo? No entiendo nada...

La anciana le sonrió amablemente mientras de un estante del oscuro local tomaba un pequeño árbol bonsái y se lo ponía en las manos.

—Ya lo entenderás... Buen viaje, hija de Eva.

El bonsái resplandeció un instante y después todo se volvió oscuridad en Leah.

* * * * *

El Jinete Pálido, Muerte, avanzaba cauteloso hacia las montañas nevadas que eran el hogar de Padre Cuervo. No había tiempo que perder si quería salvar a Guerra.

Por el camino se iba encontrando abominaciones congeladas que fungían como obstáculos simples. Uno de ellos bloqueaba una cueva. Lo despertó, lo asesinó y entró en ella. A veces se encontraban cosas de valor en ellas. Era algo pequeña y había un bulto en el fondo, tirado en el suelo. Se acercó y de una leve patada lo volteó para darse cuenta de que era una... ¿humana?

Muerte no pudo menos que fruncir el entrecejo. ¿Qué narices hacía una humana en los dominios de Padre Cuervo? Ella comenzó a moverse y cuando abrió los ojos un grillo de horror escapó de sus labios mientras corría fuera de la cueva. Se tropezó y se giró para ver a Muerte.

Él avanzó hacia ella con intención de interrogarla, pero ella retrocedió al punto de casi caer por el precipicio que se extendía detrás de ella.

Muerte la tomó de la blusa tirándola hacia delante, contra el muro de roca de la montaña.

—¿Quién eres y que haces aquí?

Le espetó de forma amenazadora.

—Yo...

La pobre Leah no sabía si tiritaba de frío o de temor ante el imponente Jinete.

—¿Y bien?

Muerte no era un hombre paciente.

—Me ha enviado el Oráculo de mi mundo. Mi hermano murió, todo es un desastre y ella dijo que debía ayudar al Jinete Pálido...

Respondió Leah apresuradamente, mientras las palabras se le trababan al intentar salir presurosamente de su boca.

Muerte enarcó una ceja y la miró como analizándola. Los enormes ojos grises de Leah estaban clavados en los de él, anaranjados y brillantes.

—Pues yo soy el Jinete Pálido y no necesito tu ayuda, humana. —le dijo comenzando a andar y arrojándole el manto púrpura que antes cubría sus hombros encima. —Morirás de frío antes de poder si quiera seguirme el paso.

Leah dudó unos instantes. El manto aún estaba caliente. No tenía más alternativas. Se acomodó como pudo el manto sobre los hombros y comenzó a correr detrás de Muerte.

II. Miedo a las alturas.

—En serio estás decidida, ¿eh? Bien, te llevaré con Padre Cuervo y eso será todo. Él sabrá qué hacer contigo.

Muerte seguía caminando mientras Leah lo seguía de cerca con la cabeza gacha. No tenía idea de quién era Padre Cuervo, pero sonaba a que sería mejor que estar con un lunático que tenía finta de pegarle a todo lo que osara si quiera mirarlo de una manera que el considerara inapropiada.

Llegaron a un enorme precipicio. Algunas columnas de madera sobresalían del techo y un anciano encorvado y vestido de negro los miraba desde el otro lado mientras murmuraba algo que Leah no alcanzaba a escuchar.

De cualquier modo, ¿cómo iban a cruzar aquello?

Muerte miraba el entorno analizando sus opciones. Y sí... No tenía más remedio. Suspiró y se colocó dándole la espalda a Leah.

—Sube a mi espalda y sujétate fuerte o te caerás.

Leah lo miró incrédula.

—¿En serio piensas cruzar esto así? Es una caída mortal... —dijo asomándose al precipicio.

Muerte suspiró algo fastidiado.

—Como quieras... —y empezó a andar.

—¡Está bien! No tienes que presionar... —dijo Leah subiéndose a su espalda y enredando los brazos alrededor de su cuello y las piernas en su cintura. Era como cuando su hermano la cargaba, sólo que este tipo era mucho más grande.

Muerte dio un salto y se sostuvo de la primera columna. Leah dio un pequeño gemido de terror clavándole las uñas al Jinete en el pecho, aunque él ni se inmutó. Saltó a la siguiente columna y el anciano se desvaneció en una parvada de cuervos que se dirigió directo hacia ellos antes de seguir su vuelo.

Leah se asustó y hundió la cara en el cabello del Jinete por temor a que la atacaran.

Una vez cruzado el barranco, Leah dejó su espalda y siguió andando junto a él. Durante el camino, se cruzaron con varias bestias de hielo. Muerte las despachaba con rapidez mientras Leah sólo se mantenía donde no pudiera estorbarle. No mediaron palabra mientras andaban, hasta que llegaron a la sala del trono de Padre Cuervo.

—Tú quédate aquí... —le ordenó Muerte en un susurro.

—Leah... —soltó ella bajito.

—¿Mmhh?

Muerte se giró hacia ella.

—Mi nombre... Es Leah... —dijo ella temerosa.

—Da lo mismo... —dijo él avanzando.

Y, como era una chica testaruda, Leah le siguió de cerca haciendo caso omiso a su orden.

—Padre Cuervo... Necesito tu ayuda. —clamó en voz alta el Jinete.

—Ah... Jinete... Ya te he ayudado una vez... ¡Y he estado maldito desde entonces!—dijo agitando algo que parecía un talismán brillante de color verdoso. —¡Desearía no haberlo hecho!

Muerte no se impresionó.

—No he venido a liberarte de tu sufrimiento... Aún no.

—¿Qué es lo que buscas, Jinete?

—Revivir a la humanidad.

—¡JA! Menuda locura...

—Pues si es una locura, quién mejor para guiarme que tú.

—¿Serías capaz de matar a tu hermano por mantener tu preciado equilibrio?

—¡Él es inocente! —gritó Muerte molesto.

—¿Tan seguro estás...? Hay un lugar donde encontrarás las respuestas que buscas...

Una especie de portal se abrió entre Muerte y el Padre Cuervo. Mostraba un enorme árbol. Leah sólo observaba en silencio.

—El Árbol de la Vida... —musitó Muerte y comenzó a avanzar hacia él. Pero el anciano lo cerró antes de que pusiera un pie dentro—. Abre el portal... —susurró en una voz amenazadora Muerte que le heló la sangre a Leah.

—Tú no pasarás mientras yo viva... —dijo Padre Cuervo elevándose del suelo.

—Que así sea... —susurró Muerte.

En una nube oscura, apareció un hombre fornido y armado con un espadón: Guerra. Leah sólo se mantenía lejos de donde pudiera recibir un golpe mientras Guerra y Muerte yacían en una encarnizada lucha. Al final, Muerte destruyó la visión y la figura de Padre Cuervo volvió a aparecer. Leah se acercó a Muerte y soltó un gritito de sorpresa cuando Muerte le atravesó el torso con la hoz.

—Abre... El portal... —le ordenó mientras lo arrojaba al suelo.

El pobre anciano sólo escupió sangre.

—Tus secretos mueren contigo, anciano.—le espetó Muerte.

—Los míos sí... Pero no los tuyos.

El talismán que llevaba se partió en trozos que salieron despedidos y se incrustaron en el pecho de Muerte, quien cayó de rodillas para después tenderse en el suelo con un gemido de dolor. Leah corrió hasta él y lo tomó de los hombros intentando hacerlo reaccionar. ¡No podía desmayarse! ¿Qué haría ella sola?

Un enorme agujero negro se abrió debajo de Padre Cuervo y apenas tocó a Leah, ésta se desmayó sobre el cuerpo de Muerte y ambos fueron absorbidos por la oscuridad.

III. Después de la siesta

—Cuidado, Jinete, estás herido...

Una voz masculina sacó a Muerte de su estado de letargo. Abrió los ojos y se puso de pie rápidamente al sentir el contacto de unos dedos extraños con la parte de su torso en la que habían quedado incrustados los cristales del amuleto de Padre Cuervo.

—¡No me toques! —bramó con elitismo al enorme anciano, que era mucho más alto que Muerte y más robusto en complexión.

El anciano caminó haciendo como que observaba una estatua, aunque en realidad estaba reflexionando.

—Tu llegada es un mal augurio... Sí... Me causa gran inquietud... —y comenzó a andar dándole la espalda a Muerte.

—Anciano, te causaré algo mucho peor si no empiezas a hablar claro. —le dijo Muerte señalándolo con un dedo de forma amenazadora. —¿Y el Árbol de la Vida?

—¿Vida? —el anciano rio por lo bajo y se volteó a mirarlo. —Este mundo se muere, ahogado en el caos y la corrupción. No podemos hacer nada, pronto perecerá el árbol y, con él, los últimos miembros de mi pueblo. ¿No es eso lo que te trae aquí, Jinete?

—Sólo busco el Árbol. Tu caos y tu corrupción no me conciernen. —respondió Muerte de una forma más relajada.

En cuanto terminó de formar la frase, engendros de piedra y corrupción surgieron de la tierra.

—Yo creo que te concierne más de lo que crees, Jinete... —susurró el anciano mientras Muerte se dedicaba a despachar uno a uno a los enemigos con absurda facilidad.

Al terminar se giró nuevamente al anciano.

—Peleas bien, Jinete, pero eso no será suficiente si quieres llegar hasta el Árbol. La corrupción ha bloqueado el camino. Debes destruirla si quieres continuar. —dijo con calma.

—¿Y tú quién eres para darme órdenes? —replicó Muerte volviendo a su habitual estado altanero.

—Un Hacedor. Estas manos han colocado los cimientos de muchos mundos, pero eso fue hace mucho tiempo.

Hubo una breve pausa silenciosa.

—Una mujer me acompañaba, una humana. ¿Qué fue de ella? —le cuestionó Muerte.

—¡Ah! La pequeña Leah... Ella está bien. Ven conmigo. —dijo el anciano comenzando a andar mientras el Jinete caminaba a su lado. —Ha estado entrenando duro, arco y flechas, dagas... Armas ligeras. Desarrolló una excelente vista y una agilidad increíble para ser una humana. Dijo que quería ser de utilidad en tus viajes.

—Esa cría... —susurró Muerte con tono fastidiado, como si la sola mención de aquella humana le fastidiara.

—Sí... Sobre eso, ella despertó seis años antes que tú. Así que, hace mucho que dejó de ser una niña... —terminó diciendo el anciano cuando llegaron a una zona de la ciudad de piedra que parecía ser el área de entrenamiento.

Un Hacedor pelirrojo y armado con una enorme hacha colocaba tres tiros al blanco en distintos postes de entrenamiento mientras una mujer alistaba su arco dándole la espalda.

—¿Estás lista? —le dijo a la mujer apartándose de su camino.

—¡Cuando digas! —le respondió ella con voz animada.

—¡Ahora! —ordenó con firmeza el Hacedor.

En un instante, la mujer se dio la vuelta y en menos de un segundo lanzó tres flechas que dieron justo en el centro de cada blanco. Esa no podía ser la chica que él había recogido en la montaña nevada...

—¡Ja ja! ¡Así se hace! Cada vez me asombras más... —bramó el Hacedor dándole un golpecito cariñoso en un hombro a la chica.

Ella rió y apartó el flequillo que le cubría el ojo derecho con un movimiento de su cabeza. Sí... Indudablemente era ella... ¡Y vaya que había dejado de ser una niña! Había crecido varios centímetros, aunque seguía siendo demasiado bajita y delgada para su edad. Su cabello ahora caía a la altura de su cintura y su flequillo era más largo aunque las puntas seguían siendo rojas. Sus senos habían crecido sólo lo suficiente para resaltar su género, su cintura era estrecha, sus caderas se habían vuelto amplias y llamativas seguidas por un par de piernas largas y delgadas, pero torneadas. Su vestimenta también había cambiado: ahora vestía pantalones de color negro bastante ajustados a juego con unas botas altas y una armadura que sólo le cubría el torso y la espalda, todo del mismo color. Llevaba una blusa delgada sin hombros de color blanco debajo de la armadura y de la armadura caían dos trozos de tela a modo de taparrabos de color rojo. Sin duda de la niña caída en desgracia que recogió años atrás no quedaba nada.

Ambos, el anciano y el Jinete, bajaron la escalinata para encontrarse con ellos dos.

—¡Hey! ¡Edwood! ¡Al fin vuelves! —exclamó alegremente el Hacedor pelirrojo al ver al anciano. —Y veo que tienes compañía... —concluyó en un tono menos positivo.

Al escuchar la palabra compañía, Leah dejó de prestarle atención a recoger sus flechas y se giró a mirar a donde se encontraban los dos. Una sonrisa se dibujó en su cara y corrió a su encuentro.

—Así es... Tengo compañía, Dane... —dijo un sonriente Edwood al ver el entusiasmo de Leah.

—¡Por fin despertaste! ¡Creí que dormirías por siempre! ¡No tienes idea del gusto que me da verte! —exclamó apresuradamente mirando directamente a los ojos del Jinete con sus enormes ojos grises humedecidos por la emoción.

—Me gustaría poder decir lo mismo de ti... —murmuró Muerte con

sorna. "*Sus ojos no han cambiado...*" pensó. Leah simplemente sonrió al ver que no había cambiado.

—Deberías ir a ver a Vaal, Jinete. Ella te dirá lo que necesitas sobre tu misión. —dijo Edwood comenzando a subir de nuevo las escalinatas seguido de cerca por Dane.

—¡Yo te llevo! —dijo Leah alegremente tomando del brazo a Muerte y comenzando a caminar.

Muerte, a regañadientes, la siguió.

—Ha pasado algún tiempo y no has cambiado nada... —comenzó a conversar Leah.

—Es natural, los humanos envejecen con una facilidad ridícula. —le respondió Muerte—. ¿Cómo sobreviviste este tiempo?

No podía negar que le despertaba cierta curiosidad.

—Bueno, Edwood me encontró junto a ti, me dieron comida, agua, asilo... Bueno, se hicieron cargo de mí. Son muy bondadosos... Podrías aprender algo de ellos. —señaló algo divertida sabiendo que estaba pinchando el orgullo de Muerte al ver la expresión de fastidio de sus ojos.

—Deberías tenerle más respeto al Segador, niña... No tienen nada que puedan enseñarme. —le espetó soltándose del agarre de la chica.

—Nah... Edwood dijo que si quisieras matarme lo habrías hecho desde que me encontraste. Y no soy una niña, ya te dije que me llamo Leah. —dijo ella restándole importancia.

—Ese Anciano insolente... —murmuró Muerte haciendo un ademán de volver a buscar al viejo.

—¡Relájate! No le tomes importancia, yo he tenido la culpa por ser tan indiscreta. —lo calmó Leah volviendo a tomarlo del brazo.

Muerte no respondió, sólo no dejaba de admirarse para sus adentros cómo le había perdido el miedo, cómo ya no le temblaba la voz al hablar y la seguridad que denotaba al andar. Sin duda iba a ser una larga, larga travesía...

IV. El agua y el aceite NO se mezclan.

Leah y Muerte llegaron a la pequeña forja en que se encontraba Vaal. Ésta al sentirlos llegar miró hacia ellos y esperó a que se acercaran.

—¡Por el Hacedor! Los rumores son ciertos... ¡Un Jinete en el País de las Fraguas! Me llamo Vaal, y este es mi hermano, Venir. Somos los guardianes de esta fragua. Aunque eso significa mucho menos que antaño. —se presentó Vaal mientras Leah se sentaba en uno de los barandales de piedra que rodeaba la fragua y tomaba un fruto que parecía una manzana de un árbol cercano y le pegaba un generoso mordisco.

—¿Es una Fragua del Hacedor? —cuestionó Muerte, incrédulo, al ver lo poco impresionante que era la pequeña forja.

—No, perdimos la Fragua del Hacedor. La Corrupción nos la arrebató. —respondió Vaal con pesar. —Pero en sus profundidades creamos las Torres Oscuras del Infierno y las Ciudades del Cielo.

—¿Y ahora hacen baratijas? —replicó Muerte con tono sarcástico.

—¿Y tú? ¿Uno de los Cuatro ahora buscas la ayuda de los Hacedores? —respondió Vaal devolviéndole el gesto sarcástico. —Supongo que todos estamos en decadencia.

—Es un buen punto... —susurró Leah mientras mecía los pies desde su posición.

Muerte la miró fastidiado de ver su orgullo pinchado, pero la ignoró.

—He venido buscando el Árbol, pero tú Anciano habla de Fuego. ¿A qué se refiere?

—Es el Fuego de la Montaña, la Sangre del Padre de Piedra. —respondió Vaal. —En tiempos corrió por nuestra Fragua, igual que las Lágrimas. Imbuían nuestras obras de un poder increíble, el Corazón y el Alma de la Piedra. Pero la Corrupción se apropió de ellas y acalló nuestra Fragua.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? —cuestionó Muerte al comenzar a disgustarle el rumbo que estaba tomando la situación.

—La Corrupción ha invadido el sendero del Árbol. —respondió pacientemente Vaal. —Estás atrapado en este lugar como nosotros. Restaura nuestra Fragua y podrás llegar al árbol.

—No sigo tu razonamiento. —murmuró el Jinete comenzando a impacientarse.

—Somos Hacedores, no guerreros. Pero no carecemos de armas. Antes de perder la Fragua, creamos una criatura de piedra, un Coloso para combatir la Corrupción. Pero despertarlo requiere una Llave del Hacedor, y necesitamos la Fragua para crearla. ¿Nos ayudarás?

Leah miraba a uno y a otro expectante.

—Para empezar, deberás reactivar el Caldero... —dijo Leah distrayéndose con una hoja que paseaba entre los dedos.

—¿Qué es ese Caldero? —susurró Muerte resignado.

—Un templo construido en la umbría del Pico del Padre de Piedra. En él se reunía el Fuego de la Montaña para conducirlo a nuestra Fragua. —respondió Vaal. —Cabalga al este de la Ciudad, cruza el Paso Abrasado y ve hasta el pico del Padre de Piedra.

—Ya... —susurró Muerte dando la vuelta y marchándose.

—¡Espera! ¡Voy contigo! —gritó Leah poniéndose en pie y echando a correr tras el Jinete.

—¿Y quién te ha dicho que te dejaré acompañarme? —le desafió Muerte.

—No te he pedido permiso. Te seguiré aunque no quieras, además conozco el camino, podría serte útil. —dijo Leah cruzando los brazos tras su cabeza.

Muerte lo sopesó un segundo, pero antes de poder dar una respuesta, Venir se acercó y con un gruñido llamó la atención de Leah.

—¿Venir? —el Hacedor le entregó a Leah un cinturón con un gruñido. —Gracias, casi lo olvido... —dijo Leah ajustandoselo en la cintura. Venir

respondió con un gruñido y regresó a su puesto.

El cinturón tenía dos fundas laterales con una daga en cada una, un par de pequeñas bolsas en las que guardaba las agujas senbon en el lado derecho y en el izquierdo una bolsa larga que iba desde su cintura hasta un poco arriba de su rodilla, donde se ajustaba con otro cinto alrededor de su pierna.

—Vas a meterte en problemas un día si sigues olvidando las cosas con tanta facilidad, Leah.

Una Hacedora de cabello blanco y aparentemente ciega, ya que una banda de color azul cubría sus ojos, se acercó a ellos mientras decía aquello.

—No pasa nada, Muria, ¡tengo todo bajo control! —respondió Leah animada.

Muerte alzó una ceja, dudaba mucho que ella tuviera *algo* bajo control.

—Aguardábamos tu llegada. Tu sombra se cierne desde hace mucho sobre este reino, Jinete. —le dijo Muria a Muerte.

—Muchos conocen al Segador, Anciana, pero yo no te conozco a ti. —siseó Muerte.

—Somos los forjadores de este mundo. Pero la Corrupción anida en su seno y destruye en días lo que tardamos eones en construir. Edwood hace lo posible por aliviar nuestro dolor, pero nuestras almas anhelan un solo consuelo, la muerte. No tenemos esperanza. —respondió la Hacedora con amargura.

—No digas eso, Muria, las cosas mejorarán, ya verás. —dijo Leah poniendo su delgada mano en el brazo de ella.

—Eres una pequeña alma, pero llena de luz. Al menos eso nos trae algo de calor. —le respondió Muria poniendo su mano sobre la de Leah, lo cual era mucho decir, dado el tamaño gigantesco de su mano a comparación de la manita pequeña y delgada de Leah. —¡Que te vaya bien, Jinete! —dijo en voz alta Muria al ver marcharse a Muerte sin decir nada.

—Yo también me voy, ¡deséame suerte! —le dijo Leah a Muria mientras andaba a seguir a Muerte.

Al llegar a la entrada de Tripsom, se toparon con Dane, en el campo de entrenamiento.

—Pfft... El Segador, ¡ya era hora de que vinieras! —le espetó con desagrado al Jinete. —Los Hacedores se mueren, y el reino también. Sólo quedamos nosotros.

—La vida de un guerrero no es fácil, Anciano. —le respondió Muerte con fastidio.

—Ya... No es fácil, pero es simple. —dijo en un tono más suave Dane. —Siempre pensé que moriría espada en mano y rodeado de cadáveres enemigos.

—¿Qué glorioso final puede esperarte escondido tras estas puertas? —le dijo Muerte con sorna.

—Es imposible combatir o dañar a la Corrupción. Sólo puedes matar a los Corrompidos. Cada golpe que asesto a la Corrupción es un golpe a mi propia gente. Piensa en ello, Jinete, antes de llamarme cobarde. —dijo Dane intentando acallar al Jinete.

—Puedo acabar con tus problemas... —le retó Muerte.

—Inténtalo si quieres... Esta hoja es más antigua que tú, Jinete, y también más larga.

—Los reduciré a ambos a la mitad. —dijo Muerte dando un paso al frente mientras Dane lo miraba amenazador.

—¡Ya basta! Pelear no te ayudará a conseguir tu objetivo... —le dijo Leah a Muerte poniéndose entre ambos hombres osadamente, ya que un golpe de cualquiera de ellos dos podría ser mortal para ella.

—Como sea... —susurró Muerte.

Leah suspiró y lo siguió cuando comenzó a andar hacia la puerta.

—Jinete, por ese camino sólo hallarás problemas. —le dijo en tono de advertencia Dane a Muerte mientras los alcanzaba en la escalinata.

—Haz lo que debas por tu familia, Anciano. Por la mía, yo me voy al Caldero. —replicó Muerte.

—Es una buena idea si quieres hundirte en la Corrupción hasta la cintura.

¿Sabes por qué razón hay una puerta aquí? Si fueras mi amigo, no te dejaría pasar. Pero, ¿quién es amigo de la muerte? —se burló Dane.

Leah sintió un pequeño vuelco en el estómago con sus palabras, sin embargo, Muerte no se inmutó.

—Me da lo mismo... —susurró Muerte siguiendo su camino.

—¿Y tú? ¿A dónde crees que vas? —le dijo Dane a Leah.

—Voy a guiarlo hasta allí. —dijo ella con su habitual sonrisa.

—¡Ja! Sólo vigila que no se lastime... —dijo señalando a Muerte con el pulgar.

Leah sólo sonrió y caminó detrás del Jinete.

'Vigilarme a mí... Pfft...' pensó Muerte.

V. Bueno, tal vez sí se mezclan un Poco.

Leah y Muerte caminaron fuera de Tripsom hasta llegar a un pequeño lago rodeado por algunas ruinas. Muerte sonrió confiado en que podría burlarse de Leah. Una humana como ella jamás podría cruzar aquello.

—¿Vienes o qué?

Muerte se sorprendió un poco, Leah se encontraba ya arriba del muro que debían saltar para llegar al otro lado del lago... ¡Y ni si quiera había notado que se había movido hasta allí! Algo molesto, la siguió. Caminaron un tramo más hasta llegar a al Valle. Era ahí donde coincidían todos los caminos del País de las Fraguas. Leah respiró hondo disfrutando la brisa fresca de aquella tarde. Muerte convocó a su caballo, y avanzó sin decir palabra.

—¿Qué no vas a dejarme montar? —dijo Leah acelerando el paso para alcanzarlos.

—A Desesperación no le gustan los extraños. —respondió escuetamente Muerte mientras le acariciaba el cuello a su fiel corcel. Sonrió, era su manera de cobrarse las pequeñas humillaciones anteriores.

—Da igual, estoy acostumbrada a caminar de todos modos. —dijo Leah encogiéndose de hombros y continuando su caminata al lado de ellos.

¡Pues había que admirar su persistencia!

Anduvieron un buen tramo hasta que Muerte, dándose cuenta de que Leah caminaba cada vez más lento y a marchas forzadas, decidió que era buen momento para permitirle descansar en un pequeño claro del Bosque. Leah se sentó al pie de un árbol, dejando en el suelo su arco, y extrajo de su bolsa una especie de hoja de color verde que envolvía una especie de galleta. Le quebró un trozo y se lo llevó a la boca. Muerte estaba de pie, cerca de ella, aunque mirando a la distancia.

—¿Qué es eso? —le preguntó Muerte, con algo de indiferencia,

mirándola por el rabillo del ojo.

—Pan de Lembas. Verás, necesitaba alimentarme, en este lugar hay muchos frutos y peces, pero cuando viajaba con Kan, necesitaba algo que no se echara a perder. Así que Edwood y Muria hicieron esto para mí. —explicó Leah. —Es algo especial, un solo mordisco acaba con el hambre y te llena totalmente de nutrientes y energía.

—Así que te la has pasado dándoles problemas a los Hacedores. —se burló el Jinete girándose para mirarla.

Leah sonrió dulcemente y, sentándose en el suelo con las piernas cruzadas, tomó su arco.

—Éste, lo hicieron Vaal y Venir para mí. Es resistente, ligero y de gran precisión. —el arco era largo, de color blanco y una fina serpiente dorada lo adornaba enroscándose a lo largo del arco. —Dane me entrenó muy duro y Kan me permitió acompañarlo en sus viajes para aprender a cuidarme sola. —dijo observando el arco. —Han sido muy buenos conmigo, les debo mucho.

—Ya... Pues a mí me sigue pareciendo que sólo les has traído trabajo extra que hacer. —dijo Muerte cruzándose de brazos y admirando el arco.

Leah río un poco dejando el arco en el suelo nuevamente y recostándose en el tronco del árbol.

—Oye... Tú eres uno de los Cuatro Jinetes... —le dijo un poco seria.

—¡Pues gracias! Si no me lo hubieras dicho, habría vivido en la ignorancia el resto de mi vida. —le dijo Muerte con tono sarcástico.

—No me refiero a eso. —dijo Leah sin inmutarse. —Me refiero a... Bueno, tú debes saber qué pasa con mi mundo... —concluyó con algo de prisa, temía la reacción del Jinete.

Muerte suspiró mirándola a los ojos, pero no como fastidiado, sino pensando en cómo comenzar. Se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, junto a ella.

—¿Qué es lo que tú crees que sucede? —le cuestionó.

—Pues... En mi mundo siempre me enseñaron que existía un Dios,

omnipotente y omnipresente. Todo lo veía y todo lo sabía. Y un día, cuando siete sellos sagrados se rompieran, enviaría a cuatro jinetes que representarían la guerra, la peste, el hambre y... la muerte. Este día sería conocido como el Apocalipsis y, en él, se juzgarían a vivos y muertos y sólo las personas libres de pecado alcanzarían la paz eterna al lado del Señor. —explicó Leah, tratando de hacer memoria de las cosas que había escuchado en la iglesia y leído por internet. —Así que... Es lo único que se me puede ocurrir.

Muerte suspiró.

—Estás parcialmente en lo correcto. Era el Apocalipsis... Sólo que los Sellos no se rompieron. —decía Muerte mirando a la distancia. —Los otros Jinetes son mis hermanos. Alguien engañó a Guerra haciéndole creer que se habían roto los Sellos. Ahora su alma yace a merced del Consejo Abrasado en espera de su castigo, por haber infringido la Ley del Creador.

—¿Consejo Abrasado? —preguntó Leah.

—El Creador designó a un consejo que se hiciera cargo de mantener el equilibrio entre todos los mundos. Eso es el Consejo Abrasado. Y yo me comprometí a revivir a la humanidad para probar la inocencia de mi hermano.

—Entonces... ¿Haces todo esto... por él? —dijo Leah conmovida.

—Podría decirse... —murmuró Muerte.

Leah bajó la cabeza y apretó los puños mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Desde su posición, Muerte no podía verle el rostro, ya que el flequillo se lo cubría, pero notó su súbito cambio de ánimo.

—¿Te sientes bien? —preguntó algo desorientado.

—¡Lo lamento tanto! —gimoteó Leah poniéndose de rodillas y abrazando a Muerte por el cuello.

—¡Oye! —protestó él sacándosela de encima poniéndose de pie.

—Nunca habría imaginado que lo hacías por una causa noble... —dijo ella enjugándose los ojos con las manos. —Te ayudaré en todo lo que pueda. —dijo resuelta poniéndose de pie y volviendo a sonreír.

Muerte alzó una ceja. Le parecía demasiado... ¿Cuál era la palabra?..

¿Expresiva?.. ¿Emotiva?...

—Más vale seguir si no queremos que la noche nos alcance aquí. —dijo convocando nuevamente a Desesperación y empezando a andar.

Leah se enjugó los ojos, se echó el arco a la espalda y lo siguió.

Anduvieron un buen tramo hasta que el ambiente se volvió más árido y caluroso. Habían llegado al paso abrasado. Avanzaron con cautela, ya que grandes rocas de lava caían al suelo al ser arrojadas con furia por el volcán. Después de un rato empezaba a oscurecer en aquel inhóspito lugar, pero alcanzaron a llegar a la entrada del Caldero. Ahí, sobre el suelo metálico, un Hacedor fornido y calvo, peleaba contra un montón de monstruos considerablemente más pequeños que él, armado con un martillo enorme.

—¡Kan! —gritó Leah corriendo hacia él.

—¡Espera! —le gritó Muerte haciendo desaparecer a Desesperación y corriendo tras ella.

Leah sacó su arco y con exactitud milimétrica encajó una flecha justo en el cuello de una de aquellas aberraciones de piedra, justo donde el espacio entre roca y roca dejaba ver la luz de su interior. Acto seguido desenvainó sus dagas y comenzó a atacar en puntos claves de aquellas criaturas destruyéndolas con facilidad a la vez que esquivaba con suma facilidad sus golpes. Kan seguía azotando a lo que se le ponía en frente con el martillo, y Muerte descargaba el filo de sus guadañas contra ellos.

Cuando parecía que el estruendo había acabado, quedaba uno de ellos que habían pasado desapercibido, cuando estuvo a punto de atacar a Muerte por la espalda, una de las flechas de Leah le dio en el ojo haciendo que se cayera, desarmado.

Al Jinete no le hizo gracia aquello y miró con reproche a la joven.

—De nada... —se limitó a decir ella.

—¡Leah! ¿Qué haces aquí? —le cuestionó el enorme Hacedor a la joven alegrándose de verla.

—Vaal ha enviado a mi amigo a reactivar el Caldero. —dijo ella con

simpleza.

—¿Quién ha dicho que somos amigos? —dijo Muerte con molestia, mientras se acercaba a ellos.

Kan miró al Jinete.

—¡Ja, Ja! Parece que los rumores son ciertos. ¡Un Jinete ha llegado al Reino! —dijo alegremente.

—Y no uno cualquiera... —susurró Muerte.

—Tú eres el Nephilim al que llaman Muerte, ¿cómo has llegado hasta aquí? —le cuestionó Kan con curiosidad.

—Me equivoqué de camino. —dijo con simpleza Muerte. —Al parecer, estoy atrapado aquí como vosotros.

—Si buscas el Caldero, debes saber que cayó bajo la corrupción hace mucho. Todavía siento el rugido del fuego en las profundidades. —le dijo Kan en tono de advertencia.

—Me arriesgaré. —le respondió Muerte y lo observó un segundo. —Eres distinto a los demás, para empezar, menos agradable a la vista. —Leah se rio por lo bajo a las espaldas de Muerte.

—¡Pues anda que tú! La gente en la aldea me llama Crío o Cachorro, pero prefiero mi nombre, Kan. —dijo él sin inmutarse.

—Cachorro está bien. —le dijo Muerte, más por fastidiar que por otra cosa. Leah sonrió divertida.

—Como quieras, no me importa. —dijo Kan sin darle importancia.

—¿Por qué no reestableces el Fuego tú? —le preguntó Muerte.

—Vine precisamente a eso. Pensé que podría quitar el tapón, ya sabes, ser el héroe. Pero el Caldero está sellado y el camino engullido por el fuego. Pareces bastante capaz, tal vez encuentres un camino. Nosotros esperaremos aquí y vigilarémos la entrada. —dijo Kan señalando a Leah.

—Pero yo voy con él, Kan. —dijo Leah adelantándose a la entrada.

—¿Estás segura? No es seguro allí dentro... —le respondió Kan algo preocupado.

Leah soltó una pequeña risa.

—Bueno, en ese caso, debo asegurarme que sobreviva. De cualquier modo, le prometí a Dane que vigilaría que no se hiciera daño. —dijo señalando a Muerte con un movimiento de cabeza.

Muerte la siguió hasta quedar detrás de ella.

—No tienes a tu suerte, niña, no soy un hombre paciente... —le ronroneó en el oído lo suficientemente bajo para que sólo ella lo escuchara.

—No me impresionas en absoluto. —dijo ella abriendo la puerta con seguridad y entrando. —Es inútil que lo intentes.

"En algún punto haré que te arrepientas de esto..." pensó Muerte para sus adentros.

VI. El Caldero

Anduvieron el pasillo hasta llegar a la sala central en donde se encontraba una enorme tapadera de metal de cuyo interior salía un sonido grave, como un rugido.

—Bienvenido al Caldero. Éste es el tapón del que hablaba Kan. —dijo Leah adelantándose confianzudamente.

—¿Y cómo se supone que se destapa? —dijo Muerte como pregunta retórica.

—Eso es lo que se supone que debemos averiguar. —le respondió Leah. —lo primero será abrir esa palanca. Justo esa en donde está posado tu perico.

—No es un perico, es un cuervo. Su nombre es Polvo. —le replicó Muerte algo molesto, acercándose a la palanca que se encontraba en el muro, rodeada por un hoyo lleno de lava.

—Ya... Como sea, el caso es que tienes que mover esa palanca. —dijo Leah siguiéndolo.

—¿Y esto...? —preguntó Muerte tomando con una mano algo que parecía una bola de lava de color amarillo que se encontraba suspendida sobre un pedestal de una sustancia negra justo en frente de la palanca.

—Bombas sombra. Son muy volátiles. —respondió Leah con simpleza.

Muerte la arrojó hacia la palanca que, al explotar la Bomba Sombra, activó el mecanismo que abrió la puerta.

—¿No podrían haber hecho Kan y tú eso? —le preguntó el Jinete con una sonrisa burlona mientras abría la puerta y avanzaba dentro.

—Ni siquiera sabía que se podían tomar, tenía pinta de que iba a derretirme la mano si la tocaba. —respondió Leah cruzando los brazos tras su cabeza mientras lo seguía de cerca.

Avanzaron algunas cámaras hasta llegar a un gran cuarto con las paredes

y el techo destruidos que dejaba una espectacular vista al volcán.

—Tal vez si movemos esa cosa... —dijo Leah señalando una roca redonda y llena de runas que se encontraba en una esquina.

—Espera...

No había completado su orden Muerte cuando aparecieron más enemigos de piedra que comenzaron a atacarlos sin piedad. Muerte usaba técnicas brutales y físicas, mientras Leah mantenía la distancia y arrojaba sus agujas dando en los puntos débiles de cada enemigo. La horda se terminó tan rápido como empezó. El Jinete comenzaba a aceptar que tal vez, sólo tal vez, aquella pequeña humana sí le sería de utilidad.

—¿Sabes tú que son esas cosas? —le cuestionó Muerte.

—Constructos. Los Hacedores los hicieron. Cada uno lleva un pequeño destello del alma de los Hacedores que han fallecido. —dijo Leah con un tono de pésame en su voz.

—Ya... —respondió Muerte en un susurro, sólo para darle a entender que le había oído.

—Oye...

—¿Vas a recordarme de nuevo que soy un Jinete? —le interrumpió Muerte con sorna.

—No, Kan dijo que eras un Nephilim. ¿A qué se refiere?

—Un Nephilim es la raza mestiza de un ángel y un demonio. —dijo Muerte sin dejar de andar.

—¿Y quiénes son tus padres? —se le escapó a Leah.

Muerte simplemente la miró con una ceja alzada y una mirada sarcástica obviando lo tonto de su pregunta. Leah se sonrojó ante su expresión y sus ojillos mostraban inocencia.

—Nosotros no somos como los humanos. —respondió al fin reanudando su andar.

—Ya... —dijo simplemente ella.

Después de resolver el enigma de aquella habitación, avanzar por

cámaras y cámaras, cruzar por las paredes evitando la lava que se tragaba el suelo por momentos, derrotar enemigos que salían del suelo y alguno que otro tropezón de Leah en el suelo irregular, al fin llegaron a la palanca final que levantaría el tapón, el cual estaba justo frente a ellos, en un piso más abajo.

—¿Me haces los honores? —le dijo Leah al Jinete haciendo una levísima reverencia junto a la palanca.

Muerte la accionó y, con un estruendo mecánico, el tapón se levantó liberando la lava que surgió del interior y comenzando a llenar los canales que antes estaban vacíos.

—Hora de irnos. —dijo Muerte saltando al piso de abajo.

—¡Oye! ¡Yo no puedo saltar desde tan alto! —le gritó Leah desde arriba.

—¡Ese es tu problema, humana! —le respondió Muerte caminando despacio a la entrada.

—¡Bastardo! —le gritó Leah enfadada y comenzando a bajar ayudándose de los adornos de las paredes y las rocas que sobresalían.

Muerte soltó una risa apenas audible... Pero Leah si la escuchó. Y se quedó quieta un instante. ¿Podía reír? ¡Eso era nuevo!

"Linda risa la suya..." pensó con un leve sonrojo.

Salieron al exterior y se encontraron con Kan. El miraba asombrado a su alrededor y al oírlos acercarse se giró hacia ellos y soltó una risa.

—¡La Montaña tiene voz! ¿Cómo has..? No... No importa, has hecho lo que nosotros... —Leah lo miró acusadoramente. —Lo que yo no logré hacer. —corrigió Kan. —Tienes que darle la buena noticia a Vaal en cuanto puedas.

—Vamos a volver de inmediato. —dijo Muerte empezando a andar.

—De acuerdo, ¡nos veremos luego! —respondió Kan.

La noche era ya profunda cuando llegaron de vuelta a Tripsom, todos dormían, ya que no había nadie en los alrededores.

—Bueno, supongo que esta noche te quedas en mi habitación. —dijo Leah a Muerte.

—No te esfuerces, yo no necesito dormir como los débiles humanos... —

le dijo Muerte empezando a andar a la placita central a esperar el amanecer.

—Como quieras... —dijo Leah retirándose.

Al llegar a su recámara, se semi-desnudó y se tumbó sobre la cama con un suspiro.

"Me agrada el tipo, después de todo..." pensó antes de quedarse profundamente dormida.

VII. Comenzando con el Pie Izquierdo

—¡Ja, ja, ja! ¡El Fuego de la Montaña Fluye otra vez!

Vaal estaba celebrando muy contenta de ver la lava correr por los canales de Tripsom nuevamente, en la pequeña forja se encontraban Muerte, Venir, Vaal y Leah, que casi acababa de levantarse.

—Sí... Liberado por mi mano... —alardeó Muerte.—...y la de Kan.

Leah se sorprendió un poco de que compartiera el crédito... Y la molestia encendió sus mejillas, ya que ni si quiera le había dado las gracias, pero decidió guardarse lo que tenía para decirle a aquel patán.

—¿Kan? ¿El Cachorro? —dijo Vaal algo sorprendida. —Pero si no tiene ni idea... Aun así, la Fragua arde de nuevo. Ya sabes lo que te espera, Jinete. —sentenció. —Para acabar esto, debes reestablecer las Lágrimas.

—No soy tu recadero, Hacedora. —dijo Muerte haciendo un movimiento de mano, como descartando la misión.

—No, pero nuestros destinos ahora están unidos. Ayúdanos y te ayudaremos. —le respondió Vaal con aquella tranquilidad que le caracterizaba. —Entretanto, toma esto. Tal vez te sea útil. —dijo tomando una pistola de una mesa que tenía detrás, sacudiéndola del polvo y entregándosela a Muerte.

—Conozco esta pistola... —susurró Muerte observando el arma. —Pertenece a mi hermano, Disputa, ¿cómo ha llegado hasta aquí? —dijo en un tono más amenazador.

—No lo sé. —respondió Vaal, sin alterarse. —Pero hay otros objetos que puedes cambiar ahora. Reestablece las Lágrimas y vuelve a verme.

Muerte reprimió un gruñido resignado.

—Dijiste que había dos cosas que alimentaban su Fragua, Fuego y Lágrimas. —le dijo Muerte tratando de entender algo más del trasfondo de su

misión.

—Fuego, para despertar a la tierra, y Lágrimas para calmarla. —le respondió. —Dos regalos del Padre de Piedra.

Leah se recostó en el barandal de piedra en el que estaba sentada. Había pasado los últimos años escuchando ese tipo de historias de boca de Vaal y Edwood.

—Entonces, no bastará con el Fuego. —dijo Muerte más para sí mismo que para el resto de los presentes.

—No, necesitamos ambas cosas. —dijo Vaal llanamente.

—Entonces, no tengo tiempo que perder. —dijo Muerte dándose la vuelta para irse.

—¡Espera! —dijo Leah levantándose. —Voy contigo, pero espera a que tome un baño, ¿sí?

—No voy a perder mi tiempo con tus niñerías, humana. —le dijo Muerte sin dejar de andar y provocando una pequeña risa disimulada de parte de Vaal.

—¡Qué desconsiderado! —dijo Leah empezando a andar tras él y tomando un abrigo que estaba colgado en uno de los barandales al pasar. —¡Te ayudé a reestablecer el Fuego!

—Pude haberlo hecho solo, si me has seguido, es porque tu así lo has querido. —dijo Muerte sin prestarle mucha atención.

Leah sólo gruñó frunciendo el entrecejo y lo siguió hasta llegar a la entrada donde, como era habitual, estaba Dane entrenando, quién se volvió hacia ellos cuando se acercaron.

—¡Ja! ¡Vamos! Sé que quieres alardear sobre esto... —le dijo Dane a Muerte mirándolo con algo de hastío.

—No tengo nada que presumirle a un Anciano. —le dijo Muerte prepotente, como era habitual en él.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué no vienes y pruebas lo que tienes? —le dijo Dane poniéndose en posición de pelea.

—Dane, por favor no... —le dijo Leah preocupada.

—Será un placer mostrarte tu lugar. —le dijo Muerte respondiendo al reto.

Leah se apartó rápidamente hacia las escalinatas, donde no alcanzaran a darle un golpe. Ambos comenzaron a pelear, Dane usaba movimientos circulares y devastadores y Muerte esquivaba y golpeaba con mayor rapidez. De vez en cuando se decían frases, retando aún más el uno al otro... Y por la sonrisa de Dane, se podía adivinar que estaba disfrutando el combate.

"Son como niños... Ni para qué preocuparse..." pensó Leah suspirando de resignación.

Al final, con un último golpe de Muerte, Dane admitió la derrota.

—¡Bah! Tienes suerte... —le dijo jadeando. —Creo que estoy viejo para esto...

—La edad no lo es todo. —le respondió Muerte volviendo a enfundar sus guadañas.

—Ah... Vale, contra guerreros viejos sabes luchar, pero para ganar fama tendrás que hacerlo mejor. —dijo Dane volviendo a su orgullo.

—Creo que tiene ya suficiente fama... —dijo Leah andando hacia la puerta. —Tanta que se le ha hinchado de más el ego. —terminó saliendo por completo.

—¡Ja, ja! Yo que tú, le temería más a ella que a cualquier otra criatura. —le dijo Dane divertido.

—¿Qué he de temer de una simple humana? —dijo Muerte subiendo la escalinata.

—No la subestimes, ha pasado por mucho desde que llegó aquí. —le dijo Dane antes de que saliera detrás de Leah.

* * * * *

Leah y Muerte llevaban ya un buen rato de andar hacia Fortagua, el templo del agua y cuando dio el mediodía, se sentaron en unas ruinas que

había en medio de una zona rocosa para que Leah pudiera comer y beber algo de agua. Ella se sentó cómodamente en una roca, mientras Muerte se quedaba de pie cerca de ella, vigilando la lejanía.

—Tu sabes sobre mi misión, pero yo no sé por qué estás aquí... —le soltó Muerte con un poco de brusquedad haciendo que Leah se sobresaltara.

—Pues... Tenía un hermano... Morton... Ése era su nombre. Yo tenía 20 años la última vez que lo vi. Vivíamos en Nueva York, en un departamento...

—¿Un qué...? —le cuestionó Muerte.

—Uhm... Claro... —susurró Leah dándose cuenta de que el antiguo Jinete no estaba para nada familiarizado con las cosas de su mundo. —Son algo así como pequeñas casas apiladas en una especie de torres. La gente que no tiene mucho dinero o que viven solos suelen escoger esa clase de lugares por ser más baratos.

—Pero ustedes no estaban solos...

—No... O, bueno, un poco... —dijo Leah con un tinte de tristeza en sus ojos. —Nuestros padres murieron hace un tiempo y Morton se hizo cargo de mí... Aunque tampoco teníamos mucho dinero, así que... —dijo sonriendo nuevamente.

—Ya... —le respondió Muerte, dándole a entender que continuara.

—Ese día, cuando ocurrió... El Apocalipsis... Estábamos en el departamento... Y él me dijo que me escondiera debajo de la cama y que cuando hubiera pasado el peligro buscara al Oráculo y me dijo dónde encontrarlo. —dijo sin dejar de sonreír pero ensombreciendo su mirada. —Una criatura entró rompiendo la puerta, lo que yo supongo que era un demonio... Y lo asesinó. Cuando se fue corrí y busqué al Oráculo, ella me dijo que debía ayudar al Jinete Pálido y que de esa manera, podría recuperar a Morton... —los ojos grises se le llenaron de lágrimas. —No pude hacer nada... Sólo puse mirar y... —se le quebró la voz y un par de lágrimas solitarias recorrieron sus mejillas.

—No estoy culpándote por ello... —le dijo Muerte mirando hacia

cualquier lado menos hacia ella, claramente incómodo por sus lágrimas. —
Realmente, no podías hacer nada...

Leah lo miró y se limpió los ojos y las mejillas.

—Andando... hay un largo camino para recorrer... —le dijo Muerte invocando a Desesperación y comenzando a cabalgar mientras Leah lo seguía con una esperanza renovada brotándole del pecho.

VIII. Fortagua.

Leah y Muerte anduvieron hasta llegar a una enorme puerta circular que estaba sellada por la corrupción. Kan se encontraba por allí cerca y los saludó entusiasmadamente con la mano.

—Sabía que Vaal los enviaría aquí. —dijo cuándo se acercaron.

—Sí... ¿Qué hay de esta puerta? —dijo Muerte sin rodeos y provocando una mirada desaprobadora de parte de Leah.

—Del otro lado está Fortagua. Allí es donde nacen las Lágrimas de la Montaña. —dijo Kan sin darle importancia a la falta de cortesía de Muerte. — Intentamos sellar la Corrupción, pero fue aún peor.

—¿Qué me puedes contar de las Lágrimas de la Montaña? —le cuestionó Muerte.

—Como dije, Fortagua está tras esta barrera. Fue lo primero que se corrompió. Encerramos dentro las lágrimas por temor a lo que pasaría si se extendía.

—Si hago lo que pide Vaal, pronto lo averiguarás. —le dijo Muerte con tono misterioso.

—Sí... Y el reino estará mucho mejor: puras como la lluvia o negras como el pecado, las Lágrimas acabarán con este bloqueo. —le respondió Kan con algo de humor.

Muerte lo observó un instante como reflexionando.

—¿Pasa algo? —le dijo Leah bajito.

—Hmph... Es curioso cuántas veces te encuentro... parado. —le dijo Muerte a Kan.

—Sin el Árbol de la Vida estoy atrapado aquí igual que tú. —le replicó Kan en su defensa. —Algunos afortunados huyeron antes de que se perdiera el Árbol. Como UIDane.

—¿Quién es Uldane? —le preguntó Muerte.

—Un simple Hacedor, pero con un gran martillo. Cuando escapó, me dio miedo seguirle. La verdad, es que acerté.

Muerte suspiró con hastío al darse cuenta que el Hacedor estaba expectante, suplicándole con la mirada que preguntara por qué... Bueno, no tenía más remedio.

—Ahh... ¿Por qué? —soltó con un tono que denotaba poco interés.

—De no ser por mi ingenio y mi valor, aún seguirías buscando el Caldero. ¿No crees? —le dijo hinchando el pecho de orgullo.

—Sí, claro... ¿Pero quién lo guió hasta allí? Y más importante aún, ¿quién lo ayudó a destapar el Caldero? —le dijo Leah a Kan dolida de que se estuviera llevando su crédito.

—No deberían pelear por eso. —interrumpió Muerte antes de que Kan pudiera replicar. —Polvo me llevó hasta allí y el trabajo del Caldero lo hice yo, así que... —y disparó a una bomba sombra que se encontraba cerca de la enorme puerta, destruyendo con la explosión la Corrupción que la bloqueaba.

Invocó a Desesperación y empezó a cabalgar.

—¡Nos veremos, Kan! —le gritó Leah al Hacedor antes de salir corriendo tras el Jinete.

* * * * *

Habían andado ya un buen tramo del camino, se habían cruzado con Acechadores y Merodeadores: temibles criaturas con unas enormes garras capaces de cortar la carne como un cuchillo en mantequilla; aunque aquél equipo logró derrotarlos sin mucho problema. La noche había caído ya y ellos se quedaron a descansar, para que Leah pudiera dormir, en una Fragua en Ruinas que había muy cerca de la llanura nevada llamada El Fiordo.

Encontrando un lugar acogedor cercano a una de las paredes de la antigua construcción, Leah se envolvió aún más en el abrigo que había llevado

consigo y logró conciliar el sueño rápidamente. Muerte estaba algo enfurruñado por el hecho de tener que parar a descansar, comer y dormir por culpa de esa humana que no hacía más que entorpecerle el paso... La verdad, es que ni él mismo entendía por qué le permitía seguirlo. Pero a veces era grato tener su parloteo constante para distraerle de su ensimismamiento y de los amargos pensamientos acerca de sus hermanos.

A veces, Leah parecía más hablar sola que otra cosa, pero lo cierto era que, aunque ella no se percatara de ello muchas veces, el Jinete siempre estaba atento a cada palabra que ella decía. En el poco tiempo que había pasado con ella, había descubierto que era una muchacha vivaracha y feliz... O al menos eso era lo que aparentaba, ya que la tristeza en el pecho de aquella humana le pesaba más que si tuviese una roca incrustada. Ella y su hermano eran muy unidos... Sólo se tenían el uno al otro frente al mundo cruel. Frecuentemente, Leah le hacía recordar a Muerte los momentos que había pasado junto a sus hermanos y como, después de todo, no eran tan diferentes como el resto de los seres creían.

* * * * *

Al mediodía del día siguiente, llegaron a Fortagua. Estaba bastante escondido, para ser un templo. Entraron en él y, al igual que en el Caldero, tuvieron que resolver varios enigmas, combatir una enorme cantidad de enemigos y liberar el paso de las Lágrimas.

—Me pregunto cuánto tiempo les llevó construir esto... —dijo Leah al ver lo enorme y detallada que era la última de las cámaras, la que tenía la última palanca para liberar las Lágrimas por completo. Era circular y en el centro se encontraba algo que parecía un tronco lleno de musgo enterrado en el suelo, a un lado de este, había una roca esférica enorme y de color blanco.

—El suficiente, supongo... —le respondió Muerte con un leve tinte de sarcasmo.

Avanzó y pateó la bola que vieron antes con fuerza, la cual fue a estrellarse con el tronco... Y fue entonces cuando descubrieron que no era una roca, sino un huevo del cual, por el impacto, salió una criatura parecida a lo que Leah conocía como un escarabajo, pero mucho más grande.

—¿Muerte...? —dijo Leah con nerviosismo sacando su arco al sentir un temblor en el suelo.

Muerte desenvainó sus guadañas, poniéndose en guardia y esperando el movimiento enemigo. Fue cuando fueron desengañados de la figura del tronco, que se levantó del suelo revelando que era un escarabajo mucho más grande. El tronco era sólo maleza que se había incrustado en su espalda. El pequeño escarabajo se lanzó contra Leah, pero ella con un movimiento rápido le clavó una de sus dagas justo en el centro del cráneo, dándole muerte al instante.

El gigantesco escarabajo chilló horriblemente y los embistió a ambos, pero ellos esquivaron hábilmente, provocando que el bicho se estrellara contra el muro y se quedara inmóvil un momento. Muerte miró a su alrededor analizando las opciones que tenía. El escarabajo se levantó, sacudiendo su enorme cabeza aturdido. Leah aprovechó la distracción y se montó ágilmente sobre él, y con un movimiento poderoso, intentó atravesarle la cabeza como había hecho con el pequeño... Sólo que no contó con que el cráneo de éste era mucho más grueso y sólo consiguió hacerle una pequeña mella. Un segundo de parálisis por la sorpresa bastó para que el bichejo chillara de furia y, con una sacudida, lanzara a Leah violentamente contra el muro.

El cuerpo de Leah se estremeció y tosió algo de sangre con el impacto. Muerte abrió los ojos por la sorpresa e hizo un ademán de correr hacia ella.

—¡Estoy bien! ¡No te distraigas! —le gritó Leah poniéndose de pie, aunque tambaleándose un poco.

Muerte se giró a tiempo para esquivar una nueva embestida de la bestia, la cual se dirigió a embestir a Leah. Ella, torpemente se apartó de su camino. El escarabajo, con el impacto, había quedado volteado de costado, revelando su abdomen, que era carnosos y de color rosa desagradable. Leah lo detectó

rápidamente al haber quedado muy cerca de él.

—¡Aquí! —indicó Leah a Muerte apresurándose a acercarse y comenzó a soltar una ráfaga de cortes con sus dagas mientras el bicho seguía aturdido.

Muerte le siguió e hizo lo mismo con sus guadañas. Cuando se recobró, el bicho volvió a intentar embestirlos y volvió a estrellarse contra el muro cuando ellos esquivaron y repitieron el procedimiento anterior. Cuando el escarabajo volvió a alzarse, caminó casi derrotado al centro de la habitación y volvió a sumergirse en la tierra. Muerte y Leah se acercaron con la intención de hacerlo salir, pero el suelo comenzó a temblar: el escarabajo hizo salir raíces llenas de espinas que los seguían e intentaban atraparlos. Ambos esquivaban con facilidad, pero una de las raíces logró capturar la pierna de Leah. Antes de que Muerte fuera en su auxilio, ella la cortó con sus dagas y esquivó el resto que iban tras ella.

El inmundo escarabajo volvió a alzarse y se abalanzó nuevamente contra ellos, volviendo a parar en el muro. Leah corrió hacia él, pero Muerte se adelantó.

—Esto se termina ahora... —dijo en tono peligroso.

En medio de una niebla púrpura, la figura de Muerte se desvaneció dando paso a una presencia mucho más imponente: una criatura altísima, con una túnica con capucha, las enormes manos en huesos y una linterna atada a su cintura. La aparición blandía una enorme guadaña. Leah tenía ante sí a la mismísima Muerte a la que los humanos tanto le temían. Se fue de espaldas por la impresión de verla frente a sí.

Con un movimiento de su guadaña, Muerte abrió el vientre del escarabajo, dándole su fin así. Las vísceras de la criatura se esparcieron por el suelo y Muerte, con una nueva niebla morada, volvió a su forma normal.

La calma y el silencio volvió a la cámara y el paso hacia la última palanca estaba abierto.

—Por fin... —susurró Muerte.

Leah lo siguió en silencio, aún temblaba por la imagen que acababa de

ver. ¿Era él a quien, por siglos, la humanidad había temido?

Muerte movió la palanca y el agua comenzó a fluir. La euforia de la victoria hizo a Leah, si no olvidarse del tema, al menos relajarse.

—Las Lágrimas... ¡Vaal va a ponerse muy contenta! —le dijo a Muerte viendo cómo el agua caía a modo de cascada.

—Estás sangrando... —le dijo Muerte mirando la pierna que le había atrapado antes las raíces.

—¿Uh? —Leah se puso en cuclillas y se revisó la pierna. —Ah... No es nada. Sólo un rasguño. —dijo sonriendo. —¿Nos vamos ya?

Muerte avanzó hacia la salida y Leah lo siguió. Ella era bastante fuerte, después de todo...

IX. No Todos Son Caballeros

—¡Entiende que tengo que parar a darme un baño! No puedo andar por ahí en estas condiciones.

—Sólo me harás perder más tiempo...

Leah y Muerte habían regresado ya hasta la Fragua en Ruinas. Discutían ya que Leah, después de días de no tomar un baño, se sentía desesperada por asearse.

—¡Pues haz lo que quieras, entonces! —le dijo Leah algo molesta y entrando en la Fragua, con la intención de usar una cascada y un pequeño lago que se habían formado dentro por la filtración de agua en la construcción.

—Sólo vas a ponerte en riesgo... —le dijo Muerte en tono aburrido, siguiéndola.

—¡No me hagas reír! —le dijo Leah acercándose a la orilla del agua. — Y, si no es mucha molestia, me gustaría tener algo de privacidad... —le dijo en tono peligroso.

—Como quieras... —le respondió Muerte saliendo a la habitación contigua.

Leah se desvistió y dejó su ropa y armadura acomodada encima de una roca, sin pensarlo dos veces, entró al agua. Estaba algo fría, pero no tanto como las aguas que circundaban el Fiordo; además, ya estaba acostumbrada. Bueno, no es que hubieran duchas con calentadores en ese sitio. Una vez dentro, aprovechó para sumergirse por completo y nadar, con las manos retiraba la suciedad que estaba pegada a su cabello y cuerpo. Las heridas de su pierna ardían al contacto de sus dedos, pero podía sentir cómo el polvo e inmundicia que se habían acumulado en los rasguños cedía. Un suspiro de satisfacción salió de sus labios mientras se relajaba, para variar.

Mientras tanto, pensaba. Recordaba el temor que le había inspirado el

Jinete unos años antes, cómo le desagradaban enormemente ciertas actitudes suyas, cómo la sacaba de quicio con sus constantes burlas y con el hecho de que no dejaba de subestimarla... Y de la preocupación que se había reflejado en sus ojos cuando iba a correr hacia ella después de que el escarabajo aquel la arrojara con esa brutalidad... Tal vez, en realidad el sí se preocupaba por ella...

"! Pero qué estupidez...!" se recriminó Leah a sí misma. *"¿Qué más da lo que piense? Sólo importa Morton..."*

Un sonido, como un muy bajo gruñido de amenaza la alertó. Nado hacia la orilla y, saliendo del agua y poniéndose de pie, tomó su arco y apuntó al merodeador que se lanzó contra ella desde el otro lado de la habitación dando un rugido. Disparó. La flecha le dio justo en medio de los ojos al merodeador, que cayó muerto de inmediato. Leah bajó el arco lentamente, sin bajar la guardia. Miró hacia la puerta, que se abrió súbitamente cuando Muerte la empujó, alertado por el alboroto que se había escuchado.

Ambos se quedaron de piedra un segundo.

Segundos después, Muerte se dio cuenta de que ella estaba totalmente desnuda; y Leah, reaccionando ante la mirada que observaba cada rincón de su cuerpo, se dio la vuelta y tomó el abrigo sosteniéndolo frente a ella, creando una cortina entre ella y el Jinete.

—¡Fuera de aquí! —le gritó Leah a Muerte con las mejillas encendidas por la vergüenza.

—¡Está bien! No tienes que gritar... —dijo Muerte sin darle importancia, saliendo de la habitación con paso normal.

Leah se vistió tan rápido como pudo, tomó sus cosas y salió al encuentro de Muerte.

—¿Podemos irnos ya? —le dijo él convocando a Desesperación y comenzando a cabalgar lentamente, al paso de Leah.

Ella esperaba una disculpa, o algo parecido por parte del Jinete. Éste, sin embargo, simplemente actuaba como si lo anterior fuese un evento casual sin

mayor relevancia. El cinismo de su actuar hizo a Leah enfurecer al punto de encender aún más el rojo de sus mejillas. Recorrieron el camino sin cruzar palabra hasta llegar a la entrada de Tripsom.

Para el Jinete, era más que evidente que ella estaba colérica, ya que normalmente no paraba de hablar en todo el camino. Sin embargo, poco le importaba, por lo que no hizo intento alguno por remediar el asunto. Además, él ni siquiera tenía la culpa de algo, sencillamente se aseguraba de que no estuviera en problemas.

—Déjalo ya, ¿quieres? Ni que fuera para tanto... —le dijo Muerte a Leah mientras cruzaban la entrada, algo hastiado de su pesadísimo silencio.

—¡ERES UN IDIOTA! —le gritó ella dejando salir su ira contenida y adelantándose con paso rápido.

Muerte se encogió de hombros. Había hecho lo que había podido.

—¡Hola! ¿Qué tal la misión? —le saludó Dane a Leah cuando pasó junto al campo de entrenamiento, pero ella lo ignoró olímpicamente y se dirigió derecho a la pequeña forja a contarle todo a Vaal.

Dane se quedó algo desorientado, volteó a mirar a Muerte cuando éste llegó.

—¿Qué es lo que le has hecho, grandísimo cretino?! —le gruñó a Muerte tomando su hacha amenazadoramente.

—Ése es el punto... No le he hecho absolutamente nada... —le respondió Muerte sin inmutarse y sin dejar de andar.

Dane se rascó un poco la cabeza. Después de todo, Leah era algo berrinchuda así que tal vez no tuviera importancia, pensó mientras se encogía de hombros y volvía a centrarse en su entrenamiento.

* * * * *

La Fragua del Hacedor funcionaba de nuevo. Leah, Muerte y Edwood estaban de pie en la plataforma central mientras Vaal y Venir trabajaban en un

objeto. Venir lo sacó del fuego y Vaal, tras un asentimiento de su hermano, le dio forma y poder bajo los golpes de su martillo, que arrancaron destellos azules del objeto. Después, Venir lo sumergió en el agua, que se vaporizó al enfriar el rojo vivo del metal recién forjado. El resultado: una especie de llave bastante grande que Leah y Muerte miraban con admiración. Edwood lo sostuvo en sus manos.

—Entonces... Se acabó... En buena hora. —susurró para después dirigirse al Jinete. —Muerte, esto es una Llave de Hacedor, será mejor que te la lleves... Antes de que recobre la cordura.

—No creo que antes tuvieras mucha, Anciano. —le replicó Muerte ganándose una mirada asesina de Leah, quien aún no se dignaba a dirigirle la palabra.

—Es un problema, sí... —dijo Edwood. —Pero también tiene solución. El Guardián iba a ser nuestra gran arma, con él despejaríamos el bosque alrededor del Árbol. Pero un terremoto nos hizo abandonar la Fundición y ahora me temo que algo acecha dentro de ella. El Guardián quedó inacabado.

Leah se mordía los labios de pie al lado de Vaal, ya había escuchado eso antes.

—Si el Guardián es tu obra maestra, ¿cómo voy a completarla? —le cuestionó Muerte.

—En el bosque, descansa otro Constructo, es uno de los pocos que no han sucumbido a la Corrupción. No es tan grande como el Guardián, pero su corazón es fuerte. —le contó Edwood. —Búscale, él te guiará hasta la Fundición. Allí, podrás activar al Guardián usando la Llave de Hacedor.

—¿Los Constructos despiertan con una llave? —le cuestionó Muerte, incrédulo.

—Sí, los Constructos no tienen alma como tú o como yo, hasta que se les concede. La Llave abre la piedra y la prepara para el flujo y reflujo de la fuerza vital del Hacedor. De hecho, puede dar vida a casi todos los Constructos del Reino.

Muerte se rio algo burlesco.

—¿Y qué te hace pensar que yo tengo alma, Anciano?

—¿No es eso lo que te atormenta? —le dijo Edwood, intentando apaciguar un poco la arrogancia del Jinete.

—Como sea... —murmuró dándose la vuelta para irse.

Leah se apresuró a seguirlo.

—Voy contigo. —le dijo simplemente, recobrando su habitual sonrisa.

—¿No estabas enfadada conmigo por aquella estupidez? —le dijo Muerte con sorna.

—Ya no. Así que no me hagas enfadar de nuevo. —le dijo ella tranquila provocando que el Jinete alzara una ceja ante su osadía mientras salían de la Fragua.

* * * * *

Edwood reía cuando Leah y Muerte dejaron la Fragua al ver que Leah había dejado atrás su enfado con la misma rapidez con que había llegado.

—Le sigue a todas partes como si fuera un perro. —dijo Vaal algo divertida.

—Pienso que hacen un buen equipo, después de todo... —dijo Edwood.

X. De Pertenencias y Dueños.

Había pasado ya un día de viaje, y en medio del camino se habían topado con unas ruinas... Y la noche había caído. Esta vez Leah había llevado consigo una especie de manta de cuero que tender en el suelo y una más que le servía de cobija, ésta última hecha de un material mucho más suave.

Después de limpiar de alimañas el lugar, Muerte escogió una de las cámaras más altas para descansar, ya que esta le permitía revisar los alrededores mientras tanto. Leah se acomodaba en un rincón, mientras Muerte se dedicaba a observar la lejanía, como de costumbre. Cuando había ese silencio entre ellos dos, cada cual se sumía en sus propios pensamientos. Muerte reflexionaba sobre su viaje y sobre su hermano, Guerra, atado a los pies del consejo. Pensó en lo mucho que le urgía salvarlo y en que Leah se había conmovido por ese hecho. Leah... En su mente flotó la imagen de ella en la Fragua en Ruinas, con las gotas de agua recorriéndole la piel blanca hasta caer en el suelo, el cabello húmedo y negro, sus ojos grises, ya de por sí enormes, abiertos por la sorpresa, sus amplias caderas en esa posición sensual, el sonrojo de sus mejillas que le dieron un aspecto aún más inocente de lo normal, y su intimidad... ¡Pero qué estaba pensando! Ya antes había visto a montones de féminas desnudas y jamás le provocaban ni la más mínima sensación, y no sería la primera vez que ocurriera, ¡mucho menos frente a una simple y patética humana!

Mientras tanto, Leah pensaba en lo mucho que le había avergonzado el hecho de que él la viese en ese estado. El Jinete actuaba tan arrogante, cínico e indiferente como siempre, pero ella estaba segurísima de que no había sido tan sólo un vistazo. Se había dado cuenta de que la recorrió de pies a cabeza con la mirada. El rojo volvió a sus mejillas de sólo pensar en qué habría pensado Muerte, de por sí la consideraba vulnerable, ahora tendría mil razones más

para creerlo. Suspiró intentando calmarse un poco.

"¿Qué diría Morton si viese esto...?" pensó mientras la tristeza volvía a inundar sus ojos de lágrimas.

La verdad es que no sabía a ciencia cierta si realmente podría traerlo de vuelta... Y si esto resultaba ser así... No podría vivir con la culpa.

—No llores de nuevo, por favor. —le dijo Muerte sacándola de su ensimismamiento.

—No te preocupes, estaré bien. —le respondió Leah enjugándose los ojos.

—No es que me preocupe, pero es bastante incómodo para mí que llores mientras yo estoy presente. —le dijo él sin voltear a mirarla, con tono desinteresado.

—No sé por qué no me sorprende... —murmuró Leah suspirando de resignación mientras se metía en la cobija.

—Lo traerás de vuelta. —le dijo Muerte sin expresión en la voz.

—¿Por qué estás tan seguro? —le preguntó ella recostada, mirando el techo.

—Porque soy yo. —le dijo escuetamente.

Leah sonrió y poco a poco dejó que el sueño la venciera.

* * * * *

A la mañana siguiente, después de mucho andar, llegaron a las puertas de Templo Perdido. Era una enorme construcción prácticamente en ruinas, pero no por eso menos impactante. Un silbido salió de los labios de Leah como señal de asombro.

—Dijiste que solías explorar con Kan. ¿No habías estado aquí antes? —le preguntó Muerte a Leah.

—Nope. Kan sí estuvo dentro alguna vez. Dijo que intentaría derribar a un Constructo Centinela, pero se acobardó. —le contó Leah.

—Bonito deporte. —dijo con ironía el Jinete.

Entraron al templo y los recibió un pequeño enjambre de Aguijones que despacharon con facilidad. Llegaron a la primera habitación, que era pequeña y en la que había una piedra que brillaba de color azul en un hueco que tenía y alrededor de la cual levitaban un montón de piedras más pequeñas, como si de un sistema solar se tratara. La puerta a la siguiente sala estaba cerrada. La Llave de Hacedor que Muerte llevaba consigo brilló con fuerza cuando se acercaron del mismo color azul.

—Supongo que será uno de los Constructos a los que se refería Edwood. —dijo Leah.

Muerte se acercó y metió la llave en el hueco de la piedra más grande. Inmediatamente, las piedras que lo orbitaban se acomodaron formando un gran Constructo que llevaba runas en toda su superficie y que brillaban de azul. El Jinete, con un hábil movimiento, se subió a los hombros del Constructo y lo dirigió hacia una hendidura redonda que encajaba perfectamente con la esfera principal del Constructo. Hecho esto, volvió a tierra y comenzó a andar, seguido por Leah.

La siguiente sala era enorme y había puertas en varias direcciones, dos de ellas se encontraban abiertas.

—Vayamos por separado. Si encuentro algo, te buscaré. —le dijo Leah al Jinete tomando una de las puertas.

Polvo se apresuró a seguirla, sobrevolando su cabeza. Muerte se encogió de hombros y se marchó en la dirección contraria.

* * * * *

Leah, después de bastante batallar con las ruinas y con las alimañas que las habitaban, había encontrado una sala donde un Constructo dormía. Se acercó y, viendo su causa perdida, suspiró. Polvo se posó en su hombro con un pequeño graznido.

—Tendremos que volver con Muerte. —le dijo Leah al cuervo

acariciándole el cuello mientras él cerraba los ojos agradecido.

Leah anduvo de regreso hasta un pasillo cuando escuchó un susurro, como el viento pesado que rozara el suelo detrás de ella. No le dio tiempo de girarse por completo, cuando ya tenía delante de ella a una criatura alta, pálida y muy desagradable a la vista que había surgido de una niebla blanca. Polvo graznó fuertemente y se esfumó haciendo uso de uno de sus portales interdimensionales.

—Ah... Un alma como esta... —dijo la criatura con voz rasposa tomando a Leah entre la misma niebla de la que había surgido, impidiéndole moverse. —Hacía mucho que no me deleitaba así... —le tomó el rostro entre sus garras y acercó sus colmillos.

—¡Por favor, no! —gritó Leah cerrando fuertemente los ojos.

—¡Ah! —chilló de dolor la criatura cuando Muerte, salido de repente, le había golpeado en el estómago haciéndole caer al suelo.

La niebla se desvaneció y Leah recuperó su movilidad. Sentía que el corazón iba a saltarle del pecho en cualquier momento. Muerte se acercó a la criatura que apenas se recuperaba del golpe y le aprisionó el cráneo contra el suelo pisándoselo. Se veía tenso de ira.

—Escúchame bien, Woodscream, porque sólo lo diré una vez. La humana es mi pertenencia, por lo tanto, si tú te atreves a ponerle un dedo encima nuevamente, yo mismo me encargaré de enviarte de vuelta al inframundo del que saliste... —le dijo Muerte con voz calmada pero peligrosa.

Leah se sentía palidecer.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡La chica es tuya y yo no la toco! —gimoteó a la desesperada Woodscream, acto seguido, Muerte lo liberó y le permitió volverse a levantar. —No pretendía molestar al más temido de los Cuatro, no tenía idea de que ella era tuya. —dijo en un tono zalamero, intentando volver a ganar la simpatía del Jinete. —Es sólo que llevo años sin probar un alma humana y el olor de ella me ha traído hasta aquí.

—Pues ve a saciar tu apetito a otro lado, antes de que me arrepienta por

dejarte vivir. —le dijo Muerte en el mismo tono enfadado y cruzándose de brazos.

—¡Por supuesto! No volverá a repetirse... —dijo Woodscream haciendo una reverencia. —Nos veremos después... —siseó mientras desaparecía sumergiéndose en el suelo en medio de la misma neblina blanca.

Leah había recuperado el aliento y ahora solamente intentaba asimilar lo que acababa de suceder.

—Vamos. —le dijo Muerte escuetamente echando a andar por el camino por el que había venido Leah.

—Gracias... —susurró ella con el rubor cubriéndole las mejillas. — ¡Pero no soy tu pertenencia! —le reclamó.

—Eso no lo decides tú. —le dijo Muerte sin interés.

—¡No soy un objeto que te puedas apropiarse cuando te dé la gana! Tal vez por aquí seas el Señor de la Muerte y todo eso, pero de donde yo vengo...

En un movimiento que Leah no alcanzó a predecir, Muerte se quitó la máscara y la besó interrumpiendo su discurso. Leah abrió los ojos como platos, por la cercanía no alcanzaba a distinguir muy bien el rostro del Jinete, pero aquello era un abuso ¡y, por supuesto que no lo iba a tolerar! Con sus pequeñas manos intentó alejar de sí al Jinete empujándolo hacia atrás, pero él le tomó las muñecas poniéndolas contra el muro de piedra y apretando su cuerpo contra el de ella, profundizando su beso. Con un pequeño suspiro, Leah se relajó y cerró los ojos, dedicándose simplemente a saborear y acariciar los delgados labios del Jinete entre los de ella.

Un par de minutos después, Muerte interrumpió suavemente el beso y se retiró pocos centímetros del rostro de ella. El rostro de Muerte era fuerte y anguloso, pero no dejaba de ser bastante atractivo a los ojos de Leah. Los orbes anaranjados se clavaron en los grises brillantes.

—He dicho... Que eres mi pertenencia... —ronroneó el Jinete rozando nuevamente los labios de ella.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Leah al escuchar aquello.

Muerte la liberó y comenzó a andar hacia el sitio que se proponía unos momentos antes, volviendo a colocar la máscara en su rostro. Leah le siguió con paso tembloroso y ruborizada. ¿Cómo diablos habían llegado a esto?

XI. No sé de qué me hablas

Una larga caminata a través del templo en un silencio incómodo (al menos para Leah) le siguió a la inesperada declaración de propiedad de Muerte. El ruido que hacían los monstruos que iban matando por el camino resonaba como un eco al rebotar contra los muros maltrechos y en ruinas. Después de algunos enfrentamientos, trampas, acertijos y mucho, pero mucho malhumor de parte de ambos; lograron llegar a la última zona del Templo. Se trataba de una especie de terraza sin techo, con amplias escaleras que subían hasta una sala circular, igualmente sin techo, y en medio de la cual había un montón de escombros.

—Entonces... ¿Podemos considerar esto algo más? —preguntó Leah como si fuese una pregunta casual y andando detrás de Muerte.

—¿Considerar qué? —le respondió con otra pregunta Muerte sin prestarle mucha atención.

—Tú sabes... —le dijo ella algo ruborizada. —¿El beso...? —finalizó ella mucho más bajito.

—Ah... Eso... —murmuró Muerte prestando más atención a su entorno que a ella.

—¿Entonces...? —le dijo Leah siguiéndolo mientras comenzaban a subir las escaleras.

—¿Entonces qué?

—¡Eres imposible! ¡Primero vienes y...! —comenzó a reclamar Leah perdiendo la paciencia.

—¡Silencio! —interrumpió Muerte al llegar a la arena que estaba en la cima y alzando un brazo para mantener a Leah detrás de él.

Ella también sintió el peligro y lentamente tomó su arco y cargó una flecha. Avanzaron lentamente hacia el centro y un crujido los alertó. De en

medio del montón de escombros había surgido una especie de rostro tallado en piedra que emanaba corrupción, un momento después, el de las rocas se alzaron formando un cuerpo bastante grande y con un corazón corrupto en el interior, protegido tras una especie de costillas de roca.

Muerte se lanzó al ataque, pero sus guadañas no eran efectivas contra la roca. Leah disparó una flecha apuntando al corazón, pero se hizo añicos contra la piedra.

—¡Quédate atrás! —le ordenó Muerte a Leah.

Ella se apegó lo más que pudo a la pared circular, la bestia dio un rugido y golpeó el suelo haciéndolo retumbar y provocando que Leah perdiera el equilibrio y cayera. Junto a ella, una bomba sombra cayó del muro. Inmediatamente, una idea surgió en la mente de Leah. Tomó la bomba y con rapidez la ató a una de sus flechas con el mismo hilo que sostenía la pluma en la parte trasera de la flecha. A penas tuvo unos segundos para apuntar y disparar, antes de que la bestia volviera a azotar el suelo. La flecha dio en el blanco, al despedazarse contra la bestia, la bomba explotó provocando que sus costillas se abrieran dejando al descubierto el corazón.

—¡Ahora! ¡El corazón! —gritó Leah dándole instrucciones a Muerte.

Muerte se abalanzó contra él, pero aquella mole de roca se levantó y, con un rugido de furia se abalanzó contra ambos, quienes lo esquivaron por poco.

—¡Hazlo de nuevo! —le ordenó Muerte a Leah.

Ella corrió hacia el muro nuevamente, pero las bombas quedaban demasiado alto como para que pudiera alcanzarlas. Si les lanzaba alguna flecha, sólo provocaría que explotaran. El monstruo azotó el suelo con los puños nuevamente, esta vez Leah logró mantenerse de pie. Tomó una nueva bomba y realizó el mismo procedimiento. Apuntó y justo cuando iba a soltar la flecha, la bestia volvió a azotar el suelo, haciéndole perder el blanco a Leah, cuya flecha fue a dar fuera de la arena. Volvió a prepararse con una nueva bomba proporcionada por el monstruo. Nuevamente, se preparó y esta vez esperó el momento justo.

—¡Ahora! —le gritó Muerte.

La flecha se deslizó de entre los dedos de Leah y dio en el blanco. La bomba explotó y el corazón estuvo nuevamente expuesto. Leah volvió a caer en el suelo por el impacto. Muerte se desvaneció en aquella niebla púrpura dando paso a su tan temida forma de Segador, con un movimiento grácil de su imponente guadaña partió el corazón a la mitad, poniendo así fin a la criatura, que se desvaneció.

Muerte recuperó su forma habitual y se acercó a Leah. Dándole la mano, le ayudó a ponerse de pie. Ella se ruborizó levemente. Comenzaron a andar, más adelante se divisaba un coloso de roca que dormía. El Custodio del que hablaba Edwood. Al llegar frente a él, Muerte hizo uso de la Llave de Hacedor, dándole vida al coloso. Éste comenzó a moverse y recobró su imponente forma y tamaño originales. Leah se tomó del brazo de Muerte, sintiéndose intimidada por el gigantesco tamaño del Custodio.

—La piedra... Me duele... —dijo el Custodio con una voz grave y sonora.

—Sientes dolor, Custodio, pero no estás corrupto... Aún no... —le dijo Muerte.

—Corrupto... Luego... No era un sueño... —dijo el Custodio orientándose. —¡Los Hacedores me necesitan!

—Ellos dicen que puedes llegar a la Fundición, y que allí dentro hay un Guardián.

Leah, tomada del brazo de Muerte, sólo miraba a uno y otro expectante de lo que el Custodio tuviera para decirles.

—La Fundición... Sí... Allí es donde fui creado, pero se perdió... Y ahora... —Muerte sintió un vuelco en el estómago, si no podían llegar allí, habrían perdido toda esperanza de salvar a la humanidad. —Necesitarás mi ayuda.

Muerte se relajó un poco.

—Tu reino peligra, ¿y tú duermes? —le espetó Muerte en tono de reclamo.

—¡Muerte! —le dijo Leah bajito regañándolo por su descortesía.

—La piedra pesa, es más fácil descansar. —le dijo el Custodio sin inmutarse. —En mis sueños me muevo otra vez, en mis sueños soy de carne.

—¿Qué era este lugar? —le preguntó Muerte algo intrigado de porqué un lugar como aquel había sido abandonado antes de la llegada de la Corrupción.

—No sabría decir... —le dijo el Custodio, mirando el entorno intentando recuperar algún recuerdo perdido en los recovecos de su mente. —Lo tengo en la punta de la lengua, pero mi lengua... Parece estar en otro sitio.

—¿Me ayudarás, Anciano? —le cuestionó Muerte, una nueva luz de esperanza brillaba en los pechos de Leah y él.

—Sí... —le dijo el Custodio arrodillándose.

Muerte se soltó del agarre de Leah y trepó hasta el hombro del custodio. Sonrió burlescamente al ver la mirada de reproche de Leah.

—No te preocupes, pequeña... —le dijo el Custodio, colocando la mano en el suelo, con la palma hacia arriba.

—Al menos alguien tiene modales... —le dijo Leah como bulla a Muerte, quien no le dio importancia. Se subió a la mano del Custodio y éste la depositó junto a Muerte, quién la tomó de la cintura asegurándose de que no fuera a caer y provocando un escalofrío en la joven.

—¿Debemos? —le dijo Muerte, intentando calmar un poco el espíritu de duda que revoloteaba en su interior.

—Espera, pequeño... —le dijo el Custodio avanzando fuera del Templo y dirigiéndose a Tripsom.

* * * * *

Durante el camino, el Custodio les contaba a ambos algunos datos interesantes.

—Mientras dormía he sentido al Guardián entrando en mis sueños. Él es el más fuerte de todos, pero hay hambre en su corazón. —decía. —El

Guardián fue creado para destruir. Tiene mucho en común con la Corrupción.

Mientras decía esto, llegaron a Tripsom. El Custodio volvió a arrodillarse. Muerte bajó de un salto y Leah bajó con ayuda de la gigantesca mano del Custodio.

—Debes hablar con Edwood y hacer las paces antes de que crucemos. —le dijo a Muerte, comenzando a escalar el muro de la ciudad. —Es posible que no haya vuelta atrás... —concluyó en tono sombrío haciendo que a Leah se le fuera el alma a los pies. ¿Iba a terminar todo... tan pronto?

Entraron a Tripsom en silencio, cada cual sumido en sus propios pensamientos hasta que llegaron frente a Edwood.

—He restaurado la Fragua y he devuelto la vida a la piedra. ¿Estoy más cerca del Árbol? —le dijo Muerte a Edwood en tono serio. —Habla ahora, Anciano, o tal vez ya no tengas ocasión. Dicen que la Fundición es peligrosa.

Leah miró a Edwood como suplicante de que le diera consuelo. Aquello sonaba como una despedida, y eso la inquietaba enormemente.

—Como el Árbol, Jinete, y como todo el bosque. Por eso debes despertar al Guardián. —le dijo Edwood ignorando la mirada de Leah. —Pero te has preguntado, ¿por qué buscas el Árbol?

—El Árbol de la Vida es donde hallaré la absolución de mi hermano. —respondió Muerte, como si le ofendiera profundamente el hecho de que alguien se atreviera a cuestionar sus motivos.

—El Árbol de la Vida es un portal por donde se puede viajar a lugares jamás soñados. —le dijo Edwood, escondiendo un trasfondo detrás de sus palabras sencillas. —El Árbol existe en todos los mundos, aunque parezca distinto, es el mismo. Sus raíces conectan todos los reinos. El Árbol no es el final del viaje, sino su principio.

Muerte soltó un suspiro como enfadado.

—Muerte... —susurró Leah cuando éste pasó junto a ella para dirigirse hacia el jardín central a descansar. El gesto de ella se ensombreció.

—Leah... Has entrenado muy duro para acompañar al Jinete y salvar a tu

hermano, pero hay algo importante que olvidas. —le dijo Edwood poniendo su mano sobre el hombro de ella.

—¿Sí..? —susurró ella.

—Él es un espíritu soberbio, intranquilo, caprichoso e impulsivo. Es como el Fuego en la Fragua. —le dijo. —¿Sabes qué significa?

—¿Qué sólo las Lágrimas pueden calmarlo? —dijo Leah dirigiendo sus ojos llorosos hacia los de Edwood.

—Tú tienes amor, paciencia y compasión en tu corazón. Tendrás que valerte de eso si quieres seguir tu camino, ya no tú sola, sino volviéndote uno solo con el Jinete.

—¿A qué te refieres? —le preguntó ella con un leve rubor en sus mejillas, imaginando hacia dónde iba su conversación.

—¡Vamos! Soy viejo, sé muy bien lo que es estar enamorado. Él no lo comprende, pero con el tiempo, lo hará. Aunque eso depende de tu dedicación. —le respondió dedicándole una sonrisa cariñosa.

—Gracias... —le dijo ella sonriendo.

—Ahora ve. Me parece que tienes algo que hacer. —le dijo Edwood señalando con los ojos al Jinete que se encontraba de pie, observando la puesta de sol.

Leah se acercó decidida a él y, colocándose a su lado, le tomó la mano entrelazando sus dedos frágiles y delgados con los de él. Muerte se exaltó muy levemente, casi sin darlo a notar.

—Estaremos bien... —le dijo Leah suspirando y mirando el horizonte también.

“*Lo sé... Ahora lo sé...*” pensó el Jinete observando el perfil de Leah y sintiendo el alivio en su pecho que tanto necesitaba.

XII. Adiós, amigo.

Leah despertó muy temprano por la mañana. La ansiedad no la había dejado dormir. Algo se aproximaba, lo sentía en su corazón. Muerte esperó a que Leah se alistara y se dirigieron a la parte de atrás de la Fragua, allí donde se disimulaba muy bien la Fundición. El enorme Custodio los esperaba. Estaban callados, con la boca seca y los ánimos alterados por la incertidumbre.

—Ha llegado la hora... —les dijo el Custodio.

—Háblame de la Fundición. —le respondió Muerte yendo directamente al grano.

—Es un lugar sagrado, donde el alma se funde con la piedra.

—Desde aquí no parece tan sagrado... —dijo Muerte alzando una ceja y recuperando su habitual sarcasmo. Leah no pudo evitar sonreír algo aliviada.

—La oscuridad no perdona rincón alguno... —murmuró misteriosamente el Custodio, a Leah le dio un vuelco en el corazón de pensar en qué pasaría si Muerte llegara a ser corrompido... como sea, no era tiempo para pensar en ello. —Pero la Fundición posee su propia magia y es fuerte. Con tu ayuda, la recuperaremos.

Dicho esto, el Custodio se giró para mirar hacia la Fundición y entonó un cántico que resonó en la roca. Al segundo tono, que era más alto que el primero, la piedra que yacía al fondo del acantilado que los separaba de la Fundición se alzó y formó un puente entre ambos puntos.

La preocupación se reflejó entonces en el rostro de piedra del Custodio.

—No es un buen lugar... seas de carne... o de piedra. No es una deshonra echarse atrás.

Una sonrisa... ¿irónica, tal vez? Se dibujó en el rostro de Muerte.

—Pero no lo haré... —sentenció.

Leah soltó un suspiro. No sabía decir si lo terco que era sería una desventaja en su viaje. Polvo la sacó de sus reflexiones mentales al posarse en el hombro del Jinete y soltar un graznido anunciando la presencia de Kan. Ambos, Jinete y humana, lo miraron un poco sorprendidos.

—Ya oíste al Custodio. No es seguro que vayan solos. —decía mientras avanzaba hacia ellos. —Me necesitan. —y se puso a la cabeza del trío.

Muerte alzó la mano como para protestar pero antes de que algún sonido saliera de su boca, Leah le colocó la mano en el antebrazo para llamar su atención. Con una sonrisa y un encogimiento de hombros le indicó que no les vendría mal un poco más de ayuda. Muerte sólo gruñó derrotado y avanzaron detrás de Kan.

* * * * *

Mientras avanzaban en la Fundición, se toparon con varias cámaras que contenían objetos variados. Una de las más grandes, tenía un enorme martillo que abarcaba toda la sala. Leah alzó la vista impresionada por aquel tamaño.

—Seguro que dolería un golpe con esa cosa... —susurró.

—Probablemente... ¿Quieres probar? —le dijo Muerte ofreciéndole acercarse con un ademán de la mano y una sonrisa con sorna.

—Oigan, tórtolos. Debemos seguir. —les apremió Kan, ganándose un golpe en el brazo de parte de Leah cuando lo alcanzaron.

Al llegar a la sala central, se encontraron con el enorme Guardián al que debían traer de vuelta. Los ojos de Leah se abrieron como platos al ver una mole de aquellas proporciones titánicas.

—Ese es el Guardián Jinete. Y si quieres llegar al Árbol, tendremos que despertar a esa bestia. —dijo Kan.

—¿Y después qué? —preguntó Muerte algo impaciente.

—El Guardián hará lo que se supone que es su cometido: destruir la Corrupción que bloquea el Árbol.

—Pero... Si está acabado, ¿por qué sigue ahí? —cuestionó Muerte algo

sorprendido de que no se moviera siendo que, en teoría, se encontraba en perfectas condiciones.

—Su cuerpo está destruido, sí. Según está, no es más que piedra inerte. —explicó Kan. —Para darle vida a la piedra, necesitamos darle la esencia del corazón de un Hacedor, para ese tamaño necesitamos tres.

—¿Y cómo lo hacemos?

—Estos "corazones de piedra" están acabados, igual que el Guardián. Pero nunca se unieron a la piedra. Están todos en el Templo. Sólo tenemos que buscarlos.

—Andando, entonces... —dijo Muerte ansioso por terminar.

* * * * *

Después de un buen rato esquivando obstáculos, asesinando monstruos, resolviendo inconvenientes y muchos, pero muchos bufidos de frustración de Muerte, lograron llegar hasta donde estaba el último corazón, con ayuda de un constructo que pretendía dejar en aquella habitación.

Muerte dio un salto ágil y de un par de fuertes golpes hizo caer el corazón del soporte de techo en el que se encontraba. Kan lo atrapó con facilidad. Comenzaron a volver a la cámara donde se encontraba el Guardián, pero Leah notó un leve brillo amarillento inusual en aquél corazón azul. Antes de que pudiera decir nada, un destello de aquella sustancia salió y se incrustó en el constructo que comenzó a moverse por propio mérito.

Todos se pusieron en guardia.

—¡Kan! ¡Llévatela de aquí! —ordenó Muerte.

—¿Qué?! ¡Espera! ¡NO! —gritó Leah alzando la voz sorprendida. Kan la tomó del brazo y comenzó a correr rumbo al Guardián. —¡Tienes que dejarme volver! ¡No puedo dejarlo solo! —le dijo a Kan a la desesperada.

—Estará bien, sigamos. —le respondió él.

Con muchas protestas y un incómodo sentimiento de ansiedad, Leah eliminó a los monstruos que se le cruzaban en el camino con la ayuda de Kan. Muerte los alcanzó poco después sin un rasguño.

—Te lo dije, tonta. —le dijo Kan a Leah.

Ella solo suspiró con alivio. Muerte no hizo ningún comentario, se veía relajado por haber terminado aquella tediosa tarea.

Cuando llegaron al sitio donde el Guardián descansaba, Leah y Muerte esperaban que Kan colocara la piedra. Sin embargo, no lo hizo, un atisbo de duda se reflejaba en sus ojos.

—Debes colocar la piedra en el Guardián. —le instó Muerte recobrando un poco de su mal humor.

—Hemos visto su obra, Jinete. La Corrupción emana de ahí. —dijo Kan con un tinte de preocupación en su voz.

—Kan tiene razón, Muerte. ¿Qué pasaría si el Guardián se corrompe también? Estaríamos perdidos... —terminó murmurando Leah mordiéndose el labio inferior.

—Los otros dos corazones de piedra eran puros. Espero que su resplandor purifique al tercero. —dijo Muerte, aunque en el fondo él también deseaba fuertemente estar seguro de sus propias palabras.

—Tal vez... —Kan miraba fijamente el corazón, como buscando alguna respuesta certera.

—Kan, el mayor riesgo es no hacer nada. —le dijo Muerte en un tono casi paternal. Leah lo miró algo sorprendida.

—Ya... —murmuró Kan avanzando y dejando que el corazón saliera disparado de sus manos atraído a su sitio en la cabeza del Guardián.

Los tres aguardaron expectantes. Al contacto con el último corazón, toda la piedra comenzó a tomar vida. Los corazones laterales brillaron con una intensa luminosidad azul y el color amarillento del corazón central se disipó, comenzando a brillar de azul también. Leah y Kan soltaron gritillos de alegría. Muerte seguía expectante.

—La Corrupción se ha disipado como lluvia en una fragua ardiente. ¡Tenías razón! —exclamó Kan.

—Me equivoqué... —susurró Muerte provocando desconcierto en los otros dos por un segundo y poniéndose en guardia.

El corazón central brilló intensamente de amarillo y miradas de terror se apoderaron de Kan y Leah, que retrocedieron. El Guardián se liberó de sus ataduras de cadena y salió de la Fundición hacia Tripsom ante la mirada impotente de los tres que se ocupaban de esquivar sus pisadas.

Corrieron hacia la Ciudad y la encontraron semidestruida. Vaal y Venir fueron los primeros en encontrarlos. Llevaban cargando a Dane que estaba malherido y sangrante.

—¡El Guardián se ha vuelto loco! ¡Edwood no lo sabe! —gimió una aterrorizada Vaal.

Kan se dirigió a suplir a Vaal y Muerte y Leah no supieron más de ellos ya que se lanzaron corriendo hacia la pradera que se extendía fuera de Tripsom. Al llegar, vieron al Guardián y a Edwood recitando un conjuro en medio de una especie de trance. Leah soltó un gritillo aterrado.

—¡No! —gritó Muerte al ver que el Guardián golpeó con su martillo a Edwood. Leah volvió a gritar.

El Guardián alzó su martillo y Edwood estaba debajo protegido por una especie de campo de fuerza.

—¡Maldición! ¡Eso duele! —dijo saliendo del trance y transportándose a la entrada a Tripsom.

Muerte soltó el aire que mantenía en los pulmones algo aliviado al verlo entero. Tomó a Leah del brazo haciéndola quedar junto a Edwood.

—Que se quede contigo. —le susurró.

Edwood asintió e hizo aparecer un campo de fuerza en la entrada, separándolos de Muerte y el Guardián.

—¡NO! ¡No puedes hacer esto! —le gritó Leah desesperada, golpeando con el puño el campo de fuerza viendo cómo Muerte avanzaba hacia el

Guardián.

La lucha que siguió fue impactante. Muerte, con la ayuda de Desesperación, difícilmente pudo detener el flujo de los dos corazones laterales, sólo quedaba el de su cabeza y el Guardián había perdido un brazo, por lo que únicamente arrojaba bombas sombra gigantescas. Muerte sólo esquivaba de aquí a allá intentando encontrar un sitio por el cual trepar.

Leah y Edwood miraban. Edwood con preocupación y Leah con una angustia casi insoportable. Entonces, aquella idea brotó de su mente.

—¡Muerte! —volvió a golpear el campo de fuerza. —¡Dispárales! ¡Dispárales a las bombas! —le gritó con toda la fuerza que podía para hacerse oír por encima del estruendo.

Muerte la escuchó y atendió. Tras varios disparos, la bomba se detuvo en el aire, pero giraba como si estuviera cazándolo. Entonces, comprendió qué era lo que Leah planeaba. Se coló entre los pies del Guardián y la bomba, al salir disparada en su dirección, fue a dar justo a las piernas del Guardián. Éste cayó de rodillas por el impacto, y Muerte aprovechó para subir hasta su frente y bloquear el corazón. El Guardián gritó agonizante y cayó hecho trizas. Sin embargo, la cabeza volvió a levantarse en el aire, al igual que el resto de las rocas. Con una mirada astuta, Muerte saltó sobre las piedras y, convocando su forma de Segador, extrajo con su guadaña el último de los corazones. Esta vez, el Guardián se quedó inmóvil.

Edwood hizo desaparecer el campo de fuerza y Leah salió corriendo hacia Muerte.

—¿Estás bien? —le dijo con los ojos brillantes y tomándole el brazo con fuerza.

—Tú no tienes más opción que destruirle, Jinete. —interrumpió Edwood avanzando hacia el Guardián. —Y yo, si hay que despejar el camino al Árbol, no tengo más opción que traerle de vuelta. —le dijo con una nota de tristeza en la voz.

—¿Cuántas veces pretendes que le mate? —lo desafió Muerte con la

frustración enronqueciendo su voz y soltándose del agarre de Leah que sólo lo miró ligeramente ofendida. No tenía ya tiempo para estupideces, ¡debía salvar a Guerra cuanto antes!

—El Guardián será como recién nacido, libre de Corrupción. —le dijo Edwood con paciencia, sin ceder ante la agresividad del Jinete. —Ahora, apártate. Esto requiere un esfuerzo considerable. —concluyó asiendo su báculo y cargando lo que parecía un hechizo en el extremo superior de éste.

Al golpearlo contra el suelo, una onda de energía azul azotó todo lo que se encontraba pocos metros a la redonda. Las rocas inertes se alzaban en el aire volviendo a armar al Guardián. Muerte resguardó su vista de la luz alzando un brazo y mantenía a Leah detrás de él con el otro mientras ella se aferraba fuertemente a él.

—No sobrevivirás a esto... —le dijo alzando la voz, suplicando internamente que no fuera lo que él se estaba imaginando.

—Soy el Hacedor. Ese trabajo define mi ser, como segar almas define la tuya. Y no podemos evitarlo. —gritó por encima del estruendo Edwood.

—¡No! —gritó Leah aferrándose aún más a Muerte.

Un último y más fuerte resplandor azul terminó de reconstruir al Guardián y Edwood cayó al suelo. Leah respiró agitadamente dos veces y corrió hacia él con Muerte detrás de ella. Se arrodilló y tomó la cabeza de Edwood sobre sus piernas. Muerte se arrodilló junto a ella sintiendo el peso de toda la responsabilidad sobre sus hombros.

—Dirígete al Árbol, Jinete. Tu viaje aún no ha acabado...

Y así Edwood exhaló su último aliento y quedó inmóvil. Un gemido escapó de los labios de Leah y las lágrimas comenzaron a brotar de sus enormes ojos grises mientras Muerte sólo observaba pasmado y asimilaba el pesado dolor que se comenzaba a expandir por su pecho y su mente.

XIII. No Lo Digas

El enorme Guardián dio un paso al frente, provocando que Muerte saliera de su ensimismamiento tomando a Leah por la cintura y saltando hacia atrás para esquivar un posible ataque. El Guardián se agachó y con un gigantesco dedo tocó el inmóvil cuerpo de Edwood. Al ver que éste no se movía, se alzó dando una especie de rugido de dolor y pena por la muerte del anciano Hacedor y, con toda su ira, se abalanzó contra la barrera de Corrupción que bloqueaba el camino al Árbol. El enorme ojo amarillento se movía inquieto en su cuenca con la desesperación de no poder evitar el inminente ataque. El Guardián lo golpeó con su martillo con gran rencor y la Corrupción lanzó unos cuantos tentáculos que comenzaron a intentar absorberlo. Sin embargo, el Guardián no se rindió y, con un golpe de la piedra que llevaba en su frente, se desvanecieron en el vacío tanto el Guardián como la Corrupción.

Leah lloraba sobre el pecho del Edwood mientras Muerte observaba aquella escena, no se había dado cuenta en qué momento ella se deslizó hasta ese punto. Ya antes había visto llorar a Leah, pero esta vez era distinto. No eran simples lágrimas silenciosas, sino que sollozaba. Su respiración irregular, sus gemidos impregnados del más profundo y sincero dolor, la expresión de sufrimiento en su rostro. De todos los eones que había vivido, jamás le había afectado ni un poco el sufrimiento ajeno, pero el de ella... Era como si llorara por los dos. El dolor que Muerte no podía expresar por medio de palabras o el mismo llanto, lo liberaba Leah por medio de cada gota que resbalaba por su rostro.

El cadáver de Edwood se deshizo en un aura azulada, dejando a Leah arrodillada y abrazándose a sí misma con el peso de su pérdida obligándola a encorvarse sobre sus propias piernas. Un deseo impetuoso y palpitante movía a Muerte a querer intentar aliviar un poco su pena. Se acercó a Leah, y la alzó

tomándola de los codos. Apenas terminó de ponerla en pie cuando ésta rechazó su tacto apartando sus brazos de ella con su delicada mano y se dirigió caminando con paso pesado, mirando al suelo hacia Tripsom. Muerte la siguió de cerca, pero sin incomodarla.

Cuando entraron a la ciudad, la comitiva de Dane, Kan, Venir, Vaal y Nuria ya los esperaba. Dane los miró con una mirada esperanzada.

—Acabaron con él... ¿Dónde está Edwood? —preguntó con cierto temor.

Leah lo miró un segundo y simplemente negó con la cabeza dirigiéndose hacia un patio trasero que había cerca de su habitación.

Los Hacedores lloraron la muerte de Edwood. Muerte simplemente se sentó en un barandal mirando el imponente paisaje y reflexionando. Leah se había deshecho de su armadura en su habitación, quedando solamente en su pantalón ajustado, sus botas y su ligera camisa de tela parecida a la seda. Se recargaba en el barandal de aquél balcón, aun lloraba pero su llanto era ya silencioso y tranquilo. Pensaba mil cosas, en que debía tal vez estar con los Hacedores compartiendo su pena, o con Muerte calmando su mente iracunda, pero quería estar sola. La pérdida de un ser amado no es algo que pueda aliviarse con simples palabras o un abrazo. Era algo profundo, algo que no podía llenarse para continuar como si nada. Era algo que te marcaba de por vida.

La había caído hacía un rato. Vaal se arrepentía profundamente de no haberle agradecido todo lo que había hecho por ellos, Venir lloraba internamente sabiendo que extrañaría la presencia de Edwood, Dane recordaba todas las batallas que habían librado hombro a hombro, Kan recordaba todos los consejos que le había dado y le dolía haber perdido a alguien que había sido como un padre para él, Nuria ya lo sabía y lloraba en silencio orando porque su alma encontrara un buen sitio para trascender.

Muerte, sentado solo en aquel barandal pensaba y pensaba la misma idea una y otra vez. ¿Por qué diablos aquél Hacedor, que nada tenía que ver con él o con su hermano, había dado la vida por su causa? ¿Realmente había espíritus

tan puros para sacrificarse así por su gente?

Debía haber otra forma... pensaba insistentemente.

Dejando de lado aquellos conflictos mentales, se puso en pie y se dispuso a partir sin despedirse. No se sentía animado de ver los rostros dolosos de los demás Hacedores, ni el de Leah... Ya se las apañaría ella sola. Tal vez fuera lo mejor para ella que se quedara allí. Había sido una locura tan sólo considerar que ella pudiera... Tal vez él... Como sea... Ya no tenía importancia... Y comenzó a andar hacia la salida cuando Dane lo interceptó. Su rostro mostraba ya resignación.

—No sé gran cosa sobre las relaciones entre las personas. —dijo en un suspiro mirando a Muerte con franqueza. —Pero no creo que debas irte sin despedirte de ella al menos. Ha pasado por tanto dolor... No merece soportar algo más... —concluyó suspirando y volviendo a la Fragua, donde el resto de los Hacedores bebían en silencio mientras en sus mentes honraban la memoria de Edwood.

Muerte lo sopesó un momento mientras observaba a Dane alejarse.

“Será lo último que haga por ella... Tal vez así es mejor... Tal vez..”. se dijo y se dirigió a donde estaba Leah.

* * * * *

Leah ya no lloraba, sólo sentía el aire frío golpear su rostro y despeinar sus cabellos. Sentía el cuerpo entumido y temblaba de frío, pero no tenía ninguna gana de ir adentro. Era como purificarse del dolor... O algo parecido... Tal vez un autocastigo por un pecado no cometido... ¿O simple masoquismo? Qué más daba ya... No se había percatado de su situación con toda claridad hasta ese momento. Ella no pertenecía allí. Ella tal vez debió morir junto a su hermano. Nunca debió pisar aquel reino maldito de Padre Cuervo, ni debió hurgar en asuntos que no le correspondían, ni debió tomar la túnica de aquel Jinete... Tal vez...

Justo en ese pensamiento, sintió el mismo pesado manto púrpura caer sobre sus hombros con un sentimiento reconfortante y aliviando el frío de su cuerpo.

—Aún no comprendes que una humana como tú no puede exponerse así al frío...

La voz de Muerte sonó burlesca y desinteresada como siempre. Leah tomó el manto y se acurrucó aún más en él mientras sonreía levemente. Muerte se recargó junto a ella en el barandal y suspiró levemente.

—Cuando alguien muere, los humanos suelen decir que esa persona irá a un lugar mejor... Si de algo te sirve, ése lugar sí existe. —le dijo como quien no quiere la cosa.

—Gracias, sí me sirve. —respondió Leah demasiado triste como para asombrarse del repentino acto de piedad del Jinete.

Muerte miraba en todas direcciones, evitando a toda costa mirarla a ella. Era demasiado difícil. Demasiado duro... ¿para ella?

—Supongo que sabes que debo continuar. —le dijo sin rodeos.

—Sí

—Entonces, también sabes que...

—No lo digas... —le interrumpió ella en un susurro. —No lo digas, no soportaría escucharte decirlo.

Muerte la miró con algo de lástima.

—Sé que te irás y me dejarás aquí. —continuó. —Sé que ansías salvar a tu hermano... Lo entiendo perfectamente. —Muerte esperaba expectante a dónde iba con aquellas palabras. —Lo que no entiendo, es cómo fui a ser tan idiota. Cómo pude llegar a creer que podía hacer esto... En fin, no tienes por qué preocuparte... ¡Ja! Preocuparte... —el rostro de Leah adquirió una sonrisa irónica. —¡Que estúpida! Alguien de tu calaña jamás se preocuparía por un simple juego como lo fui yo... —finalizó dándose la vuelta bruscamente, lanzándole el manto a Muerte e intentando dirigirse a su habitación.

Muerte la tomó del brazo antes de que pudiera dar dos pasos. Se quitó la

máscara y, abrazándola por la cintura, la beso con desesperación. Leah cerró los ojos y le rodeó el cuello con los brazos quedando totalmente pegada al cuerpo de él mientras nuevas lágrimas rodaban por sus mejillas e iban a dar al pecho del Jinete. Muerte se separó suavemente de ella y la volvió a cubrir con el manto. Ella bajó la mirada, pero él le tomó la barbilla entre el pulgar y el índice obligándola a mirarle a los ojos y plantando un pequeño roce de sus labios en su frente.

—Lo lamento, pero esto se acaba aquí. —dijo soltándola y dándose vuelta con brusquedad dejándola allí tal como había comenzado: sola, fría y con el hedor a pena en su alma.

XIV. Empatía

El sol de un nuevo día iluminaba el mundo de los Hacedores, quienes se encontraban en la entrada de Tripsom junto con Leah, para despedir al Jinete que tanto los había ayudado. Leah se encontraba con la cabeza gacha, sin atreverse a mirar a los ojos a la persona que una noche antes le había despreciado tan cruelmente.

—Ya nos veremos después... —dijo secamente Muerte montado en Desesperación, sin demostrar ningún tipo de emoción y sin mirar a Leah.

—Que tengas buen viaje, Jinete y... suerte... —le dijo Dane aún dolido por su reciente pérdida.

Muerte agitó las riendas de Desesperación y el caballo comenzó a andar lentamente hacia el Árbol. La capa blanca que Leah llevaba cubriéndole el cuerpo ondeaba a la brisa matinal. Lo siguió con una mirada de ojos llorosos. No sabía qué le dolía más, si las palabras que había dicho el Jinete la noche anterior o el hecho de que en el último minuto no se había dignado si quiera a mirarla. Un suspiro emanó de su pecho.

—¿Piensas quedarte allí? Si te atrasas, no esperaré a que puedas alcanzarme. —dijo Muerte alzando la voz pero sin mirar atrás.

Leah, dándose por aludida, les dedicó una mirada dudosa a los Hacedores con los ojos enormes y esperanzados.

—Adelante... Estaremos bien aquí. —le dijo Vaal abrazándola cariñosamente.

—Gracias. —susurró Leah. —¡Los veré después! —gritó mientras corría hacia el Jinete y agitaba la mano despidiéndose.

Vaal sonrió.

—¿Estará bien si se va...? —preguntó Dane.

—Estará bien. —respondió Kan cruzando los brazos con seguridad. —Es

Muerte quien me preocupa. —concluyó provocando las risas de sus compañeros, que observaban cómo se alejaban hacia el Árbol.

Leah andaba junto a Muerte, intentando seguirle el paso a Desesperación, cuando el Jinete, rodeando su cintura con un brazo, la hizo montar frente a él, tomando desprevenida a Leah. Ella sólo ensanchó aún más su sonrisa y cerró los ojos disfrutando la cercanía de él.

Con la nueva posición, la capa que llevaba dejó al descubierto sus piernas y Muerte la miró entre sorprendido y fastidiado: llevaba consigo la bolsa de su pierna, la misma en la que cargaba sus provisiones, y sí, estaba llena.

—Pensabas seguirme de todos modos... —le dijo Muerte en tono bajo y peligroso, molesto de que le hubiera tomado el pelo.

—Tal vez... —susurró Leah intentando mirarle con inocencia mal fingida.

—Eres... Una pequeña embustera. —dijo Muerte, con una media sonrisa en el rostro.

—Aprendí del mejor. —replicó ella aliviada de que no se hubiera enfadado.

Él sonrió para sus adentros. Probablemente sería el error más grande de su vida y se terminaría arrepintiéndose de llevarla con él. Pero también sabía muy bien que si la dejaba atrás igualmente se arrepentiría. De todos modos, ¿qué era lo peor que podría pasar?

* * * * *

La visión del gigantesco Árbol era impresionante. Visto de lejos, parecía enorme, pero de cerca Leah se sentía como la más insignificante de las hormigas. En las raíces del Árbol, había distintos espacios en los que las mismas formaban círculos curiosamente bien formados y a cada lado de éstos habían dos estatuas de diferente temática cada una. En la base, se alzaba una enorme y ornamentada puerta en cuyo centro había forjado en algo que parecía

oro o alguna especie de metal un rostro de mujer. Desmontaron a Desesperación y éste desapareció. A pesar de que la vista era bellísima, había un inusitado y antinatural silencio en los alrededores.

—¿No tienes el presentimiento...? ¿De que algo malo sucederá? —susurró Leah algo temerosa mientras avanzaban hacia la base del Árbol.

—No me digas que vas a volver ahora... —le respondió Muerte burlándose de su temor.

—Claro que no, es sólo que... ¡Muerte!

La Corrupción había comenzado a emanar de los ojos del rostro de la mujer como si de lágrimas se trataran y los terribles tentáculos empezaban a tirar de Muerte hacia el interior. Él intentaba inútilmente de librarse de la Corrupción pero ésta le atrapó casi todo el cuerpo. Leah se abalanzó hacia él y tiró de la única mano que quedaba visible, pero sólo consiguió hundirse junto con él.

Del otro lado de la puerta, había oscuridad absoluta y ya no sentía a la corrupción. Se aferraba fuertemente a la mano de Muerte.

—¿Qué es este lugar? —susurró apenas audiblemente.

Muerte sólo escudriñaba la oscuridad intentando distinguir algo. De pronto, una luz amarilla verdosa iluminó levemente una figura alta y monstruosa que se extendía frente a ellos. Muerte tiró de Leah haciéndola quedar detrás de él. Un gemido de miedo salió de los labios de ella.

—Así que has venido luciendo tu pecado por bandera. —habló aquella figura con voz potente. —¿Qué buscas, Jinete Pálido?

—El regreso de la humanidad. —respondió Muerte desafiante, sintiéndose insultado por aquella presencia prepotente y malsana.

—¿A un planeta yermo, despojado de vida? Los humanos, débiles y simples no sobrevivirán a esta resurrección... ¡Y tampoco la merecen! La humana que llevas a tu lado debería estar muerta justo ahora. —Leah se estremeció al darse cuenta que la figura había reparado en ella. —No comprendo porque la has acogido como tu mascota. —dijo la figura con tono

burlesco.

—No nos corresponde juzgar eso. Ni a ti el cuestionar porqué la llevo o no conmigo. Sólo quiero librar a Guerra del castigo del Consejo. —replicó Muerte sintiendo algo de ira extendiéndose por su pecho.

—¿Y qué hay de los Nephilim? ¿Salvarías sólo a uno y no al resto?

—Los Nephilim son una amenaza para el equilibrio. —afirmó el Jinete enfadándose un poco más.

—De haber tomado el Edén nada de esto hubiera ocurrido. —la figura comenzaba a hablar con voz más insidiosa. —Pero nos atacaste, mataste a los nuestros y confinaste nuestras almas en tu amuleto.

—¿Quién eres? —cuestionó Muerte entornando los ojos con recelo.

—Creo que lo sabes... Antes me llamabas hermano...

—Obsolom... —susurró Muerte con desagrado.

—He renunciado a ese nombre. Ahora soy la Corrupción. —le corrigió Obsolom con un tono mucho más suave. —El día en que alzaste tu guadaña contra nosotros, nací yo. Y pronto yo lo seré todo... —decía en tono triunfal. —El Árbol de la Vida ha caído bajo mi sombra. ¡Ni la misma Muerte escapará a ella!

Muerte se puso en guardia cuando la oscuridad volvió a cubrirlos. Leah sintió como si un extraño viento tirara de ella, una sensación parecida a cuando había cruzado por el portal de Padre Cuervo. Cuando la claridad volvió, la realidad de su entorno se volvió cada vez menos borrosa y, al volverse nítida, reveló un páramo de cielo verdoso, árboles muertos y suelo gris que los rodeaba. Miró a su lado y ahí estaba Muerte.

—¿Muerte...? —Leah se acercó a él. Su semblante era serio y parecía recordar alguna memoria penosa mientras su entrecejo se fruncía de impotencia. —¿Qué...? ¿Quién era... él? —le cuestionó insegura de su reacción.

—Obsolom... Él era un Nephilim... Otro de mis hermanos... Si es que a eso puede llamársele hermano. —respondió con amargura. Leah le miraba sin

saber muy bien cómo reaccionar. —Alguna vez, el Consejo nos encargó a mí y a los otros Jinetes terminar con la existencia de los Nephilim y sus almas.

—¿Por qué?

—El Creador dispuso el Edén a merced de los hombres para que lo convirtieran en su hogar. Los Nephilim no teníamos ningún sitio al que llamar hogar. —le contó paciente ante su curiosidad. Si iba a acompañarlo, tendría que explicarle una cosa o dos. —Obsolom comenzó la rebelión ante esta ley... Quería tomar el Edén para los Nephilim. Es por eso que no podían seguir existiendo. Se me ordenó terminar con la existencia de sus almas pero... — Muerte calló como si analizara la naturaleza de sus propias palabras.

—¿Pero...? —Leah le instó a continuar.

—No pude hacerlo...

—Muerte... —Leah sintió repentinamente una gran compasión por él.

—Debemos seguir. —le cortó él bruscamente.

Leah tenía una expresión de tristeza en el rostro. ¿Qué hubiera sido de ella si hubiera tenido que matar a su propio hermano? ¿Cómo se sentiría? No sabría decir qué tan justos eran los designios de los altos dirigentes universales... Por primera vez en su vida, dudaba del juicio del destino.

XV. Háblame De Ti

Leah y Muerte anduvieron hasta la plaza de piedra donde las raíces del Árbol de la Vida terminaban. Había sido un momento tenso, reflexivo y Leah no se atrevía a dirigirle la palabra al Jinete. Prefería esperar a que a él le placiera hacerlo. En cuanto a Muerte, era extraño... extrañísimo compartir así sus vivencias con un ser tan sencillo cuando ni siquiera sus hermanos eran tan cercanos a él.

"Por lo menos ella no se queja tanto como ustedes..." pensó con una triste sonrisa tocándose el amuleto que llevaba incrustado en el pecho.

Casi al final de aquella plaza, se toparon con un ser un tanto curioso a los ojos de Leah. Era parecido a lo que en su mundo se denominaba un fauno. Tenía la cabeza en forma de un carnero e iba ataviado con una túnica de color rojo de la que pendían distintos frascos, piedras preciosas y bolsas de curioso resplandor que iluminaba el humo que despedía la enorme pipa de la que se hallaba fumando.

—¡Ah... el Jinete Pálido! —dijo aquella criatura cuando se aproximaron lo suficiente. —¿No es curioso que hayan venido tantos aquí por tu causa? Aun así... Rara vez visitas el Reino de los Muertos...

—No pensaba visitar este lugar aciago. —le cortó Muerte con brusquedad. No estaba de humor para que alguien más cuestionara sus andanzas. —Buscaba el Árbol de la Vida. Lo encontré y aquí estoy.

Aquella criatura soltó una risa haciendo tintinear sus colgijes con el movimiento de sus hombros.

—El Árbol no es un destino, amigo mío. Sólo un portal a otros mundos. Si lo que buscas es el propio Árbol, ya has llegado.

—Entonces me han traicionado... —murmuró con hastío el Jinete.

Leah sentía un nudo en la boca del estómago. Ya no sabía que esperar.

Antes estaba con los Hacedores pero ahora... Estaban solos.

—No tan deprisa. —dijo el fauno agitando su mano. —El Árbol es muy sabio. Si te ha traído hasta aquí, es que perteneces a este lugar. Quizá yo pueda ayudarte.

—Lo dudo. —dijo secamente Muerte cruzándose de brazos.

—Decía... ¿señor? —intervino Leah intentando suavizar la grosería de Muerte.

—Presten atención. Gracias a mi talento como mercader puedo conseguirte todo lo que desees. Dime Jinete, ¿qué buscas?

—Redimir a mi hermano. Restablecer el equilibrio.

—¡Ah, sí! He oído ese relato. Tu hermano cabalgó aunque nadie le había invocado... Y la humanidad pagó el precio. A excepción de tu peculiar amiga, por lo que veo...

—¡Vigila tu lengua, mercader! —le advirtió Muerte en tono amenazador.

—No estoy juzgando, amigo. Tan sólo digo lo que me contaron. —dijo el mercader sin intimidarse. —Tenías razón en buscar el Árbol, pero no es más que un portal. Lo que persigues es el Pozo de las Almas.

—¿El Pozo de las Almas salvaría a la humanidad? —preguntó Muerte con renovado interés.

Leah contuvo la respiración.

—Y más. —respondió el mercader. —El Pozo trae a este reino a los muertos de todos los mundos. También devuelve a las almas de regreso a la Creación, cuando están listas para renacer.

Muerte aún tenía cierto recelo.

—Aún no me explicas qué haces tú aquí... —le espetó.

—No soy más que un humilde mercader que aprecia lo mejor en la vida... y en la muerte. —respondió con una risa irónica. —Soy Ostergard.

—¿Árbol de la Vida? ¿Árbol de la Muerte? ¿Portales a otros mundos? —Muerte dejó escapar algo de su frustración en su voz. —No sé nada de eso. O he estado muy ciego o tu lengua sólo escupe mentiras.

Leah se sentía pequeña. Era cierto que el ver a Muerte iracundo le intimidaba, aunque lo disimulara bastante bien.

—Mucho se les oculta a los Cuatro... —respondió misteriosamente Ostergard.

—¿Por qué? —cuestionó Muerte. Leah podía sentir la desesperación debajo de ese tono amenazador.

—Porque la ignorancia sirve para moderar el poder. —le dijo sabiamente el mercader. —Si los Nephilim supieran la auténtica naturaleza del Árbol, todos habrían perecido.

—Yo renuncié a los Nephilim, luché por el Equilibrio y maté a mi propia gente. —el tono de Muerte se elevaba cada vez más con ira contenida. —Protejo estos mundos, a ti al Árbol... Aun así permanezco en la oscuridad...

—Renunciar sí, olvidar no. Los Nephilim aún viven en ti. —replicó el mercader prestando atención al fuego de su pipa. —Pero... ¿Qué se yo? Sólo soy un simple mercader. —concluyó.

El Jinete suspiró dolorosamente. Leah le colocó las manos en los hombros y cuando él dirigió la mirada, los ojos de ella le instaban a no perder la razón por la ira. Muerte volvió a suspirar tranquilizándose.

—Pongamos que te creo. ¿Dónde debo iniciar mi búsqueda? —le cuestionó.

—Debes escalar el Pico de la Serpiente e invocar al Trono Eterno. —le respondió Ostergard exhalando una bocanada de humo. —Ahí dormita el Señor de los Huesos. Él te guiará hasta el Pozo... o les quitará el alma. —concluyó en tono poco apaciguador.

* * * * *

A pesar de que el cielo mostraba un inmutable color verdoso, Leah sentía sus párpados caer como si tuvieran plomo encima. Iban cabalgando hacia el Pico de la Serpiente. Leah hacía todo lo posible por mantenerse despierta

pero, después de un rato y casi inconscientemente, recargó su cabeza en el pecho del Jinete y comenzó a dormir mientras veía ensoñaciones que se mezclaban con la realidad dibujándose en su mente. Muerte esbozó una sonrisa disimulada. Muy frecuentemente se olvidaba de que su "peculiar amiga", como la había llamado Ostergard, requería de ciertas atenciones extra. Encontró una pequeña meseta, lo suficientemente alta para que los esqueletos de aquel lugar no les fastidiaran y, despertando a Leah y haciéndola subir a su espalda, trepó y le informó que descansarían ahí.

Había un árbol muerto que resguardaba la meseta. Leah acomodó sus cobijas allí y se recostó semi-sentada contra el tronco del Árbol. Muerte le siguió y se sentó junto a ella.

—¿Sabes? Ahora que lo pienso, te he hablado mucho de Morton... —le dijo Leah mientras mordisqueaba un trozo de pan de lembas. —Pero tú no me has dicho nada acerca de tus hermanos.

Muerte se quitó la máscara y la miró un instante. Los ojos de ella mostraban una inocente curiosidad... Y ahora que lo mencionaba, era cierto. De todo el tiempo que habían pasado juntos y los largos monólogos de ella, él se había enterado que habían quedado huérfanos, que Morton se había hecho cargo de ella desde que era muy pequeña, que eran muy unidos y que en algún punto de sus vidas habían sido tan repudiados por sus congéneres que habían quedado aislados de todos casi por completo. La afición de Morton por las "artes ocultas", como solían llamarlo los humanos, había sido en gran parte causa de ese desprecio. Y sí, después de todo ese tiempo, Muerte no le había hablado más de lo necesario ni de su vida ni de sus hermanos.

—¿Qué quieres saber? —le respondió por fin.

—Lo que sea. —dijo ella enderezándose un poco. —¿Son como tú?

—En absoluto. —Muerte esbozó una ligera sonrisa. —Guerra es violento y competitivo, también el más fuerte. Disputa es callado y calculador, suele actuar desde las sombras y es prácticamente imposible adivinar qué es lo que pasa por su mente. Y Furia, mi hermana, es fría e inteligente. Se le da bien

armar estrategias y esa clase de cosas...

—Y por último, está Muerte. —le interrumpió Leah con una sonrisa. — Impulsivo, impaciente, orgulloso, testarudo...

—¡Oye! —Muerte frunció levemente el entrecejo poniéndose a la defensiva y mirándola directamente a los ojos.

—...Y también la persona más maravillosa que yo haya conocido... — dijo ella en medio de un suspiro de sentimiento sincero.

Muerte sonrió de lado.

—Eres una tonta... —le dijo acercándose inconscientemente a ella y alternando su mirada ámbar de los labios rosas a los ojos grises de ella.

—Tu tonta... —le respondió ella perdiéndose en los ojos de él.

—¿Sólo mía...? —susurró Muerte con la voz enronquecida por el momento.

—Toda tuya...

Al tenerlo tan cerca, Leah cerró los ojos e instintivamente separó un poco los labios. Apenas había sentido el roce de los labios delgados y ásperos de él cuando Muerte se puso de pie bruscamente y, colocándose de nuevo la máscara, se dirigió a "vigilar los alrededores" en la orilla de la meseta.

—Aprovecha para descansar. No haré ninguna otra parada hasta llegar al Pico. —le espetó con la orden implícita en la voz y recuperando su aspecto imponente.

Leah sólo sonrió. Él no cambiaría nunca. Y Muerte sonreía para sus adentros. Sí... Ella era sólo suya.

XVI. Eres Tan Insolente...

Habían andado un largo camino hasta el Pico de la Serpiente. Habían cruzado un puente en colgante, destrozado un sinfín de esqueletos, atravesado edificaciones ruinosas y cabalgado por gigantes llanuras por donde corría un viento helado que formaba remolinos con el polvo. En lo más alto del Pico se encontraba una especie de campana que pendía sobre un profundo pozo. Leah se acercó y examinó el borde, no se le veía fondo.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Apártate. —susurró Muerte adelantándose.

Invocando la forma de Segador, partió en dos la susodicha campana y esta cayó al pozo haciendo un enorme estrépito. Leah y Muerte esperaron, expectantes. Un rugido alertó a ambos instándolos a mirar al cielo del cual descendió con un rechinado una enorme construcción de madera que asemejaba a un barco tirado por dos enormes serpientes que destellaban con un color verdoso pálido. La embarcación entera se acercaba despacio al Pico de la Serpiente.

—Son hermosas, nunca había visto algo similar. —dijo Leah cautivada por la imagen de aquellas dos serpientes que ahora estaban a punto de pasar justo debajo de donde ellos se encontraban.

—¿Te gustan? —le preguntó Muerte haciéndole una seña para que subiera a su espalda.

—Sí... ¿por qué? —respondió Leah sujetándose de los hombros del Jinete.

—Vamos a decirles "hola" de cerca...

—¿Qué...?

El grito que lanzó Leah cuando el Jinete se lanzó al vacío resonó por todo el valle. Alcanzó el lomo de una de las serpientes e invocó a Desesperación y

cabalgaron a través del resto del cuerpo de la misma. Leah rodeó el cuello de Muerte y se aferró lo más fuerte que podía a su pecho escondiendo la cara en el cabello de este intentando vanamente reprimir los gemidos de horror que se escapaban de su garganta. Al llegar a la altura del barco, Muerte dio un nuevo salto y valiéndose de las columnas de madera, cayó con un último salto al suelo de madera. Leah bajó lentamente de sus hombros y se recargó en una columna con cara de que podría devolver el almuerzo en cualquier instante.

Muerte rio levemente.

—¡Vamos! ¿No querías verlas de cerca?

Leah se levantó y le tomó el cinto que sujetaba su hombrera acercando su cara a la máscara del Jinete con el entrecejo tan fruncido como aquella vez que la vio desnuda.

—No vuelvas a hacer eso sin avisarme antes...—susurró con una voz que pretendía ser amenazadora.

Muerte, con una sonrisa aún en el rostro, apartó la mano de ella de su cinto con un limpio movimiento.

—Podría decirte que sí pero ya sabes... Soy yo. —le replicó aún divertido. —Sigamos.

Leah le siguió el paso con un puchero en los labios y sin dirigirle la palabra por el enojo. Después de un poco de batallar con la estructura, llegaron a la cubierta del barco y a lo que parecía el camarote principal que asemejaba a una pequeña fortaleza. Frente a ella, un grupo de fantasmas entrenaban con espadas. Avanzaron pero la risa del líder de este grupo los detuvo.

—¿Te ha enviado el Canciller? —le dijo con sorna la figura alta y encapuchada que llevaba consigo distintos tipos de espadas y dagas. —Bien, Jinete, ya he vencido una vez a la Muerte y puedo hacerlo de nuevo.

—No tengo ni idea de qué estás hablando... —le respondió Muerte con algo de prepotencia en la voz.

—¡Claro que no! ¡Aún hiedes a esperanza! —exclamó el fantasma. —Y...

a humanos... —Leah tragó saliva y Muerte puso disimuladamente su brazo frente a ella. —No puedes haber conocido al Canciller.

—No parece lo que yo llamo un Canciller. —bromeó levemente el Jinete observando la figura que se alzaba en frente de las puertas del camarote.

—¡Su lengua lleva eras vertiendo veneno en los oídos del Rey Muerto! —volvió a exclamar con algo de furia. —Sólo le falta ocupar él mismo el Trono Eterno.

—¿Quién eres tú? —preguntó Muerte entornando los ojos a la espera de una respuesta convincente.

—Soy el maestro de armas y todo lo que queda de un guerrero antaño llamado Draven... Del Reino de los Hombres. —Leah abrió un poco los labios por la sorpresa de toparse con... ¿algo? De su mundo... Aunque fuese de aquella forma tan poco usual. —Hace mucho debí haber atravesado el Pozo de las Almas pero me gané mi libertad en la Arena... sólo para caer bajo el látigo del Rey Muerto...

—¿y si quiero hablar con el Rey? —cuestionó Muerte.

—Primero, debes pasar sobre el Canciller... No estaría mal si le das una lección de paso... —dijo Draven acariciando el filo de una de sus dagas.

—Procuraré que así sea... —murmuró Muerte avanzando con Leah hasta presentarse ante la mirada del Canciller.

—¿Un Jinete? ¿En el Reino de los Muertos? No, no... Eso nunca ocurrirá. —exclamó con sorna el Canciller.

—Debo hablar con el Señor de los Huesos. —le soltó Muerte claramente fastidiado por la actitud de aquel personaje.

—Ah... Eso no es posible. —respondió el Canciller con una risa burlesca. —Más aún si te atreves a presentarte con una mortal así como así. —Leah frunció el entrecejo ante su mirada inquisitiva. —Mi Señor vela por tu Reino. Una carga más allá de tu comprensión, Jinete.

—¿Y tú qué? ¿Le sirves como tope de la puerta? —le espetó Muerte con un humor ácido.

—Sólo hay una manera de arrancarlo de su sueño. —dijo el Canciller ignorando por completo la burla del Jinete. —La Arena Dorada. Aquí los mortales tienen la última oportunidad de librarse de la tumba y el premio incluye una audiencia con el Rey. Derrota al Campeón de la Arena y vuelve aquí con su cráneo. Su Majestad te concederá una audiencia entonces.

—Debes estar bromeando... —le dijo Leah al Canciller perdiendo inusualmente los nervios. —Hemos viajado una enorme distancia para llegar hasta aquí y tú no vas a decirnos qué hacer, prepotente de mie... —la voz repentinamente plagada de furia de Leah se vio repentinamente enmudecida por la mano del Jinete.

El Canciller simplemente alzó una ceja.

—Debes tener muchas agallas para enfrentarte así a alguien de mi talle. —le respondió en un tono despectivo el Canciller mientras Muerte retiraba su mano de la boca de la joven— Sin embargo, eso no te servirá de mucho aquí, insolente mortal.

Leah estuvo a punto de replicar, pero una sola mirada fría de Muerte la silenció.

—¿Y dónde está la Arena? —zanjó Muerte.

Un súbito estremecimiento en la nave de madera informó a sus habitantes que se había detenido.

—Tranquilo, Jinete.—dijo el Canciller.—Ya hemos llegado.

Muerte, no dignándose a responder, se dio media vuelta y comenzó a andar dirigiéndose directamente a dónde se encontraba Draven.

—Dices que peleaste en la Arena. —le soltó sin preámbulos.

—Sí... —respondió Draven. —Y si pretendes tener problemas con ese bruto, es que estás loco. —agregó señalándole con un dedo acusador.

—Quiero una audiencia con el Rey de los Muertos. —explicó brevemente Muerte.

—Lo que pensaba, loco... Nemeum te hará pedazos.

—Pero tú pudiste derrotarle...

—Eso fue hace ya algún tiempo, desde entonces Nemeum se ha fortalecido con las almas que ha abatido en la Arena. —le dijo Draven. Muerte soltó un ligero bufido de fastidio al no encontrar nada que pudiera serle de ayuda y se dio la vuelta. —No es un buen sitio, Jinete... Mucho menos para un humano común y corriente. —susurró siniestramente Draven.

—Hmph... Menos mal que ella no es un humano común y corriente. —respondió Muerte avanzando.

Leah sonrió levemente ante aquella cortesía, pero su anterior enfado no se había disipado y se apresuró a seguir a Muerte.

—¿Vas a dejar que te manden así? Es decir, ¿Qué no se supone que vendrías a ser algo así como el amo de este lugar?

—Las cosas no funcionan así, niña. —respondió pacientemente Muerte.

—Pero, ¿quién se ha creído ese tipo? No puede simplemente venir y mandarte a hacer sus recados como si fueras...

Se vio interrumpida por la mirada penetrante de Muerte que se había detenido y vuelto para mirarla.

—Tú vienes conmigo, por lo tanto, yo negocio con los tipos y tú te callas. ¿Entendido?

—Pero yo...

—Silencio.

—Pero...

—Shh... —susurró Muerte llevándole un dedo a los labios con autoritaria suavidad.

—Hmph... —Leah se cruzó de brazos con el entrecejo fruncido y lo siguió hasta la entrada de la Arena.

"Algún día entenderás... Supongo... Si es que no eres tan cabezota como creo..." pensó el Jinete armándose de paciencia.

XVII. Limbo

La piedra de los muros era fría y propiciaba que el eco devolviera el sonido que hacían los pasos de Leah y Muerte al andar. Llegaron a una enorme puerta que llevaba por decoración un cráneo metálico al que le brillaba una luz extraña en las cuencas vacías. Muerte empujó la puerta y esta cedió revelando una amplia arena que se veía rodeada por unas altas figuras de piedra que parecían representar a algunos señores que antaño tuvieron alguna importancia. Leah sintió un escalofrío y avanzó al lado de Muerte a un balcón que daba la vista a la Arena Dorada. Dentro de ella no había más que un montón de esqueletos y una pequeña montaña de huesos.

—Mirad... —el crujido que provocó una de las estatuas al volverse hacia ellos hizo que Leah se pusiera en guardia, apuntando una flecha hacia la misma. —Un aspirante entra a la Arena.

—Pero... ¿Qué busca? ¿Qué se le absuelva de la muerte? —cuestionó una nueva voz proveniente de otra estatua.

Muerte colocó una mano en el brazo de Leah haciendo que bajara el arco.

—¡No! Este todavía vive... —gimoteó la voz de una estatua que se encontraba sentada en un trono de piedra.

Una nueva estatua se giró hacia donde estaban ellos.

—¡Silencio! ¡Que defienda su propia causa! —Muerte alzó una ceja. Al fin habían dejado de hablar como si ellos no estuvieran escuchando. —¡Habla, aspirante!

—Vengo a desafiar a vuestro campeón. —dijo con la altanería rebotándole en la voz. Leah suspiró.

—Eso dicen todos los aspirantes, y luego son torturados. —le respondió la misma voz con indiferencia. —Sus almas son abrasadas y nuestro Campeón se vuelve aún más fuerte.

—¡Basta! —exclamó Muerte alzando un puño hacia la estatua, se había hartado de tantas advertencias sin sentido. —¡Traed a vuestro campeón!

—Ahh, sí... —murmuró otra de las estatuas. —Este tiene poder suficiente como para hacer lo que pretende.

—Si tan decidido estás, entonces adelante... —dijo la estatua que se encontraba en el trono de piedra mientras Muerte y Leah descendían a la Arena.

—Sin embargo, tu frágil acompañante no sobrevivirá... —murmuró una más con una risilla baja y malévol.

—¿Qué...? —una reja se alzó detrás de Leah cuando estuvieron ambos en la Arena impidiéndoles volver.

—Ten cuidado y no bajas la guardia. —le murmuró Muerte por lo bajo. Ella sólo asintió tomando sus dagas.

Con un estremecimiento la tierra se abrió revelando una especie de León gigante, coronado con una melena de oro. Exhaló un rugido y volvió a sumergirse en la tierra. Muerte y Leah esquivaban. El León quedaba totalmente invisible cuando se sumergía. Con la guardia alta y volteando hacia todos lados ambos esperaban un ataque. Leah entornó los ojos mirando al suelo, una levísima línea de polvo se alzaba al aire casi imperceptiblemente: el camino por el que circulaba el León aquel... E iba directo hacia ella. La criatura saltó y la atacó, pero Leah ágilmente esquivó a un lado sólo para cederle el paso para que volviera a sumergirse en la tierra.

—¡Muerte! —gritó alertando al Jinete.

Con una velocidad que rozaba los límites de lo humanamente posible, tomó una flecha y disparó al suelo, haciendo a la criatura salir medio aturdida por la flecha que le había dado justo en el cráneo. Muerte aprovechó la ocasión y se abalanzó sobre él y el León se hizo pedazos. Leah corrió hacia él creyendo que todo había terminado. Muerte entornaba los ojos, expectante, no podía ser tan fácil.

Leah se detuvo en seco cuando aquel León volvió a rearmarse y se

deslizó hacia la montaña de huesos que habían avistado al entrar. Los huesos se levantaron hasta formar un enorme esqueleto que llevaba por cabeza el mismo cráneo dorado. Hubo un rugido aún más potente y Muerte se ocupaba de atacar mientras Leah sólo podía esquivar. Después de varios minutos de ardua lucha, el Nemeum lanzó un rugido abriendo sus fauces de par en par y Leah, haciendo uso de su rapidez de pensamiento, disparó una flecha que dio justo en medio de aquella horrible boca. El león se desprendió del cuerpo, mismo que Muerte destrozó y el león se metió en la tierra.

Fue cuestión de segundos: Muerte apenas había girado la cabeza para ver a Leah cuando ésta sintió un líquido recorrerle el abdomen hasta caer a sus pies.

—¡No! —murmuró el Jinete.

Leah sintió que el tiempo se hubiera vuelto más lento. Se miró el abdomen del cual salía la punta de la cola de aquel león. De un tirón salió de ella y vio su propia sangre derramarse más abundantemente a sus pies. Alzó la mirada y vio a Muerte correr hacia ella con las guadañas en punto. El cráneo dorado cayó al suelo a unos metros de donde ella se encontraba. La vista se le nublaba por momentos y no sentía nada. Cayó de rodillas, pero el Jinete la alzó en brazos.

—Muerte... —susurró débilmente ella con un hilillo de sangre saliendo de la comisura de sus labios.

—No hables. —ordenó él saliendo de la Arena con el cráneo en su poder y Leah en sus brazos.

Tan cálido... Leah sólo sentía el calor del cuerpo del Jinete.

Salieron de aquella edificación y, en la entrada al Trono Eterno, Muerte la depositó con cuidado en el suelo.

—Me siento... —la débil voz de Leah se vio interrumpida por la tos que le hizo escupir sangre. —tan cansada... —concluyó aún más bajito y cerrando los ojos lentamente.

—¡Hey! —Muerte la llamó obligándola a volver a abrir los ojos. —Te

necesito despierta. ¿Recuerdas qué hacemos aquí?

—Yo... —ella entrecerraba los ojos por momentos intentando aferrarse a la voz del Jinete.

—Dime tu nombre... —le dijo el Jinete. —¡Hazlo! —le ordenó impetuoso consumido por la desesperación.

—Leah... Johnson... —susurró ella levemente. —Tengo... Tanto sueño...

—¡Jamás harás nada si no aprendes a dejar de agachar la cabeza ante la basura de la sociedad! —una bofetada se estrelló en su rostro. Pudo sentir la mano del señor William Johnson marcarse en su mejilla.

—¿Papá...? —abrió los ojos pero no distinguía nada más que sombras.

—No pasa nada. Sólo es un rasguño. —una dulce voz femenina le hablaba lejanamente mientras unas delicadas manos le tocaban el brazo izquierdo.

Empeñaba todo su esfuerzo en lograr ver algo a través de la negrura.

—Vamos a estar juntos siempre. —el rostro de Morton le sonreía amablemente y sus manos se entrelazaban con las de ella.

—¿Siempre...?

—¡Quédate conmigo! —la voz de Muerte le hablaba desde lejos.

—¡Eres un fenómeno! ¡Le harías un favor al mundo si te mueres! —un jovencito le tiraba del cabello y la lanzaba al suelo.

Al golpear el suelo, el cuerpo de Leah se estremeció. Un dolor más intenso del que jamás hubiera podido concebir le recorría cada fibra y le hizo gritar al punto que parecía que se le iba a desgarrar la garganta en cualquier momento.

—Todo estará bien... —las dulces manos de una mujer de acusada delgadez, cabello negro y lacio, piel blanca y unos enormes ojos grises le tomaron el rostro.

Mamá... y la oscuridad la envolvió por completo.

El dolor se había ido. Ya no escuchaba nada. No veía nada. No sentía nada. Sólo había silencio y ella flotando en un oscuro vacío infinito. El mismo

vacío que la tragaba poco a poco, sumiéndola, perdiéndola y apartándola para siempre de toda luz, de toda voz, de todo tacto... Y del más temido de los Cuatro también...

XVIII. El Señor de los Huesos

La recostó en la entrada al Trono Eterno, su sangre se esparcía por el suelo con alarmante rapidez. Leah mascullaba ininteligibles palabras mientras Muerte trataba de mantenerla despierta. Sus esfuerzos fueron en vano, cerró por completo los ojos y comenzó a respirar pesada e irregularmente.

—¡Leah! —la llamaba—. ¡LEAH!

No hubo respuesta. La punzante angustia del Jinete se dejaba ver en su entrecejo fruncido y su respiración rápida. Entonces, recordó a Muria y lo mucho que había insistido en que se llevara con él un par de botellas que contenían un líquido de color verde brillante. Pociones curativas que ella misma había preparado. Muerte las había aceptado a regañadientes, un ser como él no las necesitaba en absoluto, pero ahora se alegraba levemente de haber cedido. Aunque esto sólo solucionaba la mitad de su problema. Era bien cierto que las pociones de Muria eran poderosas... Quizá demasiado. Para seres que habían vivido por eones aquel líquido era apenas un bálsamo para calmar alguna dolencia o herida, pero para una humana como Leah, el proceso de recuperación tan brusco incluso podría matarla... De cualquier modo moriría si no lo hacía, así que, sin demorar más, tomó la nuca de la chica y le hizo beber un sorbo del contenido de una de aquellas botellas.

Un grito desgarrador de puro dolor surgió del fondo de la garganta de Leah mientras se estremecía. Muerte la sostuvo en brazos y susurró algo que sonó a "*resiste*" en su oído, aunque ella ni nadie hubiera llegado a escucharlo. La herida se cerró por completo y un con un último suspiro su cuerpo quedó inerte, su cabeza quedó descansando en el pecho del Jinete mientras él la apretaba contra sí. Después de unos segundos de inactividad, su pecho volvió a subir y bajar al ritmo de una respiración lenta y acompasada. Muerte dejó salir el suspiro que había estado conteniendo en sus pulmones. Se levantó y la

alzó a ella en brazos. A pesar de haber cumplido ya la misión que le habían encomendado, no tenía ninguna gana de presentarse así ante el repulsivo Canciller. Convocó a Desesperación y cabalgaron hasta un montecillo cercano, ya en la cumbre, Muerte la depositó en el suelo y se dedicó a vigilar que nadie ni nada interrumpiese su descanso.

En medio del silencio, Muerte meditaba mientras observaba a Leah perdida en los brazos de Morfeo. Tenía una expresión pacífica en el rostro, los labios entreabiertos exhalaban un poco de su aliento, su pecho subía y bajaba lentamente y su cuerpo descansaba casi inmóvil. Había pasado algún tiempo desde que aquella sencilla criatura entró a su vida de una manera tan brusca y desde entonces todo había parecido volverse aún más disparatado que en un inicio. Ella era dulce, inocente, confianzuda y solía meterse en problemas con facilidad. Era tan sencilla y vigorosa que le hacía encontrar una enorme paz de la que no había sido capaz de disfrutar en eones. Y... ¿por qué? Era extraño pensar que aquello que más apreciaba era lo que más fácilmente podría perder... *¿Lo que más aprecio?...* Era una tontería, únicamente la quería consigo porque era suya. Era un sentimiento egoísta de no querer compartirla con nadie más, pero sólo eso. Era un capricho más del milenarior Jinete. ¿Cuántas veces antes se había metido con féminas del más variado catálogo sólo por capricho? Esta no era la excepción, pero en esta ocasión había mucho más por explotar y explorar de ella, esta vez quería hacerlo lenta y tortuosamente para ella. Estaba claro que Leah no estaba loca por él. Es más, ella haría cualquier cosa por recibir aún el más leve indicio de que él tenía interés en ella y eso le daba la sensación de poder. Una placentera sensación de tener la voluntad de otro ser viviente en sus manos, sólo era eso. Estaba convencido.

Es estos desvaríos mentales se encontraba cuando Leah, después de algunas horas de descanso, por fin abrió los ojos y se sentó con dificultad.

—¿Dónde estamos...? —murmuró con una voz somnolienta.

—Cerca del Trono. ¿Ves? —le respondió Muerte señalando la estructura

que se encontraba perfilada contra el verde—grisáceo horizonte.

—¿Qué sucedió...? —preguntó ella recordando de sopetón la herida y observándose el abdomen dándose cuenta que había desaparecido, junto con el dolor.

—Acabas de sobrevivir a duras penas. —dijo él con frialdad cruel. —Un poco más y habrías muerto.

Le mostró una de las botellas con el líquido verde.

—Así que eso fue... Gracias.

Leah miraba a Muerte con los ojos vidriosos y una media sonrisa en el rostro.

—Andando. No puedo perder más tiempo cuidando a una cría. —le espetó Muerte con rudeza, aunque sin lograr menguar la sonrisa de ella.

Así que... ¿Él la había salvado? ¿Sólo porque sí?

Emprendieron la marcha nuevamente hacia el Trono Eterno y, una vez dentro, se reunieron con el Canciller.

—Tenía la esperanza de que no volvieras... —dijo el Canciller frotando sus manos cuando los vio aproximarse y soltando un suspiro de fastidio. —¿Qué ha pasado con el Campeón de la Arena?

—Ya no volverá a divertirlos... —respondió Muerte en tono sombrío y burlesco.

El Canciller contuvo el aliento por la impresión.

—No... Imposible...

—Creo que tu Rey me verá ahora. —dijo Muerte disfrutando la reacción que había provocado en el Canciller. Había estado deseando verlo quebrarse.

—No... Puedo negártelo. —suspiró él. —Pero ten cuidado con lo que hablas, niña, mi Señor no tolera a los insolentes. —dijo el Canciller dirigiéndose a Leah en tono despectivo.

—Descuida, si te tolera a ti, creo que no tendrá muchos problemas conmigo. —replicó Leah con una sonrisa de autosuficiencia.

El Canciller, de mala gana, hizo un gesto con la cabeza a los guardias de

la puerta para que los dejaran pasar. Éstos se retiraron a los lados y Muerte abrió la puerta con su habitual agresividad. Leah lo siguió. Al fondo de la estancia se alzaba un trono y en él se encontraba un esqueleto opaco y con vestimentas que señalaban su posición en la esfera social como dirigente. Cuando se acercaron, el esqueleto cobró una luminosidad verdosa y alzó la vista hacia ellos anunciando así que había abandonado su sueño.

—Apesta a vivos, Jinete... —le dijo mirando a Leah con el mismo hastío que el Canciller. Leah no se inmutó. —A almas que se resisten a venir. No eres bienvenido aquí. —el Rey se inclinó hacia delante, como a la defensiva.

Muerte y Leah se detuvieron a los pies del trono.

—¡Vaya! Empezaba a gustarme el ambiente. —soltó sarcásticamente Muerte.

—Eso es porque no llevas mucho tiempo. —dijo el Rey volviendo a reclinarsse en su trono. —Millones de almas abarrotan mi reino. —con un movimiento de la mano, un grupo de almas se abalanzó hacia ellos, pero sin llegar a tocarlos. Leah dio un paso atrás. —La humanidad entera clamando venganza. —con un nuevo movimiento, replegó las almas. —Pero... veo que ya has oído antes esa canción... —le dijo a Muerte observando los fragmentos del amuleto que llevaba incrustado en el pecho. —Había escuchado rumores de que el Jinete Pálido llevaba consigo a una humana, pero estaba algo escéptico, hasta ahora. Dime, ¿necesitabas a otra mascota? ¿O tal vez algo con qué entretenerte? En ese caso, podrías haber escogido algo menos... indigno. —dijo soltando una risa burlona.

—Al menos yo aún puedo disfrutar de los placeres carnales. —le espetó Muerte con sorna provocando que Leah se ruborizara al punto de parecer un tomate.

La sonrisa se esfumó del rostro del Rey Muerto.

—¿Qué quieres de mí, Jinete?

—Muéstrame el camino al Pozo de las Almas. —dijo Muerte con una suave orden implícita en la voz.

El Rey soltó una pequeña risa.

—¿Y qué buscas allí? ¿Poder sobre la vida y la muerte? ¿O redimirte por haber matado a los tuyos? —el veneno se notaba en sus palabras. —Me preguntaba a dónde habían ido las almas de tus hermanos, ya que nunca pasaron por mi reino. —terminó en un susurro.

—No creo que tu reino necesite más súbditos. —advirtió Muerte aplastando un cráneo que se encontraba en el suelo con el pie.

Leah esperaba que no se le ocurriera atacar antes de que les dijera lo que querían saber.

—Cierto... Pero debo enfrentarme a esa chusma sin los señores que me servían. —la voz del Rey cambió de un tono agresivo a uno que parecía que estuviese haciendo una insinuación.

—Eso no me incumbe. —sentenció Muerte antes de que le enviara a otra misión sin sentido.

Leah se mordió los labios.

—Pues haz que te incumba... Y atenderé tu petición. —ordenó el Rey, hizo un ademán y una especie de mapa del Reino de los Muertos apareció en el suelo señalando tres puntos. Muerte y Leah lo observaron con interés. —Encuentra a los tres Señores Muertos y despiértalos. —un movimiento más y el mapa se convirtió en una esfera de luz que se apegó al brazo derecho de Muerte haciéndole soltar un quejido de dolor. —Tráeme a los Señores para que compartan mi carga... —finalizó.

Ambos salieron del trono y pasaron de largo al Canciller, quién no les tomó la menor importancia, y no cruzaron palabra hasta llegar a los llanos que se extendían a los pies del Trono. Leah se lo había pensado mucho, pero no podía pasar del hecho de que Muerte la daba ya por suya cuando ni siquiera había pasado nada entre ellos, a excepción de aquel poco caballeroso primer contacto.

—¿Por qué le has dicho eso? —le soltó con el rubor encendiendo sus mejillas, aunque sin tener claro si era por coraje o por pena.

—¿Mmh? ¿Qué cosa? —para variar, se hacía el tonto.

—Lo que dijiste de... —Leah terminó su frase en un susurro casi inaudible.

—No entiendo ni una palabra de lo que dices si no hablas claro. —le dijo Muerte con desinterés y siguiendo su camino.

—¡Lo de los placeres carnales! —exclamó Leah como si se lo arrancaran a la fuerza y poniéndose aún más colorada. Se detuvo dirigiendo la vista al suelo. —No es justo que me trates como si fuese una pieza de joyería o algo de lo que puedas presumir. Más aún si sabes que no ha pasado nada... —le reclamó ella avergonzada de que el tono de su voz fuera más exigente y alto del que hubiera querido.

Muerte se retiró la máscara dejándole ver una sonrisa felina que se le dibujaba en el rostro.

—A pesar de eso... —le dijo acercándose peligrosamente a ella. —Sabes que es exactamente lo que deseas...

Leah alzó la vista para encontrarse con los ojos ambarinos que le miraban con intensidad.

—Tú no puedes saber... —murmuró ella en tono bajo, casi en un susurro.

—Sí que puedo. —le interrumpió el Jinete con una voz baja y firme, tomando las manos de ella tras su espalda evitando que se moviera. —¿Por qué, si no, tiembles en estas situaciones...? —acercó sus labios a los de ella apenas rozándolos. —Sé muy bien que intentas decirte a ti misma que no eres pertenencia de nadie. —Leah separó los labios instintivamente y su respiración se aceleró. —Pero tus reacciones dicen algo muy distinto. Deseas entregarte, rendirte ante mí. —ella no pudo contener un levísimo gemido al sentir que la mano que el Jinete tenía libre le recorría la espina dorsal. —Y, sin embargo, ya lo has hecho... Desde hace mucho tiempo... —y, de manera brusca, Muerte la liberó y echó a andar delante de ella. —Así que no me hagas perder el tiempo con reclamos sin sentido. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Leah tardó unos cuantos segundos en recuperarse y se apresuró a alcanzar

a Muerte. ¿Cómo demonios hacía eso? ¿Cómo era posible que con simples palabras pudiera doblegar su voluntad? Probablemente eso tenía una directa relación con su herencia de demonio. Al cruzar este pensamiento por su cabeza, Leah se estremeció, pero alejó todas aquellas cuestiones y siguió su camino.

XIX. Los Señores Muertos.

El viento gélido de la Llanura de los Muertos agitaba las cabelleras de Muerte y Leah mientras cabalgaban sobre Desesperación y les traía un eco distante de los rugidos de los esqueletos que habitaban aquel desértico lugar.

En un pesado silencio, llegaron a los dominios del primer Señor Muerto, quien después de una lucha donde quedó claro que no tenía nada que hacer al lado de Muerte, cedió su voluntad ante de él, aunque de mala gana. Leah no intervino en absoluto, Muerte se lo había ordenado, internamente, no deseaba verla herida nuevamente y mucho menos tan pronto. Además, no había sido necesario.

El segundo Señor Muerto fue un tanto distinto. Cuando se encontraron con él en una especie de patio que llevaba en el centro un profundo pozo sobre el que se alzaba un estrado se presentó como El Gran Juez. Les hizo saber que era su misión revisar las vidas que habían llevado cada una de las almas que llegaban hasta ese reino y absolverlas para que pudieran alistarse para renacer en el momento oportuno. Sin embargo, tres de aquellas almas se habían apartado del camino y se encontraban perdidas en algún sitio de la fortaleza que era su hogar. Le pidió cordialmente a ambos el encontrar esas almas, a cambio, él los acompañaría ante el Rey de los Huesos sin objeción alguna. Aceptaron y comenzaron la búsqueda.

Aquella fortaleza era, como el resto de las construcciones, fría y tétrica. Se conformaba principalmente por tres torres, cada una más alta que la anterior. Muerte y Leah avanzaron cautelosos por cada una de ellas, deshaciéndose de las bestias que les cerraban el paso de tanto en tanto y dejando salir alguno que otro retazo de conversación cuando el silencio se tornaba demasiado molesto. Al llegar a la cumbre de la última torre, se enfrentaron con un esqueleto de descomunal tamaño, aunque lo derrotaron

fácilmente. La última de las almas que debían recoger se encontraba flotando en medio de sollozos en una jaula. La etérea figura revelaba en medio de un verdoso resplandor a un hombre, vestía traje de oficina y su cabello estaba desordenado. La expresión de su rostro era de puro terror. No parecía estar consciente de su presencia allí. Era más como si estuviera atrapado en una especie de limbo mental. Leah fue la primera en acercarse a la jaula de hierro y observó con detenimiento a aquel ser mientras sus cejas se curvaban en una expresión de lástima. Muerte notó esto, pero no hizo comentario alguno al respecto al acercarse y tomar el alma, que se volvió en una esfera de luz en la palma del Jinete.

—¿Muerte...? —susurró Leah para llamar su atención.

—¿Mmh? —le hizo saber que la escuchaba.

—Cuando sea mi turno de venir a este lugar... ¿Podrías asegurarte de que no pierda el camino hasta el sitio donde se supone que debo ir? —le dijo con cierto tinte sombrío en su voz.

El Jinete separó levemente los labios mientras miraba fijamente los ojos grises y ahora húmedos de ella. Le había tomado desprevenido y no sabía muy bien qué responderle. Lo cierto era que, a pesar del incidente con el Campeón de la Arena, nunca se había puesto a pensar que ella era una humana. Los humanos perecen con facilidad y sus vidas son cortísimas a comparación de los eones que solían vivir los seres como él. No importaba que tanto la protegiera, no importaba cuántas veces la salvara del peligro, ella estaba predestinada a morir tarde o temprano. Un ligero dolor que se fue intensificando se anidó en su pecho.

—¿A qué viene eso? No hagas preguntas tontas. —zanjó la conversación y echó a andar con brusquedad.

Leah no le tomó importancia y le siguió. Ya estaba demasiado acostumbrada a sus maneras toscas y su frialdad. Suspiró.

Llegaron nuevamente a la presencia del Gran Juez. Éste tomó la última alma y la liberó, desapareciendo después en medio de un vapor verdoso. El

Gran Juez hizo una reverencia ante Muerte y le hizo saber que iría con él. Se disponían a marcharse, pero una voz los hizo detenerse.

—Olvidas tu condición, Nephilim.. —se dieron media vuelta para encontrarse con Basileo, el último de los Señores Muertos que los miraba con sorna desde lo alto de los escalones que conducían a la salida.—Puede que seas un Jinete, ¡pero yo soy un Señor de los Muertos!

—Y tu Rey exige una audiencia. —le respondió Muerte sin inmutarse.

—Este reino pertenece ahora a la Corrupción, ningún ser vivo puede oponerse. —aseguró el Señor Muerto señalando sus alrededores con un gesto de las manos.

—Tú me juzgas mal. —replicó Muerte poniéndose en guardia, sintiendo su orgullo pinchado.

—Cabalgas sin el respaldo del poder de los Sellos. No sobrevivirías ni al reto más sencillo del reino. —siguió mofándose Basileo con la altanería grabada en su voz.

—He derribado al Campeón de la Arena. —Muerte le señaló con un dedo acusador, como lanzando una amenaza implícita.

El espíritu soltó una risa burlona.

—Eso sólo era un juego, Jinete Pálido. —le dijo acariciando el filo de una de las espadas dobles que llevaba en la espalda. —Hay otras pruebas destinadas al castigo. Habla con la voz de la Arena Dorada. Pregunta por el Psicamerón. Si vives, hablaremos de nuevo. —finalizó desvaneciéndose.

—¡Espera! —exclamó Leah a la desesperada, dando un paso al frente.

—Déjalo. No tiene caso intentar razonar con estos seres. —le calmó Muerte restándole peso al asunto con un ademán de la mano. —Vamos.

Leah lo siguió y cabalgaron hasta la entrada de la Arena Dorada. Una mancha de color café oscuro se encontraba decorando el suelo que había entre la entrada al Trono Eterno y el de la Arena. Su propia sangre. Le dio un escalofrío al recordar lo que había sucedido. Muerte le puso una mano en el hombro mirándola con intensidad y ella asintió con seguridad. Entraron hasta

la misma sala en la que se hallaban las estatuas que habían visto antes.

—Así que has vuelto... ¿Qué buscas esta vez? —preguntó la ya conocida voz seseante.

—Vengo por el Psicamerón. —respondió sin rodeos Muerte, avanzando al frente del balcón principal. Leah le seguía de cerca.

—Aunque eso sea posible, los consumiré a ambos hasta aniquilar sus mismísimas almas. —respondió una segunda voz mientras justo debajo del balcón se habría un portal blanco en forma de remolino.

—Tengo almas de sobra. —replicó Muerte con algo de humor negro.

La risa que soltó una de las estatuas le heló la sangre a Leah.

—Cierto... Me pregunto si no son demasiado viejas para arder después de tantos eones...

Muerte se volvió para ver de frente a Leah.

—Va a ser peligroso.

—¿Y algo de lo anterior no lo fue? —Leah dio un paso al frente subiendo al barandal del balcón y mirando al portal. —No voy a dar media vuelta ahora.

Muerte la observó. Su mirada destellaba en una confianza temeraria, aunque también se adivinaba el miedo que estaba sintiendo. Trepó junto a ella y la tomó de la cintura apegándola a él. El escalofrío que la recorrió al notar el tacto de él fue reemplazado con el cosquilleo que sintió cuando se dejaron caer al vacío de aquel portal.

Aparecieron al otro lado, cayendo en una estancia circular donde tuvieron que pelear contra varios Acechadores que no eran ya más que el esqueleto, aunque no por eso menos peligrosos. Después de ello, avanzaron por interminables y laberínticas salas en las que cualquiera que no tuviese cuidado podía perderse ante el menor descuido. Resolvieron los acertijos y retos que les planteaba cada habitación hasta llegar al lugar más recóndito de aquella parte del reino. Se trataba de una enorme excavación cavernosa cuyas paredes mostraban el desgaste que las filtraciones de agua habían dejado en

las piedras húmedas. Se encontraban sumidos en la más profunda oscuridad, avanzando lentamente.

—No distingo nada... —susurró bajito Leah.

En el acto, Polvo se posó en su hombro aumentando a voluntad su ya habitual (y sobrenatural) brillo verdoso, dándole un pequeño rango de visibilidad a Leah. Ella le sonrió dulcemente y le acarició el cuello al animal.

Muerte alzó un brazo indicándole a Leah que se detuviera.

—¿Qué es ese sonido...? —murmuró Leah.

Un sonido desagradable, como el de un insecto, era vomitado por el eco que rebotaba en las desnudas paredes de la cueva. Con una ligera luminosidad, el último de los Señores Muertos volvió a presentarse frente a ellos.

—Confíaba en que un campeón se alzaría contra la Corrupción. —dijo avanzando hacia ellos con las espadas desenvainadas. —Y tú has llegado lejos, Jinete. Lástima que tu viaje termine aquí.

—Mantente al margen y en guardia. —le ordenó Muerte a Leah por lo bajo, ella asintió y se retiró un poco, con Polvo revoloteándole en la cabeza.

Muerte y Basileo se enfrentaban haciendo resonar el acero de sus respectivas armas, Leah miraba expectante con las dagas en punto. Un graznido de alerta de Polvo la hizo saltar levemente dándose media vuelta para toparse con lo que había estado produciendo el sonido que habían escuchado en un principio. Una gigantesca araña que tenía forma humanoide de la cintura hacia arriba se había colado en total silencio detrás de Leah y se le abalanzó intentando clavar sus colmillos mientras Leah la contrarrestaba con sus dagas. Sentía náuseas al percibir el espantoso olor que despedía aquella criatura. Muerte lanzó una de sus guadañas, que tomó un movimiento similar al de un boomerang, le dio en la cara a la araña, quien con un chillido de dolor se apartó levemente. Leah escapó de su agarre y Muerte recuperó la guadaña.

—¡No te distraigas! —le gritó Basileo dándole un golpe con la empuñadura de una de sus espadas a Muerte haciéndole perder el equilibrio un segundo.

Basileo se acercó a la bestia y la montó para comenzar una ráfaga de ataques rápidos. Muerte y Leah esquivaban y se cubrían. En alguno de los afortunados esquivos que dio Leah, quedó detrás de la enorme araña y le clavó una daga en el vientre, haciendo que la araña se retorciera de dolor. Basileo perdió el equilibrio y cayó al suelo. Muerte, tomando su forma de Segador, degolló a la bestia y acto seguido tomó del cuello a Basileo y lo estrelló contra el suelo varias veces para después alzarlo con intención de asestarle el golpe final.

—¡Basta! —imploró el Señor Muerto con un gesto de la mano. Muerte lo dejó caer con brusquedad al suelo. —Cabalgaré contigo, Jinete, hasta el mismísimo Señor de los Huesos. —le dijo haciéndole una reverencia.

—Me alegra ver que ahora conoces tu lugar. —le respondió Muerte con maldad mientras Basileo desaparecía.

Leah se acercó al cadáver de la araña y tomó la daga que salió del abdomen de la misma llena de un fluido verdoso y espeso.

—Asqueroso... —murmuró con los ojos llenos de lágrimas por la arcada que le había provocado esa escena.

Muerte sonrió divertido.

—He visto cosas peores. —se acercó a ella y sintió la presión de su pecho aliviarse al verla entera.

—¿En serio? —preguntó ella limpiando su daga en el cuerpo inerte de la bestia y volviendo a enfundarla.

—Sí, cuando eres joven e iluso llegas a llevarte sorpresas desagradables por creer en una cara bonita.

—No quiero saber. —interrumpió Leah con cierta molestia en la voz y avanzando hacia la salida junto a Muerte.

—¿Por qué no? Son buenas historias para el camino.

—Porque no y punto.

—¿Celosa? —sonrió pícaramente.

—¿De alguien como tú? Para nada. —Leah le devolvía la sonrisa.

Muerte se colocó detrás de ella.

—Estoy seguro de que no piensas así. —le susurró en el oído provocando un escalofrío en la chica.

—Da lo mismo. Teníamos algo de prisa, ¿o no? —le dijo acelerando el paso.

El Jinete soltó una discreta risa.

—Supongo que sí. —cedió dándose por vencido.

XX. Me Voy.

De regreso en el Trono Eterno Muerte y Leah cruzaron las puertas de las estancias del Señor de los Huesos. Los tres Señores Muertos hicieron acto de presencia siguiendo a Muerte como a un líder y se postraron a los pies del rey.

—Mi Rey... ¿Qué quieres que hagamos?

Muerte se cruzó de brazos.

—Sufre. —respondió el rey inclinándose adelante con una mirada cruel y la ira en su voz. Los tres espíritus comenzaron a quemarse en una flama vercosa mientras se consumían. Muerte observó con las manos hechas puños y el entrecejo fruncido. —¡Habéis dormido demasiado tiempo, descuidando vuestro deber! Ya no te necesito...

Muerte dio un paso al frente mientras los Señores Muertos desaparecían en medio de las flamas.

—¿Qué es esto? No me gustan los juegos. —la indignación se notaba en su voz y Leah tragó saliva ante el inesperado giro que habían tomado las cosas.

—Ellos me fallaron, pero tú te has ganado mi gratitud. —dijo el rey con un tono suave. —Te enviaré con alguien del reino que conoce el camino al Pozo de las Almas. Pero antes, debes enfrentarte a unos demonios... —el rey dirigió su mirada al amuleto de Muerte.

—Ya me he enfrentado y matado a muchos. —replicó Muerte avanzando nuevamente con desafío.

—No como estos. —sonrió el rey. —Hay un gran poder contenido en ese amuleto. Sólo tu vergüenza evita que se libere.

—No me arrepiento.

Muerte sintió una mezcla de ira y vulnerabilidad inminente que le hicieron perder levemente los estribos. Leah avanzó sutilmente preparándose

para cualquier acontecimiento.

—Puedo ver bajo tu piel, donde se libra la verdadera batalla. —dijo el rey alzándose en su trono, sus ojos resplandecieron y Muerte pareció desfallecer levemente en un gruñido de dolor.

—¡Muerte! —Leah avanzo hacia él y lo tomó entre sus brazos en un gesto casi ridículo de querer sostenerlo.

Un portal se abrió bajo ellos y, con una última mirada de desprecio que Leah dirigió al regente, desaparecieron para aparecer después frente a un par de enormes puertas negras. Muerte se enderezó y apartó con suavidad el agarre de Leah, recuperándose. Un nuevo portal se abrió en el suelo frente a ellos y el Canciller hizo acto de presencia.

—Jinete. ¿Qué te ha contado el Señor de los Huesos?

La sonrisa burlesca del ente fastidió un poco más a Muerte.

—Supongo que tu rey cumple con su fama, ya que no con sus tratos. —escupió con saña.

—El Rey Muerto te da permiso para entrar a la Ciudad de los Muertos. —declaro el Canciller.

—¿Y eso es todo? —reclamó Leah con voz aguda por el coraje.

El Canciller hizo caso omiso de su pregunta.

—¿A quién busco en la Ciudad de los Muertos? —preguntó Muerte ajustándose uno de sus brazales con amenazadora fanfarronería.

—Deberías preocuparte más por quién te está buscando.

—¡Respóndeme, espantapájaros! —el Jinete ya no estaba de humor para la palabrería inútil del Canciller.

Una sonrisa burlona cruzó el rostro del Canciller.

—Decírtelo sin más no tiene gracia.

—Entonces no hables más.

—Yo en tu lugar vigilaría mi propio cuello. —advirtió el Canciller con algo de seriedad.

Muerte suspiró intentando calmar su ira.

—¿Qué encontraré en la Ciudad de los Muertos? Aparte de más cadáveres. —añadió con algo de sarcasmo.

—Algo mucho más valioso que carne y huesos. Almas, Jinete. De todos los reinos, bajo un sol moribundo. En la Ciudad se purga su vida pasada para que puedan atravesar el Pozo y renacer. Muchas almas no sobreviven a la purificación. Algunas enloquecen y unas pocas incluso consiguen romper sus cadenas. —ahora el Canciller miró con sorna a Leah. —Quién sabe, tal vez puedas encontrar allí dentro el lugar que te corresponde.

Leah abrió los labios para responder pero se vio interrumpida.

—Un comentario más al respecto y me aseguraré de que no vuelvas a hablar jamás. —susurró Muerte peligrosamente.

—¡Ja! Si no tuvieras tan mal carácter, podríamos ayudarnos mucho mutuamente... —dijo el Canciller antes de desaparecer por donde había venido.

Muerte comenzó a avanzar con Leah siguiéndolo.

—¿Y ahora qué? —dijo ella con una nota de fastidio.

—Cruzaremos este sitio de mala muerte y veremos que encontramos.

—¿O sea que puede ser que no haya algo de interés? —suspiró Leah.

—Lo queramos o no, siempre nos topamos con cosas de interés. ¿No es así? —el Jinete le dirigió una sonrisa alzando su máscara por un instante. Leah se la devolvió asintiendo y continuaron.

* * * * *

Tal como había dicho el Jinete, aquél era un sitio de mala muerte. Estaba plagado de almas de todos los tipos, algunas lloraban en medio de gemidos desgarradores los errores cometidos en otra vida, otros vagaban con la mirada perdida y muchos más parecían haber perdido la humanidad por completo y atacaban al más mínimo signo de movimiento. Como en las anteriores fortalezas que habían visitado, el sitio estaba lleno de trampas y acertijos que

impedían que cualquier intruso avanzara demasiado, pero los sortearon con algunas dificultades. La penúltima cámara era gigantesca y circular. Un agujero resplandeciente ofrecía su luz mortecina a los alrededores desde el centro del suelo de la cámara.

—Ya sabes qué hacer. —le dijo Muerte a Leah mientras avanzaban. Leah asintió y se puso en guardia con el arco y una flecha en punto.

Cuando se acercaron al centro de la estancia, un estruendo los hizo retroceder un tanto mientras una criatura inmensa con dos enormes brazos y una barba hecha de lo que parecían tentáculos surgía del pozo con un rugido amenazador.

—¿Cthulu? —susurró Leah.

Muerte estaba a punto de preguntar qué diablos era un "Cthulu" pero la bestia hizo su primer ataque barriendo con su enorme brazo casi toda la extensión de la habitación. Leah retrocedió poniéndose a salvo mientras Muerte avanzaba y comenzaba a atacar con sus guadañas. Durante un rato, guerrearon contra la criatura, Muerte con las guadañas y Leah disparando flechas desde lejos. Parecía que no le hicieran daño alguno. Sin embargo, Leah logró ver un resquicio en la máscara que lleva aquella bestia y aprovechó para lanzar una flecha que dio justo en el blanco haciendo a la criatura gemir de dolor mientras caía retorciéndose en el suelo. Muerte aprovechó y haciendo palanca con su guadaña arrancó la máscara revelando el rostro en carne viva del monstruo. Éste rugió con ira y se dispuso a atacar de nuevo, pero una flecha de Leah le dio en el ojo y Muerte convocó su forma de Segador haciendo retroceder a la criatura de vuelta a los abismos. Leah corrió hacia donde estaba Muerte y soltó un gritillo de horror cuando éste se lanzó detrás de la bestia.

Leah se acercó al pozo conteniendo la respiración y escuchando el resonar del metal de las guadañas de Muerte. Hubo silencio y después un resplandor que indicaba que la criatura no existía más. Muerte salió triunfante del pozo y Leah soltó el aire que estaba conteniendo en señal del alivio que

sintió.

—A veces simplemente no entiendo cómo sobrevives. —suspiró.

—Soy Muerte. —dijo el Jinete secamente. —¿Qué es "Cthulu"? —le preguntó mientras avanzaban a la siguiente y última cámara.

—Una bestia que alguien de mi mundo inventó. Era muy famosa su historia e incluso había teorías de que podría existir. Supongo que Lovecraft no estaba tan errado después de todo. —explicó Leah. Muerte la miró como si estuviera loca. —¡Oh, vamos! El mundo de los humanos es aburrido, por gente como él la vida es un poco más llevadera.

—A veces simplemente no entiendo cómo sobrevives. —le dijo Muerte devolviéndole su propia frase y arrancando una sonrisa de parte de ella.

Abrieron la puerta de la última cámara. Estaba vacía. Justo cuando Leah iba a soltar una maldición un resplandor los iluminó a ambos.

—Jinete, creo que me has llamado.

El resplandor desapareció y reveló a su causante.

—¿Padre Cuervo? —musitó Muerte atónito. Leah sonrió divertida levemente por la reacción del Jinete... y también por el nerviosismo. No había tenido una buena primera impresión de aquel anciano.

—Soy aquel que buscas. ¿En qué otro sitio iba a estar sino en la Ciudad de los Muertos? —el anciano dirigió su vista a la joven que acompañaba al Jinete. —¡Vaya! La última vez que te vi eras mucho más pequeña. —Leah sólo asintió con una sonrisa nerviosa. —Veo que le has servido de buena compañía a nuestro Jinete. —Muerte tenía los labios levemente entreabiertos y el silencio se prolongó de más. —¿Vas a preguntarme algo o a quedarte ahí como si hubieras visto a un fantasma? —Polvo se posó en la mano del anciano. Leah se relajó un poco y Muerte salió de su asombro.

—Dime cómo se llega al Pozo de las Almas. —respondió sin rodeos, sintiendo algo de pena por lo que había ocurrido en el pasado, a pesar de que el anciano no se mostraba en absoluto rencoroso.

—El Pozo de las Almas es un lugar de inconcebible poder. La llave de la

creación misma. Por eso, el Pozo tiene su propia llave. Una que fue dividida hace mucho. Los ángeles guardan una mitad y los demonios la otra y nunca deben juntarse. A menos que pretendas salvar a tu hermano. —concluyó acariciando al cuervo con cariño.

—Por salvar a Guerra, asaltaría la Ciudad Blanca. —replicó Muerte.

—De eso estoy bien seguro, pero no hace falta. Todo te resultará más claro cuando llegues al Árbol.

—Eso ya lo he hecho, Padre Cuervo. —apremió Muerte sintiendo algo de impaciencia.

—No obstante, debes buscarlo de nuevo y viajar a donde te lleve.

—Algo más, Padre Cuervo ¿Obsolom vive? —apremió el Jinete.

—Así es. Su rabia y su agonía se esparcen como la Corrupción. Pretende deshacer toda la Creación y destruir el equilibrio.

—Ya maté antes a Obsolom, Padre Cuervo. —el pesar se adivinaba en la voz del Jinete. —Si pudiera volver atrás, le perdonaría la vida.

—Dudo que él te hiciera el mismo favor... —sentenció el anciano con gravedad.

—Como sea... ¿Cómo puedo restaurar la humanidad?

A Leah le dio un vuelco el corazón al escuchar esas palabras, era justo por lo que estaba allí.

—El Pozo de las Almas es el lugar donde las almas de los muertos renacen a la existencia. —explicó Padre Cuervo.

—Maté a la bestia que asolaba este lugar. Liberé las Almas de la Humanidad.

—En otros tiempos eso habría bastado. —dijo el anciano con un tono de voz que trataba de calmar la ansiedad de Muerte. —Pero algo extrae poder del Pozo, dejando sólo vacío donde antes había vida. —Muerte negó levemente con exasperación. —Me temo que has liberado las almas para que sufran más tormentos.

—Entonces, no hay esperanza. La humanidad está perdida. —sentenció

Muerte con una creciente ira alimentada por la impotencia creciendo en su pecho. Leah casi se sentía desfallecer.

—Sí la hay. Tú mismo llevas contigo el poder para restaurar el Pozo. — le corrigió Padre Cuervo.

—¿Los Nephilim? —preguntó Muerte en un susurro amargo.

—Si sacrificas sus almas, sí. Sólo ellos poseen el poder para reparar ese daño.

—¿Debo sacrificar a los míos para salvar a los humanos? —su voz aumentaba de tono cada vez a uno más amenazador.

Leah se puso pálida y sintió sus piernas debilitarse.

—Los Nephilim están muertos, por tu propia mano. Sólo queda de ellos ése talismán roto. —sentenció Padre Cuervo con algo más de dureza en sus palabras. —¿Dejarás que sufran un tormento eterno en esa jaula que llevas en el pecho?

—¿Y tú osas pedirme que sacrifique a mi gente por salvar a una raza insignificante? —las palabras de Muerte le atravesaron el pecho como dagas a Leah.

—Yo no voy a pedirte nada. Pero tampoco voy a detenerme. Tengo que traer de vuelta a Morton. —intervino Leah con voz firme atrayendo las miradas de ambos hombres hacia ella.

Los ojos ambarinos la miraron con un desdén que nunca antes se había hecho presente.

—¿Y qué pretendes hacer tú? Un ser tan débil, tan voluble que no habría llegado hasta aquí de no ser por mí. Tú y tu raza le han traído la ruina a Guerra. Por su debilidad, por su primitiva forma de vida mi hermano está ahora a los pies del Consejo esperando a ser juzgado. Ahora que sabemos que no hay manera de traer de vuelta su miserable existencia, ¿qué tal si termino ahora tu sufrimiento? Debe ser terrible estar sola en toda la Creación.

Muerte alzó una guadaña que se posó debajo de la barbilla de Leah temblando con rabia. Padre Cuervo observaba con el entrecejo fruncido sin

decir ni una palabra. Había una intensa batalla que se libraba entre las auras de aquellos dos seres. Los ojos grises cristalizados en lágrimas contenidas sólo buscaban una sola respuesta en los ojos ámbar que fuera lo suficientemente convincente para una sola pregunta: ¿por qué?

Leah apartó con los dedos la hoja de la guadaña del Jinete mirándolo con desafío.

—¿Sola? Sí... Lo estuve desde el principio. Y voy a acabar con esto de la misma manera. —susurró con voz firme e impregnada de algo que parecía odio, sin poder contener más las lágrimas que rodaron silenciosas por sus mejillas al tiempo que dio media vuelta y salió por la puerta.

Muerte volvió a enfundar su guadaña temblando aún de ira contenida y dirigió su mirada firme hacia Padre Cuervo con intenciones de no volver a mirar a aquella chiquilla que había acogido hacía ya tantos años atrás.

XXI. Y Vuelvo

Leah había partido hacia el Árbol de la Vida. Ciertamente no tenía ni la menor idea de qué debía hacer y estaba consciente de que era prácticamente imposible que ella lograra algo sola. Sin embargo, quería ver a Muria, pedir su consejo, era la única persona a quien podía acudir que se le ocurría. Sin que Leah se percatara de ello, Polvo sobrevolaba su cabeza.

* * * * *

—Deberías ser más considerado con tus aliados, Jinete. —sentenció Padre Cuervo con algo de aspereza después de ver marchar a aquella joven.

—No es un aliado, es un lastre que descuidadamente dejé que se pegara a mí en el camino. —escupió Muerte con una traza de desprecio en la voz.

—Dime ¿qué ves en sus ojos?

—Cobardía, debilidad... Como cualquier otro de su calaña. —soltó Muerte sin pensarlo demasiado.

—¡Muerte! —la voz de Padre Cuervo se endureció aún más. —¿Qué es lo que realmente ves en sus ojos?

Muerte dejó de lado su altanería con un suspiro mientras se tranquilizaba. Cerró los ojos por un momento, la imagen de Leah inmediatamente acudió a él mientras recordaba todas aquellas veces que sus iris grises se habían clavado en los de él. Recordó cómo lo miraba cuando se molestaba, cómo brillaban sus ojos cuando estaba cerca de él, la dulzura y la sorpresa aquel día en que la besó y la decepción que nubló su mirada hacía unos momentos...

—Inocencia, luz... Pureza. —respondió al fin con un resoplido.

—Devoción, Muerte. Ella te seguiría hasta el fin de la misma existencia

aunque ello implicara su propia destrucción. —habló el anciano con mayor suavidad al ver al Jinete más tranquilo. —Ella tiene una fe ciega en ti, eres ese atisbo de paz al que se aferra en medio de las tinieblas que la rodean. Existe una fuerza más poderosa que ninguna otra y que tú siempre has subestimado: el amor. —alzó un poco la voz para impedir que Muerte le interrumpiera.

—No digas estupideces, anciano... —suspiró Muerte.

—¿Por qué buscas salvar a Guerra?

—Es mi hermano...

—Eso también es amor. Tú tienes a tus hermanos a tu lado, compañeros y gente que, de una forma u otra, te han apoyado ¿Qué tiene ella? —Muerte solo negó levemente con una expresión amarga en el rostro. Al ver que no respondía, Padre Cuervo prosiguió. —Tú mismo lo has dicho ya. En medio de la tempestad y de su tormento interior, ella está completamente sola. Su vida peligra cada segundo que pasa y puede que no vuelva a ver a su hermano, que es el único ser igual a ella que realmente la amó y, sin embargo, ha elegido libremente entregarte todo a ti. Su alma... Y sus sentimientos también, justo ahora tú eres todo lo que tiene. Piensa en ello antes de volcar tu frustración sobre ella, pues no encontrarás mujer que te sea más fiel que esa "patética humana", como la llamas tú.

Dicho esto, Padre Cuervo se dio media vuelta y desapareció en medio de una nube de cuervos. Muerte se marchó hacia el Árbol mientras reflexionaba todo lo que acababa de escuchar. Ella había elegido libremente estar a su lado, nadie la había obligado ¡Todo lo contrario en realidad! Él ni siquiera había querido que la acompañara para empezar. Tal vez hubiera sido mejor haberla dejado con los Hacedores, sólo tal vez... Pero ya se había ido, ya no importaba... ¿o sí?

Los graznidos alborotados de Polvo lo sacaron de su ensimismamiento. Alarmado, el cuervo intentaba que Muerte lo siguiera y así lo hizo, convocó a Desesperación y salió a toda velocidad hacia donde lo guiaba el Cuervo.

Llegó a los puentes colgantes de madera. Justo ahí distinguió a Leah

peleando ágilmente contra dos esqueletos guerreros. El primero logró vencerlo después de un gran esfuerzo, pero el segundo la tomó desprevenida provocando que perdiera el equilibrio y cayera del puente. Su grito resonó en el vacío. Muerte saltó de Desesperación convocando su forma de Segador y asesinando al esqueleto de un solo tajo, se lanzó tras de Leah y la tomó en brazos. Ella parecía a punto de desmayarse. Volvió al puente y tomando su forma habitual, la dejó en el suelo.

Leah agachó la cabeza y murmuró un casi inaudible "gracias". Muerte evitaba su mirada. Convocó nuevamente a Desesperación y montó. A Leah le corrieron nuevas lágrimas por las mejillas. Ya no había nada más que hablar. Eso era seguro. Y se sintió desamparada y fría... Hasta que el tacto cálido de los dedos de Muerte sobre su mejilla le limpiaron las lágrimas. Leah alzó la mirada algo sorprendida por aquel gesto.

—Andando, aún tenemos mucho trabajo antes de volver a ver a nuestros hermanos. —le dijo ofreciéndole una mano para que montara en frente de él.

Leah sonrió, se enjugó el rostro y subió a Desesperación. No esperaba una disculpa, pero aquello había sido algo bastante cercano.

* * * * *

—No tan rápido, Jinete.

La figura de Padre Cuervo les cerró el paso cuando andaban hacia el Árbol de la Vida. Muerte alzó una ceja.

—¿Me estás siguiendo?

—Así es. —respondió con honestidad el anciano casi sin inmutarse. — Me quedaré aquí, en el Árbol, por si me necesitas durante tu misión. Polvo no sólo tiene buen ojo para los cadáveres, Jinete. Síguelo y encontrarás la Llave.

—¿Seguir a Polvo y encontrar la Llave? No puede ser tan fácil...

—Quizá tengas razón, el futuro es un secreto que ni yo sé guardar.

—¿Hacia dónde debemos dirigirnos? —preguntó Leah tragándose su

timidez.

—Dejen que el Árbol los guíe...

Muerte y Leah obedecieron el ademán de la mano del anciano que los invitaba a tocar nuevamente la puerta que se encontraba en la base del tronco. Un resplandor azulado y la sensación de presión en el cuerpo y aparecieron en un paisaje nuevo, uno que aparentaba el otoño con la luz de un día mortecino ya en el atardecer. Padre Cuervo los aguardaba al final de las escaleras que guiaban al Árbol.

—No reconozco este lugar, ¿dónde nos has traído? —cuestionó Muerte.

—Se llama Luz Perdida. Es una avanzada más allá de las Puertas del Cielo. Aquí los Ángeles escondieron la Llave del Pozo de las Almas.

—¿Por qué aquí y no en la Ciudad Blanca? —Muerte frunció el entrecejo algo extrañado.

—Hay algunos Ángeles que querrían usar la Llave en su propio beneficio. —respondió Padre Cuervo con un tinte algo sombrío en la voz. — Así que fue ocultada aquí para protegerla de sus intrigas... O eso esperaban...

—Sin duda debe ser algo peligroso si la guardan con tanto recelo... —apuntó Leah.

Un destello cruzó el rostro de Muerte.

—¿El Pozo tiene poder sobre toda vida? —recalcó con un tono algo más alto la palabra "vida".

—Sí... Aunque sospecho que tu pregunta oculta algo más. —Padre Cuervo alzó una ceja. —Vamos, Jinete, pregunta. —le instó.

—¿Por qué a los Cuatro se nos ocultó la existencia del Pozo?

—Por miedo a lo que habrían hecho con ese conocimiento. No podía permitirse que los Nephilim siguieran asolando la Creación. Debían permanecer muertos...

—¿El Pozo puede traerlos de vuelta? —apremió Muerte sintiendo un tirón de emoción en el pecho a la vez que Leah ensombrecía su semblante sin decir ni una palabra.

—Llegamos a la esencia de la cuestión... Sí, el Pozo es la fuente de toda vida. Ángeles, Demonios, Hombres... incluso Nephilim. Pero sus armas trajeron el Caos y de éste nació la Corrupción.

—Vale... —suspiró Muerte comenzando a andar. Leah hizo un pequeño gesto de despedida mientras lo seguía.

—Hiciste bien en destruirlos... —alzó la voz el anciano, aunque Muerte hizo como si no hubiera escuchado.

Leah se mantuvo callada de camino a la Torre de Cristal, Muerte estaba ensimismado en sus propios pensamientos y no creía que fuera prudente interrumpirlo. En el patio central que se hallaba frente a la Torre, un grupo de Ángeles que mostraban la misma corrupción que los Constructos de Tripsom los emboscó. Muerte y Leah comenzaron a esquivar ataques y golpear donde podían, pero eran demasiados y muy fuertes. Leah sintió una opresión en el pecho al pensar que tal vez estaban acabados... Por lo menos ella sí, hasta que un Ángel más grande que los demás cayó en el centro y asesinó a uno de sus congéneres.

—A mí, rápido. —Muerte y Leah obedecieron y la cantidad de Ángeles corruptos se fue reduciendo con ayuda de la mano de los tres individuos.

La batalla terminó y la noche había caído. Siguieron al Ángel hasta al pie de la Torre.

—Bienvenido a Luz Perdida, Jinete. De guerrero a guerrero. —dijo el Ángel con voz profunda.

—¿Te conozco? —preguntó Muerte después de examinar el moreno rostro lleno de cicatrices del Ángel.

—Soy Nathaniel. Luché a tu lado a las puertas del Edén. Habría muerto de no ser por tu ayuda. —explicó. —No me ofende que no te acuerdes de mí. Aquel día solo pensabas en matar a un Nephilim.

—Eres de la Guardia Infernal. —dijo Muerte haciendo memoria.

Leah sólo escuchaba, estaba demasiado acostumbrada a escuchar términos que no entendía y a que hablaran como si ella no estuviera allí como

para molestarse.

—Lo fui. Ahora protejo la luz y al Arcángel. Lo encontrarás en la cima de la Torre de Cristal, aunque algo me dice que no vienes para gozar del resplandor de mi amo.

—Tienes razón en eso... —Muerte sopesó sus pensamientos un minuto. — Es tarde y necesita descansar. —dijo al fin señalando a Leah.

—Tú y tu compañera pueden descansar en el piso de arriba, es un poco más seguro allí. Tengan cuidado de todas maneras. —dijo Nathaniel examinando curioso a Leah, pero sin decir nada sobre lo inusual de su presencia.

—Gracias...

Avanzaron y, como había dicho Nathaniel, encontraron un hueco protegido de la vista por algunos escombros en el que podrían descansar. Leah entró en el mismo y comenzó a acomodar su habitual manta y dejar de lado aquello que pudiera estorbarle mientras dormía. Se sentó en la manta y observó el perfil de Muerte recortado por la luz de la luna.

—¿No descansarás tú también?

—No soy tan vulnerable como tú. —le dijo Muerte apenas volteando a mirarla.

—A veces pienso que sí... —susurró Leah.

—¿En serio? —Muerte lo tomó como un reto y se sentó junto a ella retirándose la máscara. —¿Quién es el que debe salvarte el pellejo cada que te metes en problemas? —le sonrió sarcásticamente.

—Si no fuera por mis estrategias habrías tardado aún más en acabar con tus obstáculos. —alzó una ceja altanera.

—Eres demasiado valiente para ser tan pequeña. Como humana que eres, deberías temerle a la muerte.

—Una vez que la conoces no es tan mala como dicen... —rió Leah.

—Eso es lo que tú has querido creer... —susurró Muerte acercándose lentamente a ella, como acechándola.

—Eso es lo que me has mostrado. —los ojos de Leah comenzaron a brillar.

—Puedo ser muy, muy peligroso, ¿sabes? —Muerte se posicionó delicadamente sobre ella.

—¿Ah sí? Lo dudo... —susurró Leah dejándose recostar por completo debajo del peso del Jinete.

—Ingenua...

Muerte la besó sin mayor preámbulo y ella sonrió bajo sus labios. Era un beso dulce, inocente que rápidamente dio paso a uno más profundo. Muerte deslizó su lengua por los labios de ella antes de invadir su boca, adiestrando a la inexperta lengua de Leah. Ella suspiró y con delicadeza se permitió retirarle la armadura y el manto que llevaba el Jinete para después permitirle a sus manos explorar los músculos de la espalda y el pecho de él. Muerte gruñó levemente ante el suave tacto de ella y se separó de sus labios para besar su cuello al tiempo que se posicionaba entre sus piernas. Leah inmediatamente envolvió por instinto la cintura del Jinete con las piernas y enredó sus dedos en el lacio cabello de él. Muerte bajó mordisqueando sus clavículas y, tomándola por la espalda para apegarla más a él, besó justo la línea donde comenzaban sus senos. Leah alzó las caderas instintivamente y pudo sentir por encima de la ropa la erección que se había hecho presente en la entrepierna del Jinete. Muerte deslizó una mano por debajo de la blusa de Leah y le acarició el abdomen arrebatándole un suspiro, la miró lascivamente, su rostro era dulce e inocente y tenía los ojos cerrados para disfrutar con mayor plenitud las atenciones del Jinete. Muerte deslizó levemente sus labios hasta su cuello nuevamente y le propinó un leve mordisco, apenas rozando la piel blanca de ella. Leah soltó un gemido bastante alto y tiró levemente de su cabello.

Esta simple acción fue suficiente para que Muerte cayera en cuenta de que estaba llegando demasiado lejos. ¡Era una niña en comparación con él, por todos los Cielos! Se separó de ella con brusquedad y tomó sus

pertenencias mientras salía del hueco.

—¡Debes estar bromeando! —le espetó Leah casi sin aliento y sentándose en la manta. Se le notaba la frustración en la voz.

—Necesitas descansar. No pienso cargarte por la mañana. —le espetó Muerte recobrando su porte y alejándose a "vigilar", como solía hacer.

Leah bufó algo enfadada y se envolvió con las mantas dejando que el sueño la venciera con la impotencia de no poder hacer nada más.

XXII. De Vuelta Al Hogar

La mañana había llegado y Muerte y Leah continuaban con su ascenso por la Torre de Cristal, al llegar a la cima, una voz poco amistosa los recibió.

—Sales de las sombras y vienes a la luz... Te veo, Jinete, veo lo que has hecho, quién te acompaña, las vidas que has segado, sé por qué estás aquí.

Al principio un resplandor dorado cegó a Leah, pero después pudo divisar un majestuoso ángel cuyo rostro no se alcanzaba a adivinar entre el brillo dorado de su ser. Se encontraba sentado en un trono en frente de un estanque.

—Entonces, me darás la Llave... —dijo Muerte extendiendo la mano altaneramente.

—Guardo la Llave desde hace siglos, es mía. —replicó el Arcángel levantándose. —No la entregaré tan fácilmente. —un resplandor lo envolvió y apareció en la orilla de la Torre, observando a lo lejos. —Ahora no. La Corrupción crece en nuestra Ciudad y en nuestros ánimos, sólo yo sigo puro. Un faro en las tinieblas. Y tú, inmundicia— dijo mirando a Leah. —deberías sentirte honrada de estar en mi presencia. Ni siquiera deberías estar respirando aún, tú y los de tu raza han sido condenados ya. No tengas esperanza en sobrevivir mucho más.

Leah abrió la boca para replicar pero Muerte la interrumpió.

—¿Sirve de algo ahora que se lo echas en cara? Creo que no. Decías que la Corrupción se traga tus tierras, pero puedo decirte que no estamos del todo indefensos.

Leah infló el pecho indignada, pero Muerte le dirigió una mirada. Aquello fue suficiente para acallarla. El Arcángel suspiró relajando su semblante.

—Quizás no. Cuando los Sellos se rompieron y las tropas infernales

asolaron la Tierra se perdieron muchas reliquias divinas. Una de ellas, la Vara de Velcour, podría reparar lo que ha pasado. No me atrevo a recuperar la Vara. Ningún Ángel que pise la Tierra puede entrar en la Ciudad Blanca, pero tú no eres un Ángel. —comenzó a avanzar hacia el estanque. —Consigue la Vara y te abriré un camino hacia mi Ciudadela, allí hallarás la Llave del Árbol de la Vida. Lo que vas a encontrar en la Tierra, cuando lo veas, puede que hasta tú maldigas a Guerra. —con un ademán sobre el estanque, se abrió un portal en el centro del mismo. Leah y Muerte avanzaron. —El estanque te llevará a la Tierra, Jinete. No te demores aquí.

—Si quieres la Vara, tendrás que decirme dónde encontrarla. —le soltó Muerte con algo de rudeza en la voz.

—He visto mucho mientras miraba a las profundidades del Estanque pero no te lo puedo decir. El Reino de los Hombres se hundió en las Tinieblas cuando lo invadió el Ejército Infernal. Desde entonces, sólo he tenido atisbos de la Tierra, suficientes para saber que la Vara de Velcour está a salvo. Es nuestra única esperanza de redención.

Había algo en el tinte de voz de aquél Arcángel que no le gustaba nada a Leah. Sin embargo, no dijo nada.

—Bien, entonces, andando.

—Ten cuidado con tu compañía, Muerte, puede que encuentre su suerte allá donde van. —dijo el Arcángel regresando a su trono.

—Ya la ha encontrado y no precisamente en la Tierra. —replicó el Jinete lanzándose al estanque seguido por Leah.

* * * * *

La Tierra se encontraba ensombrecida en caos, una tormenta infinita mojaba todo el exterior y el olor a putrefacción se extendía por todos los rincones. Leah sintió un tirón en el estómago, pero no dudó. Habían aparecido en una oficina que antiguamente era la sede de cierta compañía. Muerte fijó su

mirada en Leah.

—¿Segura que no quieres volver?

—Estoy bien. —respondió Leah escuetamente.

Muerte frunció el entrecejo levemente pero no añadió nada más. Se asomaron discretamente al exterior, puñados de cadáveres humanos deformados y convertidos en monstruosas criaturas rondaban de aquí para allá con poca coordinación por la plaza que había frente al edificio. Polvo se situó en el hombro del Jinete y soltó un graznido que resonó en la desolación de la ciudad.

—Silencio... —un murmullo se acrecentaba a lo lejos. —Hay algo más que cadáveres...

Leah sintió la tensión en la voz de Muerte y preparó el arco. Un grupo de Ángeles aparecieron y bajo un grito de guerra comenzaron a atacar a aquellas criaturas. Un Ángel que llevaba una vestimenta diferente a la de los demás se giró y Muerte logró distinguir su rostro. Era una mujer.

—¿Aerel? ¿Qué hace la Guardia Infernal en la Tierra? —murmuró Muerte.

—¿Aerel? ¿Es una mujer? —preguntó Leah bajito.

—Sí... ¿Por qué te extraña? —Muerte enarcó una ceja.

—Bueno, es que siempre nos habían pintado a Aerel como un hombre, sólo eso...

—¿Un hombre? Pero...

La pregunta que Muerte iba a hacer murió en sus labios al aparecer una enorme bestia con cuatro brazos y un rugido temible. Aerel intentó enfrentarse a ella, pero tras algunos fallidos cortes con la espada que llevaba, fue arrojada bruscamente contra un edificio.

—¡Maldición! —exclamó Muerte al verse obligado a salir de su anonimato.

Muerte y Leah se abalanzaron contra la bestia con las armas en punto pero ésta, al ver al Jinete, huyó saltando entre los edificios, no sin antes

convocar a una nueva horda de no muertos al ataque. Aerel se recuperó y reorganizó sus tropas. La sangre y vísceras de los cadáveres se esparcían por el lugar mientras aquella compañía conseguía mantenerlos a raya. Después de una confusa lucha, la calma volvió a reinar y Muerte y Leah se reunieron con Aerel.

—Te mataría por lo que tu hermano hizo aquí, —le espetó al Jinete. —pero has salvado mi vida. Estamos en paz. —giró lentamente la vista y su entrecejo se frunció al ver a Leah. —¿Una humana? ¿Cómo es posible? Se suponía que todos habían muerto...

—Es una larga historia... —susurró Leah hastiada.

—Y no la que nos concierne aquí. Dime ¿Qué puedes decirme de la Vara de Velcour? —dijo Muerte cortando la aún no iniciada conversación.

—Es un arma de inmenso poder. —respondió Aerel dejando el tema de lado. —Uno de los Arcángeles la trajo a la Tierra para combatir a los Demonios en la Guerra final, pero cayó y la Vara se hizo pedazos. Ahora el Destructor usa sus restos para dar energía a su ejército. —finalizó con desaliento.

—Lo que se rompe se puede reparar ¿Dónde están los trozos?

—En poder del Destructor, ha invocado criaturas del Abismo y ha alistado a sus elegidos. Seres blasfemos que se reparten el dominio de este mundo en sus propios reinos infernales. Entre ellos puedes ver a las Aflicciones, se nutren de los muertos de este mundo y los convierten en un Enjambre de carne y hueso que lucha con una sola mente. —Leah suspiró. —Son ellos quienes nos atacaron hace un momento.

—Ya veo... —comenzó a decir Muerte.

—No voy a arriesgar más Ángeles para recuperar la Vara, pero si aún quieres acometer esta misión de locos, sigue el rastro de cadáveres que dejaron mis hermanos. —apuntó Aerel.

—Misión de locos, ¿eh? —sonrió Muerte con ironía. —No sería mi primera vez.

—Ni la última... —murmuró Leah ganándose una mirada de advertencia por el resquicio del ojo de parte del Jinete.

—¿Por qué sigue la Guardia Infernal en la Tierra? Has perdido, Aerel... Por si no lo sabías. —le dijo el Jinete alzando una ceja.

—¿A dónde podríamos ir? Toda la Creación vio lo que ocurrió, cómo la Guardia Infernal se marchó antes de que se rompieran los Sellos, la Ciudad Blanca nos está vedada. No podemos volver. —la amargura se sentía en cada nota de la voz de Aerel.

—Aun así, me sorprende que hallan durado tanto, hasta los muertos van contra ustedes.

—Te refieres al Enjambre, de todos los seres de este mundo, son los más sedientos de venganza. No lograrás atravesarlos sólo con tus guadañas. —hizo un ademán y uno de los Ángeles le otorgó una especie de arma de fuego bastante grande y se la entregó al Jinete. —Toma esto, cuídate y cuídala. —finalizó para retirarse a acompañar al resto de sus compañeros con una mirada ensombrecida.

—No puedo tener un ojo en ti siempre, pero toma esta. Supongo que puedes manejarla. —dijo Muerte entregándole a Leah la pistola que había pertenecido a su hermano, Disputa.

—Haré el intento al menos. —respondió Leah ocultando su sorpresa. No esperaba que él le confiara un objeto de tanta importancia como aquél.

Avanzaron por las ruinas de la ciudad, Leah lograba reconocer algunos de los lugares que se encontraban en condiciones menos precarias, incluyendo un enorme puente por el que antes solía pasar a menudo al ir al colegio. Muerte se inquietaba crecientemente, ella estaba callada, la tristeza se dibujaba en sus ojos pero sus movimientos seguían siendo fríos y decididos. No tuvo tiempo de cuestionarla al respecto, pues una nueva oleada de no muertos se abalanzó contra ellos, con aquellas armas el deshacerse de ellos era mucho más rápido, al final, sólo quedaba uno. Leah no le disparó como a los otros, sino que lo derribó y le inutilizó las piernas y los brazos de cuatro tiros, la criatura ya

sólo se retorció en el suelo. Leah se quedó de pie junto a ella, cabizbaja y con el fleco empapado por la lluvia y cubriéndole parte del rostro.

—¿Ahora qué? —preguntó Muerte acercándose y con poco tacto.

—Mi hermano... —susurró ella. —Es mi hermano... Morton...

Muerte observó más detalladamente al no muerto. Estaba en un estado de putrefacción mucho menor al resto y se lograban adivinar vagamente sus facciones.

—No tienes que hacerlo. —le aseguró Muerte con inexpresiva voz.

Leah apuntó a la cabeza de Morton y disparó. Uno, dos, tres tiros. Muerte la observaba sintiendo un enorme desconcierto bien disimulado. Leah alzó la cara al cielo con una sonrisa, dejando que la lluvia le refrescara y le limpiara de sangre el rostro.

—¿Estás contento, Padre? Ya puedes enviarme al Infierno. —dijo a los cielos con una voz que mezclaba ironía y una especie de alegría enfermiza, echó a andar unos metros. —¿Vienes? Creí que no querías perder el tiempo en idioteces. —le dijo al Jinete por encima del hombro.

Muerte le siguió de cerca con el semblante aún serio. Ella era muy fuerte, no había dudas, pero por fin, había cedido.

XXIII. Contigo

Mientras recorrían las ruinas de lo que había sido una gran ciudad anteriormente, Leah apenas y cruzaba palabra con Muerte. Estaba atenta al ambiente, con el semblante relajado y movimientos certeros, sin dudas. El Jinete sólo la observaba sin decir nada. La sangre le manchaba la ropa y el rostro a Leah, aunque la lluvia se encargaba de limpiar un poco los rastros de aquel líquido.

Se encontraron con grandes criaturas demoniacas que seguían asolando el mundo muerto y destruyeron aquellas que obstaculizaban su camino, así como las grandes hordas de cadáveres animados que despacharon por el camino. Muchas de las calles estaban bloqueadas por escombros y el olor a podrido era penetrante y nauseabundo. Con ayuda de Arel encontraron los fragmentos de la Vara de Velcour, la cual se unió en una sola pieza en cuanto los fragmentos entraron en contacto.

Regresaban a la plaza donde se encontraba Arel a través de un túnel recientemente excavado por alguna de los seres infernales que habían asesinado antes, Leah iba al frente y Muerte la seguía de cerca, meditabundo, sin quitarle la vista de encima. Un no muerto se le echó encima a Leah y ella con rapidez le metió el cañón de la pistola en la boca y disparó. El cadáver cayó inerte a sus pies e intentó continuar caminando pero Muerte la detuvo tomándola del brazo.

—Fue suficiente. —le dijo quitándole de las manos la pistola y guardándola.

—¿Vas a juzgarme por esto, Jinete? ¿No eras tú el que había matado a los suyos antes? ¿Qué más da que lo haga yo ahora? —le cuestionó con enfado en la voz, no un enfado habitual, sino uno lleno de resentimiento.

—Andando. —dijo él ignorando sus preguntas y adelantándose.

—¿Y ahora qué? ¿No vas a matarme? ¡Vamos! Se supone que ése es tu trabajo.

—¿Por qué te vuelves contra mí ahora? No he sido yo quien ha decidido matar a tu hermano... —ella permanecía de pie, él se giró para verla a los ojos.

—Tienes razón, no fuiste tú. Fue Él... ¡FUE ÉL! —a pesar de sus palabras cargadas de odio y sentimiento, sus ojos grises estaban secos. Muerte sólo escuchaba. —¿Para qué carajo me quería a mí?! ¡¿Por qué lo dejó morir si de todas formas iba a darme una oportunidad de verlo de nuevo?! ¡¿Por qué me dejó llegar aquí?! ¿Sólo para matarlo de nuevo? He sido humillada, utilizada y rechazada, ¿y qué si no quiero ser más su peón? ¿Qué si me rindo y dejo esto cómo está? ¿Va a castigarme? ¿Más? Ya tuve suficiente...

La voz de Leah resonaba en las paredes del túnel y Muerte permanecía inmóvil, inexpresivo, escuchándola. De pronto, su voz se cortó súbitamente, los fuertes brazos de Muerte la rodeaban, uno por la cintura y el otro en su espalda.

—La Creación no es perfecta como te han hecho creer... —le susurró.

El cuerpo de la chica se estremeció debajo suyo y un sollozo escapó de sus labios mientras las lágrimas contenidas comenzaban a rodar por sus mejillas. Lo rodeó por la cintura y dejó su cabeza descansar en su pecho. Él la apretó más contra sí metiendo la mano entre su espeso cabello intentando calmar un poco las sacudidas que los sollozos le provocaban. Pasaron largos minutos así, en silencio, y al cabo de ellos Leah ya sólo temblaba incapaz de llorar más.

—Muchas veces sólo tienes que dejar tu deber de lado para hacer lo que tienes que hacer— dijo recordando aquella frase que le había dicho a su hermano, Guerra, en cierta ocasión. —y has llegado hasta aquí por ello ¿Vas a darte por vencida ahora que estamos tan cerca?

—Estoy tan cansada... No sé siquiera si algo de esto vale la pena... —le respondió bajito.

—Haremos que lo valga. —le dijo el Jinete tomándola de la barbilla obligándola a mirarlo a los ojos. —Voy a traer a tu hermano de vuelta... A cualquier costo. —dejó su frente descansar sobre la de ella un momento.

Leah asintió lentamente dando un suspiro. Muerte la soltó con tanta rapidez como la había tomado.

—Ahora, deja de hacernos perder tiempo, hay muchas cosas por hacer. —la reprendió comenzando a andar.

Leah con una ligerísima sonrisa lo siguió, como siempre.

* * * * *

—¡Jinete! ¡Has vuelto! Y completaste la Vara. —dijo Arel al verlos regresar. —Me tonta pedirte que empuñes esa arma y reviertas las tornas de esta guerra, pero temo que el Destructor se apodere de ella de nuevo y la use para sus siniestros planes. No. Mejor llévatela de este mundo para que la guarde el Ejército Blanco.

—¿Y ustedes..? —preguntó Leah con desánimo.

—Nosotros resistiremos aquí hasta que la Guardia Infernal deje de existir. —respondió Arel con resignación.

—Me quedaría contigo, Arel, pero la suerte de mi hermano me lleva por otro camino. —soltó Muerte y Leah le miró como si hubiera dicho una blasfemia horrible, mientras Arel le sonreía con dulzura.

—Has demostrado tu honor, una virtud poco habitual entre los tuyos. —su semblante se ensombreció. —Pero si vuelvo a ver a Guerra, tendrá que pagar por sus crímenes.

—Él no pudo ser quien trajo esta ruina a la Tierra. Conseguiré que sea perdonado. —apremió a decir Muerte.

—Haz lo que debas, Jinete. Pero este mundo está perdido, ya no tiene remedio. —le dirigió una mirada de lástima a Leah quien simplemente desvió la mirada con el entrecejo algo fruncido.

—Espero que vivas para ver la caída del Destructor, Arel de la Guardia Infernal. —le dijo Muerte a modo de despedida y se retiraron de aquel mundo en desgracia.

El mismo portal que los había llevado hasta la Tierra los llevó de regreso a las estancias del Arcángel.

—Cuidado con lo que deseas, Arcángel, puede que se cumpla. —le dijo Muerte al llegar.

—¡La Vara de Velcour! Llevo esperando tanto tiempo... —las ansias se dejaron entrever en su voz al tiempo que le arrebatava la Vara a Muerte. — Irradia tanto poder como imaginaba. —estaba extasiado y Leah no podía dejar de sentir un mal presentimiento.

—Entonces te será fácil abrirme un camino hasta tu ciudad.

—¿Un camino? No... Te abriré el reino entero. —el Arcángel se giró hacia la ciudad que se distinguía sobre piedras flotantes en la distancia. — ¡Borraré y quemaré las sombras con Luz Sagrada! —exclamó.

Un rayo de luz dorado se extendió a la lejanía disipando aquella niebla negra y siniestra que antes se esparcía por toda aquella ciudad dejando un paisaje de devastación y soledad.

—Si quieren llegar a la Ciudadela necesitarán alas. —les dijo el Arcángel y silbó.

Del techo de la Torre bajó una criatura majestuosa vestida con alas de plumas doradas y garras como acero: un grifo. Éste dio una vuelta volando y aterrizó junto a ellos. Muerte se acercó y esquivó un picotazo que el grifo intentó propinarle y lo ayudó a subir a Leah delante de él tomándola por la cintura.

—Busquen al Escriba más anciano, aún vaga entre las Ruinas. Puede ayudarte a terminar tu misión.

Dicho esto, se lanzaron al vuelo con el grifo. Debajo de ellos había un vacío blanco, inmenso, impresionante y Leah se deleitaba con la visión de aquella Ciudadela que, a pesar de estar en ruinas en muchas zonas, seguía

siendo hermosa. Al llegar, desmontaron y el grifo regresó por donde había venido. Avanzaron por las calles vacías y silenciosas en medio de un pesado ambiente. Leah también estaba callada.

Muerte la observó. Podía imaginar por lo que estaba pasando, si para él mismo alzar su hoja contra los suyos había sido complicado, ella debía estar sintiéndose morir por dentro. Ella era fuerte, sí, pero no podía exigirle nada que no pudiera darle. Habría sido tan sencillo sólo dejarla con los Hacedores y ella no habría tenido que revivir aquél triste pasaje de su vida. Sin embargo, había decidido llevarla consigo y ahora era su responsabilidad asegurarse de que estuviera bien. Sonaba tan extraño incluso para sí mismo, pero era la verdad, aunque ella no tenía que saberlo, eso era lo mejor. Por ahora, sólo podía intentar ser un buen oyente.

—Aún te afecta lo que viste allí, ¿eh?

—No sólo es eso. —su voz sonaba... ¿molesta? No se suponía que estaría molesta...

—¿Entonces...?

—Da lo mismo, no importa. —Leah continuaba andando sin mirarlo.

—Oh, bien...

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —ahora sí lo miró.

—¿Tendría que decir algo más? —alzó una ceja.

—Eres increíble...

—Si tan sólo te explicaras...

—¿Vas y me abrazas y me dices que harás que esto valga la pena y después vas con Aerel y te le ofreces tan abiertamente?! Por favor, no juegues conmigo que no soy ninguna ingenua. —y caminó hasta adentrarse en un pasillo con las manos hechas puños.

Con que eso era...

—¿Por favor, no me estaba ofreciendo, era una simple cortesía!

—Sí, claro... Creo que no había tenido un día tan malo desde que comencé a seguirte...

Un beso inesperado y al inicio violento del Jinete calló la avalancha de reclamos que se avecinaba. Leah se tensó un segundo y estuvo a punto de intentar separarse de él, pero un escalofrío la recorrió y se relajó dejando ir todo el enojo y aliviando un poco el dolor que había tenido antes.

—¿Suficiente para ti? —le preguntó el Jinete mirándola a los ojos con altanería.

—Tramposo...—le susurró.

—Tienes el privilegio de estar en mi presencia prácticamente todo tu tiempo, así que eso debería bastarte. Gózalo. —le sonrió por encima del hombro mientras avanzaba seguido de cerca por ella.

"*Presumido...*" pensó para sus adentros mientras cruzaba los brazos y continuaba su camino.

XXIV. El Escriba

La ciudad se encontraba solitaria, en ruinas. El silencio era casi absoluto, exceptuado el ruido de la hojarasca que se desprendía de las ramas de los árboles muertos para después ser arrastrada por las ventiscas que se hacían presentes de vez en vez y atravesaban los edificios vacíos. Muerte y Leah caminaban a través de aquellas construcciones destruidas con cautela, sin desenfundar sus armas aún pero atentos a todo su entorno.

—Nos están siguiendo... —murmuró Leah.

Muerte dirigió la mirada a hacia lo alto de uno de los edificios a tiempo para detectar un ser que desapareció en un destello azulado.

—Sé prudente y mantente cerca. —dijo él mirando con discreción alrededor. Leah asintió.

Por un largo rato, exploraron la ciudad sin toparse con nada más que Ángeles corruptos aquí y allá. Era fácil derrotar a uno solo, pero en grupo se convertían en una amenaza algo más difícil de manejar. Afortunadamente no aparecían en grupos de más de dos o tres. Continuaron hasta llegar a una sala circular que era bastante más grande que las que habían visitado anteriormente y, por las sillas y la manera en que estaban dispuestas, se podía deducir que allí se celebraba algún tipo de consejo. Justo habían alcanzado el centro de la sala cuando unas rejas surgieron del suelo bloqueando el paso a cualquier posible salida de aquella estancia. Leah y Muerte desenfundaron sus armas y se pusieron en guardia inmediatamente. Un relámpago azul iluminó la sala y un ser repugnante y oscuro se hizo presente.

Leah intentó darle con una flecha pero la criatura desapareció en medio de un relámpago más para volver a materializarse detrás de ella. Esquivó y evitó el ataque de la criatura. En ese momento más rayos se hicieron presentes en la sala y con ellos, más de los seres eléctricos. Muerte intentaba golpearlos

aunque sin éxito. Leah sólo esquivaba e intentaba encontrar un hueco, algo que le diera una pista de cómo vencerlos. Observó con atención los movimientos del enemigo y se dio cuenta de que cuando se materializaban quedaban por milésimas de segundos desorientados. Colocó el arco en punto y, al mismo tiempo que esquivaba los zarpazos de los que estaban más cerca de ella, esperó y disparó. La flecha fue a dar al costado de uno de los seres que acababa de aparecer frente a Muerte. El ser se tambaleó un momento y Muerte lo partió con facilidad.

—¡Así! —gritó el Jinete por encima del ruido que provocaban los rayos.

Leah continuó con el mismo método hasta que acabaron con el último de ellos. Con una sacudida Muerte limpió la sangre de sus guadañas y avanzó hacia la salida al tiempo que las rejas se retraían de donde habían salido.

—De nada... —le dijo Leah cuando lo alcanzó, él sólo sonrió para sus adentros.

Continuaron en su camino sin toparse con mayores dificultades más allá de los Ángeles y los escombros que obstruían el paso hacia ciertas áreas. Al final, llegaron a una torre, la más alta en toda la Ciudad. Con cautela, abrieron las puertas dobles que daban paso al interior y se encontraron con una enorme biblioteca. Las estanterías estaban abarrotadas de libros y manuscritos y colmaban cada centímetro del cilindro.

Un pequeño crujido en la parte alta de la biblioteca llamó la atención de ambos. Un Ángel bastante obeso se encontraba en una silla flotante que le servía para moverse por el lugar.

—No... Tú no... —gimoteó y bajó al nivel de ellos.

Muerte despegó los labios para hablar pero no alcanzó a proferir sonido alguno, el abdomen del Ángel se había abierto y un tentáculo de Corrupción salió de él e intentó golpearlos. Desenfundaron sus armas. Afortunadamente el Escriba no era muy fuerte, pero no dejaba que se acercaran a él y hacía uso tanto del tentáculo como de hojas de libros que eran lanzadas asemejando a navajas. Leah logró clavar una flecha en el centro de su abdomen haciéndolo

perder la concentración y Muerte aprovechó para tomarlo del cuello convertido en Segador, lo alzó y lo lanzó contra el muro haciendo volar papeles y plumas por igual. Recobró su forma habitual y avanzó amenazadoramente ante él. Despojado de su silla, el Escriba se veía indefenso y patético.

—¿Dónde está la Llave? —el tono de voz de Muerte sonaba grave y peligroso. Leah le siguió avanzando detrás de él.

—¡Piedad, Jinete! —suplicó el Escriba apegándose más contra el muro.

—¿Dónde está?! —las guadañas le rodearon el cuello al Escriba.

—¡Por favor! ¡Te lo diré todo!

Muerte volvió a enfundar sus armas mientras el Escriba se tocaba el cuello con alivio.

—Fue... el caos. Hasta los más nobles perdimos la cabeza y empuñamos la espada. Le ocurrió al Arcángel y también a mí.

—El Arcángel... —Muerte frunció ligeramente el entrecejo, Leah se cruzó de brazos viendo confirmado su mal presentimiento.

—¡Fue ese maldito estanque! ¡Con razón estaba prohibido usarlo! No sé qué vio en él, pero destruyó su mente. Él propagó la Corrupción, hizo de este lugar un matadero mientras defendía que él era puro. Al final, el Arcángel huyó a la Torre de Cristal. Se llevó la Llave con él.

Muerte suspiró conteniendo su rabia al ver que le habían tomado el pelo.

—¿Cómo cayó el Arcángel en la Corrupción?

—Algo oscuro enraizó en su interior y lo usó como a un títere para esparcir odio negro. Es revelador que no nos diéramos cuenta de la diferencia... —el desasosiego se reflejó en el semblante del Escriba.

Leah no soportaba seguir observando aquel desafortunado ser así que se dio media vuelta salió de la torre, hacia las escaleras de la entrada.

—Ya obtuve la información que necesitaba... —Muerte comenzó a dar marcha para seguirla pero se detuvo al escuchar la voz del Escriba.

—Ya la había visto antes... —se giró para mirarlo. —Ella tiene una

misión muy especial, además de una conexión que estaba predestinada contigo...

—Eso ya lo sé...

—Entonces escucha, no podrás mantenerte a su lado y protegerla al mismo tiempo. Pero ten en cuenta que si la pierdes una vez, la perderás para siempre.

—¿Y qué se supone que eso significa? —algo de ira se transmitía a través de la voz de Muerte.

—Ya te he dicho suficiente. Ahora ve... Te está esperando.

El Jinete bufó y echó a andar. Si había algo que había empezado a detestar eran los malditos acertijos. Todos hablaban como si su figura no representara ya ninguna autoridad y estaba seguro de que el Consejo tenía más que ver en todo ese turbio asunto de lo que ellos mismos querían admitir. Estaba iracundo de haber vivido tanto tiempo bajo engaños, usado como marioneta del Consejo. En estos pensamientos estaba sumido al llegar al lado de Leah. Ella le sonrió tristemente y deslizó su mano por el brazo de él con suavidad, él por debajo de la máscara le devolvió la sonrisa. Mantenerse a su lado y protegerla... No sonaba tan imposible. De hecho, la única forma viable de mantenerla con vida que él consideraba era tenerla consigo. Había sido así hasta ese entonces, ¿por qué habría de cambiar su estrategia? Con el tiempo había aprendido a aceptar que sí la quería para él mismo, pero no de la forma ridícula y penosa en la que solían amar los humanos o los Ángeles. Simplemente se había convertido en una parte de su rutina y eso la convertía en su propiedad, por lo tanto, él tenía que defender a toda costa lo que era suyo. Sonaba tan incoherente y, sin embargo, en su cabeza tenía bastante sentido, o al menos de eso trataba de convencerse. Por otro lado estaba Guerra, ansiaba más que nada salvarlo, sí ¿pero qué sería de su propia culpa al sacrificar a los Nephilim? La duda seguía arraigada en su pecho y no le dejaba pensar con claridad. Se le vino a la mente la imagen de Guerra, la

expresión de su cara cuando había resultado él quien ganó la apuesta por ver quién domaba primero a uno de aquellos caballos salvajes y, a su vez, imaginó la cara de desconcierto que pondría cuando viera quién lo acompañaba ahora. De todos los seres que habitaban en el mundo, estaba seguro que una humana es lo que menos se esperaría de él. Cuando lo viera... De todo corazón esperaba que ese momento realmente llegara, a pesar de la advertencia del Escriba. Ciertamente, lo único de lo que estaba seguro era que ya nada lo era.

XXV. Recuento de Daños

La caminata de vuelta al punto de encuentro con el Arcángel se hacía eterna. Muerte y Leah andaban en silencio, cada uno sumido en sus propias meditaciones. Él observaba a la chica discretamente, sin que ella se percatara. Se veía mucho más delgada que cuando habían dejado Tripsom, sus mejillas estaban pálidas y sus ojos estaban apagados y adornados con ojeras que mostraban su cansancio. De vez en vez le compraban a Woodscream suministros traídos desde Tripsom que Leah necesitaba para su supervivencia pero eran vagas las noticias que él les proporcionaba de los Hacedores, esto por capricho del propio demonio. Ella casi nunca hacía comentarios negativos, pero últimamente no hacía ninguno. Este persistente silencio inquietaba al Jinete. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que comenzaron su misión? En tiempo humano... ¿un año, quizá? Él lo sentía como si hubieran pasado siglos. Notaba los cambios que había en ella y sabía que su sonrisa nunca era del todo sincera. Y, sin embargo, no decía ni una sola palabra más que a ella misma y a Polvo, a quien le hablaba en voz baja de vez en cuando, cuando el ave consideraba conveniente ir a posarse un rato en su hombro.

El resplandor al final de la Torre que se había convertido en la guarida del Arcángel les sacó de su ensimismamiento y los predispuso para combatir.

—¡NO! —un grito desesperado del Arcángel los recibió en la estancia del Estanque Prohibido.

—La Llave, Arcángel, sé que la tienes... —siseó Muerte amenazante y desenfundando sus guadañas.

—Es ¡MIA! —exclamó el contrario, después se relajó. —Aunque él quisiera... Yo no podía destruir la Llave. Tienes que entenderme, Jinete ¡Hice lo que debía hacer!

—¿Alegas tu inocencia después de haber matado a tus semejantes? —

susurró Leah con una mirada peligrosa y seca, nada habitual en ella. Muerte sintió un vuelco en el estómago.

—¿Te atreves a cuestionarme? ¿Tú, cuya raza no hizo otra cosa más que arrancarse el pellejo los unos a los otros mientras existían? No tienes vergüenza... Ni tampoco el agrado del Señor. —la Corrupción se extendió en el cuerpo del Arcángel. —Sólo yo puedo usar la Llave.

De un golpe que Muerte no pudo prever el Arcángel lo lanzó hasta hacerlo caer en uno de los patios flotantes ya en ruinas de la Ciudad que quedaba más cercano a la Torre y voló tras él. Leah corrió al balcón más alto de la Torre, no podía llegar hasta donde ellos se encontraban por sus propios méritos y sus flechas no alcanzarían a cubrir esa distancia. Gruñó de frustración y se dispuso a observar.

La pelea que siguió fue complicada debido a que la Vara de Velcour en posesión del Arcángel era un arma muy peligrosa. Después de un rato que a Leah se le antojaron horas Muerte por fin lo había debilitado lo suficiente como para poder usar su forma de Segador y lo atravesó con la guadaña, le arrebató la Llave y dejó caer el cuerpo del Arcángel, que se perdió junto con la Vara en el vacío infinito que se extendía debajo de ellos. Leah sonrió levemente, pero cuando Muerte recobró su forma normal, apoyó una rodilla en el suelo. El Arcángel había logrado al menos mellar un poco su fuerza. Leah llamó a gritos a Nathaniel desde otro de los balcones, éste al escucharla voló hasta donde se encontraba ella.

—¡Está herido! ¡Tienes que traerlo aquí, por favor! —le rogó a la desesperada mientras le señalaba el patio y a Muerte.

—Estoy en ello. —replicó Nathaniel y voló hasta donde se encontraba Muerte.

—Déjame, no necesito tus cuidados. —dijo Muerte mientras se ponía de pie para después trastabillar levemente.

—La señorita me lo ha pedido. —dijo Nathaniel con voz paciente y extendió su mano.

Muerte gruñó por lo bajo y aceptó el agarre del Ángel, permitiendo que lo llevara de vuelta al Estanque Prohibido. Leah se acercó a él y tocó suavemente una herida que tenía en el pecho con expresión angustiada.

—No es nada. —dijo él y le apartó la mano con brusquedad.

—Creo que ahora al menos merezco una explicación. Sé que mataste al Arcángel.

Muerte explicó vagamente lo que había sucedido y señaló la dirección en la que aún se encontraba con vida el Escriba.

—Entonces... Así sucedió. —El rostro de Nathaniel reflejaba culpa.

—Los engañó a todos. No habrías podido saberlo por ti mismo. —le dijo Leah sentada a la orilla de la sala, con los pies al aire, sin mirarlo.

—Puede que sí. Pero si el Escriba aún vive y parte de su mente sigue intacta, puede que haya salvación para él.

—Ve con cuidado. —le dijo Muerte en despedida.

—Ustedes también... Especialmente tú. —Leah no respondió ni lo miró y el Ángel levantó el vuelo.

Los últimos rayos del atardecer pintaban de anaranjado el lugar y Leah observaba el horizonte con la vista perdida y los cabellos al viento. Muerte se sentó junto a ella. Pasaron algunos minutos así, en silencio.

—No es la primera vez que nos encontramos así. —dijo Leah al fin.

—¿Mmh?

—Tripsom, ¿recuerdas? Antes de ir a por el Guardián. También estábamos mirando el horizonte, sólo que antes pintaba más bonito.

—Ya... Sí lo recuerdo.

Ella soltó un suspiro y su voz sonó distante y amarga.

—¿Sabes? En aquél entonces casi podía sentir que era mi lugar, que era parte de ellos. De los Hacedores, ya sabes. Como una familia. Me sentía tan natural, era ya tan parte del panorama habitual. Incluso alguna vez pensé que podría quedarme por siempre. Por momentos perdía de vista el dolor y mi misión. Y era incorrecto, pero se sentía tan bien... Olvidarme de todo. Poder

reír con estupideces que no tenían sentido. Sentirme parte de ti y de tu vida. — Muerte se quitó la máscara después de sentir una punzada en el pecho. —Es casi como si hubiera pertenecido aquí siempre y que estuve en el lugar equivocado durante años sin saberlo. Y luego lo vi todo, y va y resulta que realmente no pertenezco a ningún lado... Ya no. —una sonrisa irónica brotó en sus labios. —Y a pesar de todo, aquí estoy, hablando de otro tipo de idioteces con alguien a quien no le importa escuchar un carajo de mis problemas existenciales... Y aun así... Aún con todo lo que ha sucedido... Aún con todo lo que hay en contra... A pesar de que está prohibido para mí... Me da gusto estar aquí... —terminó en un susurro bajito y con una nota de pesar y posó su mano suavemente sobre la de Muerte.

Él no dijo ni una palabra. Ni siquiera un cambio de expresión que le diera a entender que si quiera le movía un poco sus palabras. Y a pesar de eso, tomó su mano pequeña, delgada y frágil entre las de él, fuertes y rasposas por el paso de los eones y las batallas. Ella recargó su cabeza en su hombro y cerró los ojos con una expresión de dolor, como si el tacto del Jinete la quemara. Y él no dijo nada, pero dejó su cabeza descansar en la de ella, respirando el aroma dulce de ella, dejándose llenar de su dolor entremezclado con el de Leah. Y el atardecer murió en el horizonte oscuro y vacío.

XXVI. Esencia

Muerte y Leah cabalgaron veloces de vuelta al Árbol de la Vida, un nuevo ímpetu y, sobretodo, prisa por terminar su misión de una vez le apremiaba al Jinete en el pecho. Las otoñales hojas que caían adornando el camino volaban a su paso y la caverna de azules y misteriosos colores se reflejaba en la piel de la chica que cabalgaba enfrente de él dándole un aspecto mortecino y enfermo. Muerte no pudo más que sentir una opresión en el pecho y se inclinó hacia para apegarse más a ella, quien sólo dio un levísimo suspiro, sin estremecerse como solía hacer antes.

—Tengo la Llave del Ángel. —dijo el Jinete al llegar frente a Padre Cuervo, quien los había estado esperando en el Árbol.

—Bien, se acerca el final de tu misión. —Leah se acercó con interés. — Puedo abrir el camino, Muerte, pero debes hallar la otra Llave.

—La Llave del Demonio... —susurró Muerte por lo bajo.

—Sí... —la preocupación se adivinaba en el tono de voz del Anciano. — Deberán ir con cuidado, por ese camino sólo hay sombras...

Asintieron y tocando el tronco del Árbol se vieron transportados a un paraje desolado, abrasado y sin vida.

—Bienvenido a Linde Sombría, Jinete. Ahora, debes ir directo o tu hermano estará perdido.

—Me suena de algo este sitio... —aventuró Leah con inexpresiva voz.

—Lógico. Este es el reflejo oscuro de la Torre de Cristal, un reino donde montan guardia Demonios en lugar de Ángeles. Pero la Corrupción ha vuelto los ojos al interior y lo que ha encontrado, lo ha destruido. —le informó Padre Cuervo.

—¿Qué hay de la Llave? —preguntó el Jinete.

—Está dentro en manos de un amo poderoso. Conseguirla no será fácil.

—Nunca creí que lo fuera. —sentenció Muerte y comenzaron a cabalgar.

El polvo y el aire viciado los rodeaba a su paso por el desolado camino, los graznidos de Polvo, quien los sobrevolaba, se perdían en la lejanía del enorme paraje. No se detuvieron hasta llegar a las puertas enormes e imponentes que hacían de entrada a un palacio negro y en ruinas. Entraron sigilosamente, y al entrar, Leah le hizo una seña para que se separan y buscaran un camino viable que no se encontrara bloqueado por los escombros. Muerte asintió y Polvo voló hasta posarse en el hombro de la chica.

Leah avanzaba despacio, tanteando el terreno y atenta a cualquier ruido, pero sólo se topaba con pasillos sin salida y puentes rotos y engullidos por la lava que había al fondo de los abismos del palacio. Las horas pasaban lentas y la oscuridad se hacía más inminente. Dándose por vencida y viendo el terreno libre, se volvió para reunirse con Muerte y comprobar si él había tenido algo más de suerte.

—Ve tú delante para que venga a encontrarme, ¿quieres? —le dijo acariciándole el cuello al ave y ésta emprendió el vuelo, alejándose de ella. Suspiró y se dejó llevar por sus pensamientos. ¿En qué estaba pensando cuando se le ocurrió salir de Tripsom? Aunque, probablemente se hubiera sentido mucho peor de quedarse y no hacer nada. Es decir, sonaba a misión suicida, había muchas probabilidades de que realmente no pudiera traerlo de vuelta y aunque así fuera, quién sabría que estragos haría la Corrupción... pero era su hermano. A fin de cuentas, siempre era peor no hacer nada. Recordaba el ánimo que sentía al pensar en volver a verlo y regresar a la normalidad, volver a sentir su cama mullida y cálida, tomar un baño con agua tibia, comer dulces, escuchar la radio o al presentador de la TV que, aunque no hacía más que decir algunas palabras graciosas, la mantenía entretenida, las sopas instantáneas, el bullicio de la gente en las calles... A le costaba no culpar a Guerra, pero Muerte estaba tan seguro... Y ella confiaba en él. Bueno, él no haría nada de lo que estaba haciendo si no estuviera seguro de que era inocente, ¿cierto? Y encima de todo estaba... Bueno, daba ya lo mismo, el

tiempo diría dónde terminaría todo.

Un chasquido leve la hizo voltear, sacándola de su ensimismamiento, pero no alcanzó a reaccionar con la suficiente rapidez para evitar la tacleada del enorme y robusto demonio que se abalanzó contra ella, estrellándola contra el muro más cercano. Cayó al suelo y se levantó con rapidez, tenía la vista nublada y sentía que el suelo se le movía y se lanzó pobremente hacia un lado para evitar el golpe de la espada que llevaba consigo el demonio. Recuperando sus sentidos, dio un giro y le propinó un gran corte en la pierna izquierda para después ponerse en pie, aprovechando el grito de dolor de él. Con un movimiento rápido trató de asestar en la base de su cuello, pero él la tomó de la muñeca y después del cuello alzándola del suelo y cortándole el oxígeno.

—Te metiste en terreno peligroso, pequeña zorra. —gruñó con voz grave sin inmutarse por los forcejeos de ella por liberarse al tiempo que intentaba no perder el sentido. —Te enseñaré con qué hospitalidad tratamos a nuestros huéspedes.

Y con rudeza le tomó un pecho estrujándoselo dolorosamente y la soltó para tomarla de la cintura y lamerle el cuello. Leah se recuperó levemente, intentó asestar una patada al demonio, pero una hoz lo partió a la mitad, dejándola caer al suelo y empapándola de sangre.

Muerte recuperó su hoz y corrió hacia ella, arrodillándose a su lado. Leah no pudo balbucear ni tres palabras, se incorporó hasta quedar a gatas y vomitó por el asco que le provocaba el olor a sangre y azufre combinado con el mareo que le había provocado el estrangulamiento. El Jinete le sostuvo el cabello y ella se sentó limpiándose con el dorso de la mano.

—¿Puedes sostenerte? —preguntó Muerte ayudándola a ponerse de pie.

—Creo... Dame un segundo. —respondió con dificultad ella y se recargó en un muro cercano con los ojos cerrados para calmarse. —¿Podemos salir por esta noche? No quisiera toparme con algo más hoy. —no lo miraba a los ojos, se sentía avergonzada y sucia.

—Vamos. —respondió escuetamente el Jinete tomándola del brazo para asegurarse de que no se caería.

Cabalgaron a paso lento, asegurándose de no provocarle arcadas de nuevo, y regresaron al Árbol de la Vida. Muerte pasó de largo sin hacer caso de las preguntas de Padre Cuervo y tocó el tronco sin soltar a Leah. Fueron transportados de vuelta al País de las Fraguas.

—¿Por qué...?

Muerte no respondió ni la dejó terminar, la guio hasta un río que se encontraba cerca y la hizo sentarse en el tronco de unos de los árboles que lo flanqueaban.

—Podrás asearte ahí, después descansaremos y...

—¿Y?

—Hablaemos después. —y se marchó inspeccionando los alrededores por si había algún enemigo.

Leah aún temblaba, pero se puso de pie y se desnudó para entrar al río a intentar quitarse de encima la inmundicia y la pena que sentía.

El Jinete había encontrado un par de Constructos pequeños, pero nada de qué preocuparse. Se quitó la máscara y se masajeó las sienes mientras se recargaba en el tronco de un árbol. No lo admitía, pero la escena que había visto antes le turbaba enormemente y le llenó de una ira que pocas veces le dominaba. ¿Cómo había sido tan descuidado como para permitir que un indigno demonio le pusiera las manos encima? No quería ni imaginar lo que habría pasado de haberse demorado más en llegar al sitio, probablemente la hubiera profanado y asesinado... Respiró hondo buscando calma. Todo había pasado, y no volvería a quitarle el ojo de encima de aquella manera. No había razón para darle más vueltas al asunto.

Se incorporó y volvió al punto donde había dejado a Leah, la encontró envuelta en una manta y desenredando sus cabellos con una peineta que había traído desde Tripsom. Había tendido su habitual improvisación de saco de dormir y se había sentado sobre él. Su silueta se veía aún más menuda que

antes y le daba la impresión de que se quebraría en cualquier instante. Al menos esa noche podrían descansar sin preocupaciones. Se quitó la armadura, quedando sólo con los pantalones y se sentó junto a ella. No estaba seguro si ella querría estar sola después de lo ocurrido, pero tampoco se sentía cómodo con el silencio.

—Podrías volver a Tripsom desde aquí, si quisieras volver a verlos...

—No. —interrumpió ella abruptamente. —No me quedarían fuerzas para seguir si regreso ahora... —terminó en un tono mucho más bajo.

Muerte la miró pero ella esquivaba sus ojos lo más que podía. Estaba tan vulnerable. El olor de la piel de aquél demonio aún se alcanzaba a percibir levemente entremezclada con la esencia de ella y las marcas de moretones que habían dejado sus dedos seguían presentes en su cuello. El Jinete sentía la rabia nuevamente arder y escalar sus ánimos. Ella le pertenecía y la única esencia que debía despedir, era la de él ¿Por qué no le sostenía la mirada?

La tomó bruscamente de la barbilla y la besó con urgencia, ella reprimió un gritillo de sorpresa y la peineta se le resbaló de las manos. Muerte le arrebató la manta que la cubría de un jalón y se colocó sobre ella. Le sostuvo las manos por sobre la cabeza y comenzó a mordisquearle el cuello.

—¡Muerte! —gimoteaba ella con miedo. —¡Por favor!

Pero el Jinete ignoró por completo sus súplicas y se desnudó con habilidad, sin soltarla. Con la mano que tenía libre le separó las piernas y entró por completo en ella de una sola estocada. Leah se quebró en un llanto de alarma y dolor. La sangre que probaba su virginidad los tiñó a ambos. Las embestidas de Muerte eran fuertes y profundas y ella ya no atinaba más que a suplicar intentando patéticamente contener su llanto hasta resignarse y girar la vista intentando dejar de sollozar. Sin embargo, no podía dejar de notar el roce de la piel de él que poco a poco, sin desearlo, la iba estimulando. Reprimió un gemido, no podía ser que ella llegara a disfrutar de un acto tan cruel.

—Muerte... Por favor... Esto no es...

—¿Correcto? Ni siquiera deberías haber salido de tu mundo. —la interrumpió deteniendo momentáneamente sus embestidas. —En este punto... Ya da lo mismo... —le dijo al oído.

Volvió a entrar en ella en un movimiento de caderas certero y profundo. Ella no pudo contener un gemido alto y echó la cabeza hacia atrás al tiempo que sentía una contracción en sus paredes internas. El Jinete sonrió de lado y le liberó las manos, que ella inmediatamente enredó en el cabello de él mientras con la otra se aferraba a su espalda. Él aceleró el ritmo de su penetración y la besó invadiendo su boca con la lengua para después continuar recreándose en besar y morder su cuello y sus senos, le provocaba sentirla, era estrecha, pequeña, cálida. Apenas y podía acoplarse al tamaño de su miembro. Ella gemía, se mordía los labios y arañaba la espalda de él perdida en el placer culposo que le proporcionaba. Enredó las piernas en la cintura del Jinete y comenzó a sentir los espasmos de su clímax. Muerte notaba el propio, pero antes quería regodearse en la expresión de ella, se alzó unos centímetros y clavó sus iris anaranjados en los de ella, grises y nublados de lujuria. Comenzó a entrar en ella con mayor fuerza y ella no pudo reprimir un grito al llegar a su orgasmo. Cerró los ojos fuertemente, un hilillo de saliva le unía los labios, arqueó la espalda y alzó las caderas intentando prolongar el íntimo contacto. Esta sencilla visión provocó aún más al Jinete, quien con un par de embestidas más y sintiendo estimulado su miembro en las contracciones de ella, gruñó y se derramó dentro de ella, llenándola y dejándolo con una sensación de satisfacción mayor que cualquiera que hubiera tenido antes.

Respiraban erráticamente y sus corazones latían rápidamente y al unísono. La besó superficialmente intentando recuperar el aliento, ella le correspondía y se deleitaba en el roce de sus labios.

—Te amo... —susurró ella muy levemente y con un suspiro.

Muerte sintió una punzada en medio del pecho, volvió a rozar los labios de ella y se levantó bruscamente, tomó sus pertenencias y se perdió entre la espesura del bosque. Leah se sentó y se cubrió con la manta que le había sido

arrebatada antes. Lentamente su respiración volvió a ser acompasada y recuperó el sentido. El dolor ascendía desde su estómago hasta hacerle sentir un nudo en la garganta, volvió a llorar. Pero su llanto era calmado y silencioso, un lamento que no sería escuchado ni mucho menos consolado.

Se aseó por segunda vez en la noche, se vistió con la ligera ropa que solía llevar debajo de la armadura y se dejó vencer por el sueño mientras se reprochaba a sí misma por su ingenuidad.

XXVII. Lilith

Estaba a punto de desesperarse, se sentía como atrapado entre el deber y el querer, siempre vagando de aquí para allá sin objetivo claro. Bueno, para él era claro, salvar a Guerra era lo principal pero ¿por qué seguir bajo el yugo del Consejo Abrasado cuando éstos ni siquiera se molestaban en mantener completamente informados a los Jinetes? No, únicamente les era revelado aquello que era absolutamente necesario, en cuanto al resto, tenían que obedecer sin hacer preguntas. Estaba harto, ¿qué había de sus propios intereses? Y ¿por qué parecía que se perjudicara a sí mismo con éstos? El equilibrio, ése es el orden de las cosas. Leah era una humana y él un Jinete. Simplemente no había un punto medio en el que aquello estuviera acaso medianamente bien. Ni siquiera aceptable. Y a pesar de tener aquello en mente, la había profanado. Lo que es peor aún, sin su consentimiento. Él no solía pedir el consentimiento de nadie, pero en el caso de ella era muy distinto...

Volvió sobre sus pasos después de caminar bastante para calmar su ira y su agitada mente. Llegó al claro en el que había dejado a la chica y la observó. Estaba dormida, echada sobre su costado derecho y la manta que la cubría subía y bajaba al compás de su profunda respiración. Se acercó y pudo ver bajo la luz de la enorme luna que estaba coronando el cielo estrellado que había algunas marcas de moretones en sus muñecas. Sin pensarlo mucho, se recostó junto a ella sin llegar a tocarla.

¿Por qué era tan distinta? ¿Por qué lograba sacarlo de balance con tanta facilidad? ¿Por qué le importaba tanto?

Despacio, sin despertarla, la abrazó y dejó que se acurrucara en su pecho entre sueños. Estaba fría. Bastante fría. La rodeó intentando cubrirla un poco del sereno de la noche. Podía sentirla pequeña y menuda, frágil.

¿Es que ya no había vuelta atrás?

Corrió sus dedos entre los cabellos de ella y los notó más delgados y débiles, pero aún sedosos. Retiró el flequillo de su frente. Sus pómulos se marcaban resaltando su delgadez y sus labios estaban secos y descoloridos. Dejó sus labios descansar sobre la cabeza de ella y cerró los ojos.

La respuesta a sus interrogantes estaba latente en su interior y ella se lo había confirmado, pero él no había querido aceptarlo... Al menos no hasta el momento.

* * * * *

Horas después, cuando el amanecer empezaba a traer consigo las primeras luces del día, Leah abrió los ojos lentamente, poco a poco cayó en la cuenta de lo que había sucedido y recordó haber sentido el tacto de Muerte mientras dormía. Levantó la mirada sólo lo suficiente para contemplar el rostro del Jinete. Parecía dormir profundamente. Tenía expresión pacífica y tranquila muy poco habitual en él y Leah se dejó cautivar mientras lo observaba dejando que el dolor y la rabia que había sentido anoche se disipara junto con la neblina nocturna. Ella sabía que no podía esperar mayor disculpa de su parte que aquel gesto. Alzó una mano y le acarició muy suavemente la mejilla.

—¿Sabes que es de mala educación espiar a alguien mientras descansa? —le dijo Muerte con voz profunda y abriendo los ojos.

—Podría decirte lo mismo... —le replicó la chica con la voz quebrada y débil de pasar tanto tiempo en silencio.

Muerte retiró suavemente la mano de ella y entrelazó sus dedos en los de ella dejándola descansar sobre su pecho.

—Será divertido...—dijo el Jinete distraídamente.

—¿El qué?

—Bueno, ningún otro de los Jinetes tiene un humano como mascota. —y

sonrió.

—Muy simpático. —ella se limitó a mirarlo acusadoramente con una ligera sonrisa. Se sentía lo suficientemente adolorida como para no querer discutir con él. —¿Qué sigue ahora?

—Regresar a Linde Sombria y encontrar a quien sea que tenga la Llave del Demonio... Aunque...

Leah se levantó interrumpiéndolo, tomó su armadura y comenzó a alistarse para partir.

—No vas a dejarme atrás... No tienes tanta suerte. —le sonrió habiendo adivinado sus pensamientos.

—Supongo que no... —le devolvió la sonrisa y se alistó también.

* * * * *

Ninguno de los dos tocó el tema de lo que había sucedido antes durante el trayecto de vuelta a la fortaleza que habían estado explorando antes, no hacía falta. Ambos conocían suficiente del otro como para saber que las excusas y disculpas inútiles no harían otra cosa que estorbar bastante, además, los ánimos en ambos se habían renovado, al menos un poco. Avanzaron el trecho que Muerte había encontrado antes y se toparon con algunos demonios de los que Muerte se encargó con poca dificultad, a Leah se le seguía erizando la piel con disgusto cuando recordaba su anterior encuentro. Continuaron avanzando hasta que se toparon con una entrada, misma que daba a unas escaleras de caracol que servían de acceso en una torrecilla secundaria y semidestruida por la que subieron hasta llegar a una puerta.

—Déjame hablar a mí ¿entendido? —le dijo el Jinete antes de entrar. Ella sólo asintió.

La habitación era amplia y circular, contaba con un pequeño desnivel superior en que se encontraba una especie de pozo de lava, de los pilares colgaban algunas cortinas desgarradas y el lugar se notaba vacío. El eco de un

gruñido rompió el silencio y un demonio menor hizo aparición. Muerte suspiró y tomando la temida forma de Segador lo partió por la mitad ante la vista de Leah quien arrugaba la nariz con disgusto. Polvo se deleitó engullendo uno de los ojos de aquella criatura.

—Puedes salir ya... Lilith. —la última palabra la dijo con desinterés, casi con pereza.

El pozo de lava que había en la habitación borboteó un instante y después brotó de él una figura demoniaca, alta, delgada y de caderas y pechos prominentes.

—¿Me culpas por esconderme? —su voz sonaba a fingida seducción. —Eres Muerte, donde vas nadie está a salvo... Ni siquiera tu madre. —Leah frunció levemente el entrecejo con algo de sorpresa.

—¡Tú no eres mi madre!

—¿Acaso no cree a Obsolom mezclando polvo de ángel y demonio? ¿Y no fue éste de quien nacieron los demás? Continúas negando la verdadera naturaleza de las cosas, incluso la tuya... —se teletransportó y apareció junto a Leah provocándole un sobresalto. Lilith le tomó el rostro con una mano, examinándola. —Todos son tan fáciles de corromper y acaban cayendo en la tentación. —retiró suavemente su mano.

—Eso no es verdad... —susurró Muerte.

—¿Ah, no? ¿Qué me dices de los Nephilim? Eran hermanos de los Jinetes, y los masacraron seducidos por el poder que les otorgaría el Consejo Abrasado a cambio. —sus tacones resonaban mientras caminaba.

—No se trataba del poder, Lilith, sino del equilibrio. Ellos eran una amenaza.

—Entonces, ¿por qué solo tú tuviste remordimientos? —tocó con la punta de los dedos los fragmentos del amuleto que Muerte llevaba incrustado en el pecho. —¿Por qué no arrojaste el amuleto al abismo como te ordenó el Consejo? —Muerte apartó su mano con brusquedad. —Guardaste sus almas para así algún día poder enmendar tu pecado...

—¿Mi pecado?! —la ofensa le había hecho perder momentáneamente los estribos. —¡La Corrupción nació de Obsolom! Y brota de él como marea negra. ¡Ayúdame a detenerla! Madre... ¿dónde está la Llave del Demonio? —había recalcado con tanto desprecio como le fue posible la palabra "madre". Leah sintió un profundo desasosiego, pero no pronunció palabra.

—En poder de Samael... Pero él se ha ido y con él la Llave ha desaparecido.

Muerte cerró los ojos un instante conteniendo su frustración y Lilith sonrió con sorna.

—Oh, no te preocupes, pequeño, el tiempo se puede revertir. —con un movimiento de su mano hizo aparecer un extraño brillo verdoso de formas triangulares que flotaban en el aire. —Con esto puedes volver a la fortaleza de Samael antes de su caída y recuperar la Llave... Sólo te pido que cuando llegues al Pozo de las Almas hagas lo correcto y resucites a tus hermanos. —su voz sonaba melosa.

Muerte no dijo nada más, se limitó a dejar que el destello se le adhiriera al brazo y empujó suavemente a Leah por la espalda hacia la salida.

—¡Cuanta dulzura! —se giraron para verla. —Espero que sepas que si sigues mezclándote con bestias no puedes esperar ninguna descendencia que sea digna... Aunque debió ser divertido, ¿no? Aún despides su aroma, humana. —concluyó Lilith entre risas y se desvaneció.

Leah se quedó quieta un segundo conteniendo la rabia que sentía subir por su estómago.

—No le des importancia. Le gusta crear discordia allí a donde va, no tiene caso. —le dijo Muerte volviendo a instarla a continuar avanzando.

Leah suspiró. Supuso que debería acostumbrarse a ese tipo de trato en un reino como aquél.

XXVIII. Samael

El tiempo transcurría entre comentarios ácidos, miradas furtivas, algún roce disfrazado de distracción y unos pocos encuentros más con algunos demonios menores en el camino que siguieron hasta llegar al portal que les conduciría hasta el Trono de Samael en el pasado. Leah se encontraba más animosa que los anteriores meses y hablaba con un poco más de energía en la voz, aunque limitándose a responder sin muchas más palabras de las necesarias los comentarios ocasionales de Muerte. A pesar del mal rato que había pasado con Lilith, se sentía un poco mejor. El Jinete sonreía internamente al verla al menos un poco envalentonada, aunque sabía que no se encontraba del todo bien.

—Esto debe ser. —señaló Leah al pararse frente a lo que parecía una incrustación de jade decorativa, justo encima de lo que anteriormente debió ser el asiento de aquél demonio.

—Sí. —se colocó junto a ella. —¿Lista?

La chica asintió y Muerte tocó aquella piedra que absorbió el poder que llevaba adherido al brazo y el portal se abrió. La tomó del brazo y cruzaron juntos.

El Trono se veía mucho más imponente en el pasado, las columnas se alzaban altas y gruesas y el suelo brillaba reflejando la lava en su pulido color ébano. Al frente y abajo del portal se encontraba Samael en persona. Leah tragó saliva y la piel se le erizó. Podía sentir instintivamente peligro, repugnancia y se puso en alerta. Hacía tiempo que no se sentía así de intimidada. Muerte se dio cuenta de su tensión, le colocó la mano en el hombro y se adelantó para descender por las escaleras laterales seguido por Leah.

—Así que el Consejo Abrasado envía a sólo un Jinete, incluso al pasado. —el demonio apenas y se movió, hablaba con la barbilla recargada en el

puño. —No. Esta visita es... extraoficial. —el Jinete se detuvo justo frente a él. —De hecho, nadie sabe que estás aquí.

—Ni un alma, ahora dame la Llave del Demonio, será nuestro secreto. — la burla se dejó entrever en la voz del Jinete.

Leah se mantenía un par de metros detrás de él. Observaba atentamente a Samael y la hizo dar un respingo cuando desapareció del Trono para aparecer detrás de Muerte. Con un solo movimiento de su mano alzó al Jinete en el aire arrancándole algún leve gruñido de dolor. Leah reaccionó por mero instinto y le disparó una flecha al demonio, misma que se partió apenas le tocó la piel. Se giró y clavó sus ojos en los de Leah, ella se estremeció fuertemente y sus pupilas se dilataron en terror. Samael sonrió.

—Patético. —y lanzó a Muerte al suelo, al centro de la sala.

—¡Muerte!

—¡Quédate allí! —le ordenó Muerte a la chica antes de que corriera hacia él y se puso en pie, manteniendo las guadañas en punto.

Samael se paseaba a su alrededor.

—Copias fallidas de un molde perfecto. Obsolom fue siempre más fuerte que ustedes. —y se transportó detrás del Jinete, quien detuvo su ataque con las guadañas teniendo algo de dificultad.

—Verás que tengo fuerzas de sobra. —replicó y lo hizo retroceder.

—Ah... Sí. Has superado muchos obstáculos para plantarte ante mí. —se transportó de vuelta a su trono. —Pero a veces el héroe muere al final. Pregunta a tu hermano. Y más aún cuando dejas que un ser tan irrelevante permita vislumbrar tu debilidad...

—No es ningún signo de debilidad... —murmuró Leah. Samael la miró con una ceja alzada y Muerte se giró hacia ella con incredulidad. —Hemos llegado hasta aquí, con todo en contra— su voz se alzó con mayor fuerza y coraje. —y no nos detendremos. No es debilidad, es valentía. Valentía de arriesgar todo por un lazo más allá de la comprensión de un demonio. Me han insultado, acallado, herido y llevado hasta el borde de la muerte, me

arrebataron todo aquello que tenía y me hicieron dudar, pero ya no, ahora sé que siempre hay algo porqué luchar y no voy a permitir que demerites así todo lo que esto significa.

Samael se echó a reír.

—¿Lo que esto significa? No irás a referirte a esa convivencia que llevan el Jinete y tú ¿Te das cuenta de la ingenuidad de tus palabras? Tú no has logrado nada. El Jinete te ha mantenido con vida por su propia conveniencia, para su propia satisfacción. Egoístamente te ata a una existencia que ya no te pertenece y tú le sigues como un perro fiel, te engañas a ti misma asiéndote de un propósito que no existe, quieres creer que hay un trasfondo detrás de todo esto pero no. No hay nada más allá del simple deseo carnal y la esperanza de utilizarte para redimir a su hermano, de otro modo ni siquiera te hubiera permitido que lo acompañaras. Todo ha sido una ilusión... Y te das cuenta de ello, ¿cierto?

Leah respiraba agitadamente y permaneció callada, agachó la cabeza.

—Lo imaginaba... —y sonrió nuevamente.

—Leah... —la chica alzó la cabeza, era la primera vez que escuchaba a Muerte llamarle por su nombre. —Sabes lo que tienes que hacer.

Leah se quedó inmóvil un segundo, después sonrió casi imperceptiblemente y se echó el arco a la espalda.

—¿Me das la Llave o tendré que quitártela? —dijo Muerte con hastío.

—Jinete... Ya sabes la respuesta.

Samael era tremendamente poderoso, sus ataques abarcaban grandes áreas y a Muerte le estaba dando bastantes problemas el dar con su punto débil. Leah había regresado a los escalones para ponerse a salvo, era mejor no estorbarle. Un ataque tras otro, estaban casi a la par en poder, salían volando pedazos de la estancia y los gruñidos de ambos seres se alcanzaban a escuchar acompañados por el sonido metálico que producían las guadañas de Muerte. Un solo segundo de retraso en la reacción de Samael le dio la ventaja suficiente a Muerte para darle un tajo en medio del pecho. Samael apenas y se

inmutó y se teletransportó a su trono.

—Interesante... Quizá incluso lo consigas. —le dijo con misterio en la voz. Miró a Leah con intensidad, pero ella le sostuvo la mirada. Samael sonrió. —En cualquier caso, será un espectáculo. —y desapareció dejando la Llave del Demonio tras de sí.

Muerte la recogió del suelo y se encaminó hacia Leah. Le sostuvo la mirada por unos instantes.

—Vámonos ya. —y partieron de vuelta al presente.

La negrura más intensa de la noche de los abismos cayó sobre ellos y una torre semi destruida y a medio camino entre Rocanegra y el Árbol les sirvió de refugio. Leah estaba sentada en una de las ventanas, observaba el exterior con mirada perdida en algún punto en el horizonte. Ella sabía todo lo que le había dicho Samael desde un inicio, pero le costaba mantenerse firme en su creencia de que aquello iba más allá de los intereses personales de cada uno. Había un motivo más fuerte... *Debía* haber un motivo más fuerte, de otro modo todo lo que había sucedido no tendría significado alguno. Incluso si existía dicho motivo estaba segura de que no era permanente y la sensación de acercarse al final le oprimía dolorosamente el pecho. Rodeó con los brazos sus propias piernas y suspiró largamente, intentando encontrar una válvula de escape, algo que le impidiera volverse a desmoronar por dentro. El súbito calor del calor de Muerte abrazándola desde detrás le reconfortó y la hizo temblar enormemente. Sería tan difícil... Y el Jinete la apretó un poco más contra sí y dejó descansar su frente en la nuca de ella. Leah se giró de pronto y estrelló sus labios contra los del Jinete como si le rogara algo que no podía expresar en palabras y sus lágrimas comenzaron a rodar. Muerte hundió sus dedos en la larga cabellera de ella sosteniéndola por el cuello y con el otro brazo la rodeó apegándose a ella lo más que le era posible y le siguió el beso. No había deseo ni perversión, pero era profundo, tan profundo que casi podían sentir cómo compartían el mismo aliento, tan profundo que les dejaba experimentar una intimidad largo tiempo oculta. Estaban en sintonía y por esa

noche nada más importó que mantenerse así, unidos y reposando uno en el alma del otro.

XXIX. Reencuentro

—Tengo la Llave, Padre Cuervo. —dijo Muerte acercándose al anciano mientras Leah le seguía de cerca. Habían llegado al Árbol de la Vida.

—Pues ya puedes entrar en el Pozo de las Almas. Pero si tomas ese camino, ya no habrá retorno posible.

La determinación podía verse claramente en los ojos de ambos. El apremio les estrujaba el corazón, pero estaban convencidos de estar haciendo lo que debían.

—Si he llegado tan lejos, no voy a retroceder ahora...

Padre Cuervo alzó la voz con indescifrable sentimiento.

—Cuidado, Jinete de la Muerte. Una oscura presencia guarda el Pozo, y en él pululan las semillas de la Corrupción.

—El Pozo está corrupto... —murmuró Leah más para sí que para los demás.

—Sí. Pero no de la forma anónima que han visto hasta ahora. La Corrupción ha elegido un campeón, una voz para lanzar su desafío.

—Entonces acabaré con esto, aquí y ahora. —Muerte avanzó un tramo sintiéndose impaciente, Leah lo miraba con tristeza en los ojos.

—Recuerda lo que has aprendido, Jinete. La Corrupción es el fin de todas las cosas, incluso la muerte... —Padre Cuervo sonaba como un viejo que aconsejara a un hijo temperamental, el sentimiento de intranquilidad se agudizaba en el pecho de Leah.

El Jinete se giró bruscamente y su tono sonó molesto.

—El Árbol, las Llaves, el Pozo... Algo me dice que me estás poniendo a prueba.

—Te pones a prueba tú, amigo. —el semblante del anciano conservó la tranquilidad impasible que siempre había tenido. —Por lo que has hecho, por

lo que tuviste que hacer. Ahora... afronta tu última prueba...

Muerte asintió y se adelantó hacia el Árbol. Leah se detuvo al sentir el agarre de Padre Cuervo en su brazo.

—Tú sabes lo que viene... ¿cierto?

—Lo imagino... —suspiró ella.

—¿Estás lista para soportarlo?

—Eso no tiene mayor importancia. Sólo quiero salvar a Morton...

—¿Estás segura de que ese es el único motivo por el que estás aquí? —la chica no respondió, sólo meditó internamente su respuesta. —Ve. Te necesitará

Asintió y tomó el lugar que le correspondía, frente a la Cerradura del Ángel en la Puerta del Árbol. Muerte le entregó la Llave pertinente sin mirarla y juntos las empujaron hasta que la Puerta cedió y comenzó a abrirse por sí misma. Detrás de ella se encontraba un pasillo corto que daba a una sala más amplia. Leah sintió escalofríos y una inminente necesidad de retroceder. Se calmó al sentir la mano del Jinete sobre su hombro y continuaron hacia la sala.

Un silencio sepulcral la invadía, pero fue interrumpido por aquella horrible voz que habían escuchado anteriormente, la primera vez que fueron transportados a través del Árbol.

—¿Te has preguntado, Muerte, por qué sigues intacto mientras la Corrupción pudre y consume a todos los que te rodean? —una figura enorme y amenazadora bajó desde la bóveda de la cámara hasta posarse en el suelo. —¿No será que ya estás contaminado por el pecado de la traición? —Muerte sintió arder los fragmentos del amuleto que llevaba incrustados en el pecho. —¿Cómo puedes derrotar a lo que anida en tu propio corazón? —miró a Leah y ella tenía una expresión inescrutable. —Has sido tan caprichoso... Tan necio. ¡No puedes detenerme sin condenar para siempre tu alma! —y alzó una enorme hacha salida de la Corrupción que manaba en forma de tentáculos de su espalda.

—Bien, así sea. —zanjó escuetamente el Jinete lanzándole una mirada a Leah que ella interpretó como una orden de que se mantuviera fuera de la zona

de peligro.

Obsolom dio el primer golpe, Muerte lo esquivó con agilidad hacia un lado y Leah corrió a la orilla de la sala preparando el arco mientras buscaba un punto débil. Era un enemigo formidable, sus ataques difícilmente eran esquivados y contraatacados por el Jinete y la chica corría de un lado a otro tratando de evitar las raíces de Corrupción que brotaban del suelo por momentos. Sin embargo, conforme Muerte iba golpeando a aquella mole ésta se movía más lentamente, era un cambio casi imperceptible pero fue beneficioso para Leah, que identificó un punto de color amarillo brillante que aparentaba ser parte de las entrañas mientras destacaba del resto de piel azul. Tensó el arco preparando una flecha pero perdió la concentración al verse atrapada en un matorral de Corrupción que la estrujaba y que le hacía sentir que le quebraría los huesos en cualquier momento. Muerte soltó un gruñido de frustración y al querer ir a auxiliarla recibió un puñetazo de Obsolom que lo envió al otro lado de la sala. Leah tomó con dificultad la flecha entre los dedos de la mano que le quedaba libre y la encajó con fuerza en una de las ramas. La maraña de ramas se tensó y luego la soltó. Recuperando el aliento apuntó rápidamente y disparó, la flecha dio en el blanco y Obsolom cayó de rodillas. El Jinete lo dio por vencido y preparó su golpe de gracia uniendo sus guadañas en una sola y al intentar dar ese último toque uno de los tentáculos de Corrupción lo empujó hacia atrás y le hizo perder el equilibrio. Obsolom se levantó y alzó el hacha, Leah disparó una nueva flecha que le dio en el dorso de la mano de modo que falló el golpe que iba dirigido a Muerte por muy poco. Con un bramido de ira, el corrupto Nephilim se abalanzó hacia Leah, momento que Muerte aprovechó para darle un tajo en una pierna, regresando su atención hacia él mismo. Obsolom intentó hacer un nuevo corte con el hacha pero Muerte lo esquivó y con un salto le clavó la guadaña de lleno en el pecho para después impulsarse con otro salto hacia atrás. Los dos oponentes se miraron un instante, desafiándose y Obsolom fue el primero en correr hacia Muerte, éste tomó su temida forma de Segador, desvió el ataque de su hacha y,

con un movimiento elegante, le cortó el brazo izquierdo, recobró su forma normal y le lanzó la guadaña, que nuevamente se clavó en su pecho. El Nephilim corrió hacia él y el Jinete saltó y tomó la empuñadura de sus guadañas y, haciendo una especie de palanca, le dejó un gran corte en el pecho. Obsolom se puso de pie, casi derrotado, y al encarar al Jinete éste le clavó nuevamente la guadaña en el pecho. Muerte dejó que la empuñadura se le resbalara entre los dedos y Obsolom cayó de espaldas, frente a él. Se había terminado.

—Toma mi mano una vez más, hermano... —dijo el derrotado extendiendo su brazo.

Muerte se acercó y Leah contuvo la respiración cuando creyó que sí se la tomaría y se relajó al ver que tomaba la guadaña y la extraía con un último tajo.

Todo volvió a ser silencio. Muerte se encaminó hacia la orilla de la plataforma de la sala ignorando a Leah, que había hecho un ademán de tomarle el brazo cuando pasó junto a ella y se detuvo mirando el Pozo de las Almas que se extendía debajo de ellos. Su voz sonó seca y distante.

—He matado a Obsolom, detenido la Corrupción... Y por fin estoy en el Pozo de las Almas... Sin saber qué debo hacer ahora. —concluyó con una risa irónica. Leah se abrazó a sí misma con los ojos anegados en lágrimas.

La figura de Padre Cuervo apareció junto a Leah. Le colocó una mano en el hombro y le dirigió una mirada sincera antes de aparecer junto al Jinete.

—Es muy sencillo— habló con suavidad. —Aunque muy complicado.

—No estoy de humor para acertijos, Padre Cuervo.

El anciano lo miró a los ojos.

—Puedes usar el poder del Pozo para restablecer el Reino de los Hombres... o puedes resucitar a los Nephilim. Y has de saber que una opción condena por siempre a la otra. —y le señaló con un dedo.

Muerte gruñó por lo bajo, escuchando los lamentos de las almas en el amuleto... Y los propios. Las lágrimas comenzaron a correr por el rostro de

Leah.

—Mi hermano, Guerra... Le protegería ante todo. Y... —miró de reojo a la chica que se hallaba a sus espaldas. Todo estaba ahora más que claro. Padre Cuervo le tomó el hombro.

—Devolver a los hombres a la Tierra requerirá sacrificio.

El Jinete se quitó la máscara y volvió hacia Leah. Ella lloraba con la cabeza gacha e intentaba disimular sus sollozos cubriéndose la boca con la mano, apenas se había vuelto consciente de que tanto le dolía el cuerpo, las heridas y el alma. Muerte sintió una dolorosa punzada en el pecho, mayor que ninguna otra que hubiera podido tener antes y le tomó una mano y le levantó el rostro. Le retiró el flequillo y la observó. Había cambiado tanto. Estaba delgada y pálida. Una digna mujer para la muerte, pero eso no era lo que él había esperado para ella y se aseguraría de que el rubor volviera a las mejillas y el color a los labios y la luz a sus ojos grisáceos que lo miraban con adoración... casi suplicando silenciosamente. Se inclinó y unió su frente con la de ella. Estaba temblando.

—Todo va a estar mejor. Te lo juro.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —le replicó Leah con la voz entrecortada por el llanto.

El Jinete le secó las mejillas.

—Alguien me enseñó a confiar.

Y la besó aferrando su cintura y su nuca como si fuera a ahogarse si la soltaba. Y ella se aferró a su cuello y dejó que él la alzara unos centímetros del suelo y sentía que en el beso se le iba la vida, quería suplicarle que se quedara allí por siempre. Con ella. La depositó de nuevo en el suelo y se separó lentamente de sus labios.

—Te amo, Leah... —dijo en un susurro casi inaudible y se separó dolorosamente de ella y se encaminó hacia Padre Cuervo nuevamente.

—Envíala a Tripsom.

Leah lloró con mayor fuerza sintiéndose desgarrar por dentro. No había

conocido el verdadero dolor hasta ese instante. Padre Cuervo la tomó de los brazos y la obligó a salir del Árbol sin permitirle mirar atrás.

—Ahora, escúchame, —le dijo una vez la hubo transportado a través del Árbol al País de las Fraguas. —tienes que ir a Tripsom, quédate allí hasta que yo te busque, ¿entendido?

Leah asintió levemente y Desesperación apareció frente a ella al tiempo que Padre Cuervo desaparecía. Se dejó invadir por el llanto nuevamente y cayó de rodillas, abrazándose a sí misma y maldiciendo su suerte. Casi deseó morir en aquél mismo instante. Desesperación bufó y agachó la cabeza metiendo el huesudo hocico entre sus brazos y le empujó el rostro intentando llamar su atención. La chica levantó la mirada y la cruzó con el corcel. Levantó una mano temblorosa y lo acarició y el caballo cerró los ojos ante el gesto. Ella le abrazó el cuello y Desesperación se alzó poniéndola de pie. Lo montó y la llevó sin parar hasta Tripsom.

* * * * *

Los dos años siguientes fueron eternos para Leah. Al llegar les había contado a grandes rasgos lo que había ocurrido y los Hacedores la escuchaban con una mezcla de lástima y preocupación. En los meses siguientes, las cosas habían progresado medianamente bien. La Corrupción había desaparecido casi por completo y Leah se había recuperado de sus heridas físicas, pero pasaba casi todo su tiempo sola, perdida entre ensoñaciones y recuerdos. Kan hacía bastante tratando de distraerla cuando la llevaba consigo en sus exploraciones, pero sin mucho éxito. De vez en cuando sonreía levemente o hacía un comentario ácido, pero ellos tenían muy claro que la pequeña niña que ellos se habían encargado de cuidar se había perdido en algún punto de su viaje junto con toda la viveza que los humanos jóvenes suelen tener.

Cuando comenzaba el tercer año que habría pasado en Tripsom, salió en una búsqueda solitaria. ¿Qué era aquello que buscaba? No estaba segura, pero era mejor que sentarse a suspirar al viento. Por rumores de Woodscream se

había enterado que el Apocalipsis había terminado y que el Consejo Abrasado había sido derrocado. Si eso era así, ¿por qué no había vuelto a buscarla? Se temía lo peor, pero su ya anestesiado y fatigado corazón no era capaz de sentir más de lo que ya le atormentaba. Mientras andaba por el enorme valle que se extendía las afueras de Tripsom, Polvo apareció de la nada haciendo que Leah se exaltara. Se posó un instante en su brazo, permitiendo que lo acariciara a modo de

saludo y luego revoloteó frente a ella exigiendo que lo siguiera. Y Desesperación volvió a aparecer frente a ella. Nuevamente cabalgaron juntos de regreso al Árbol de la Vida. Se detuvieron al llegar al tronco y Polvo se posó en una rama cercana. La base resplandecía levemente y Leah, como hipnotizada, lo tocó. Sintió la fuerte succión del portal y desapareció.

* * * * *

La luz del sol traspasaba los tablones que cegaban las ventanas de aquél edificio y le calaba en los ojos aún cerrados hasta que logró despertarla. Se levantó lentamente teniendo poquísima noción de dónde se encontraba. Se sacudió el polvo de la ropa y el pelo y miró alrededor. Había algunos escritorios, sillas ejecutivas y papeles de apariencia importante regados por todo el suelo. ¿Había vuelto a la Tierra? Estaba desarmada y no sabía que encontraría fuera. Forzó con dificultad las tablas de una puerta cercana y salió a la calle. Era un callejoncito a un lado del enorme edificio de oficinas abandonado y al final de este se observaba el ir y venir de un mundo de personas, algunas iban de traje distraídas en hablar por celular, otros eran jóvenes vivarachos que hacían bromas mientras cargaban sus mochilas y proyectos escolares. Continuó avanzando, incrédula. Salió a la concurrida avenida comercial. La misma avenida a la que iban cada día Morton y ella a provisionarse de comida cuando tenían dinero suficiente para ello. Se giró intentando encontrar un modo de salir de la ilusión mientras las personas a su

alrededor la miraban de forma extraña, con una mezcla de desprecio y curiosidad. Caminó despacio de espaldas, intentando razonar y chocó con alguien.

—Deberías tener más cuidado, ¿estás bien? —le dijo un joven alto y bien parecido, llevaba el cabello algo largo y ropa muy casual. —¿Leah? —le preguntó al mirarla a los ojos.

—Sí... —estaba adormecida por el entorno.

Ambos se miraron de pies a cabeza y una risa nerviosa brotó de los labios de Morton. Leah se echó a llorar y se sintió realmente aliviada después de tantos años. Morton la abrazó con fuerza y le acarició el cabello.

—Gracias... —susurró levemente mirando a los cielos y sintiendo la paz que habían tenido hacía tiempo, cuando Leah tenía 20 años. Cuando las cosas aún eran simples.

Leah sonrió internamente. Él había cumplido su promesa.

FIN

EPÍLOGO

El Consejo Abrasado no existía más. Ahora sólo quedaban los Cuatro Jinetes que habían asumido el cargo de mantener el equilibrio entre todos los reinos. La paz había vuelto y los hermanos celebraban por volver a estar juntos, excepto uno. Furia, Disputa y Guerra se daban cuenta de sus constantes escapadas al Estanque Prohibido que se encontraba en la misma Torre en la que habían confrontado al Arcángel hacía tiempo. Nunca les avisaba y se aseguraba de dejar en claro que no quería compañía, pero Guerra lo seguía en secreto. Desde una abertura que quedaba en el techo de la Torre podía observar la alta e imponente figura de Muerte, ataviado ahora con una túnica negra con bordados en oro que le daban el aspecto de una criatura infinitamente sabia y melancólica. Siempre que se inclinaba hacia el Estanque hacía la misma petición que le salía con un susurro de lo más íntimo de su interior.

—Muéstramela.

Y allí aparecía el reflejo de aquella mortal de cabello largo y negro como el azabache, los ojos grises cargados de pensamientos trágicos y los labios rosas y ligeramente resecos, de vez en cuando humedecidos por una bebida oscura que solía tomar en una taza. Muerte les había explicado a grandes rasgos lo que había sucedido, pero nunca mencionó a ninguna humana, y aunque Guerra lograba atisbar aquella conexión, no lograba acabar de comprender el por qué el observar a aquél sencillo y medio maltrecho ser se había convertido en el secreto mejor guardado de su hermano.

Era muy normal en él, el silencio, siempre el silencio. Se guardaba para sí mismo el placer de contemplar con los cabellos al aire a una mortal con quien no habría de tener contacto nunca. Se dio media vuelta y regresó con el resto de los Jinetes, dejando al Jinete Pálido sólo y recordando entre

murmullos inaudibles para todos, excepto para él.

Ella se encontraba saliendo de la cafetería en la que trabajaba después de un largo día que finalizó con una discusión con su jefe por haberle descontado injustamente algo del salario que malamente le otorgaba. Sin poner más reparos y harta de tener que escuchar las groserías diplomáticas que aquél hombrecillo regordete y bajito que se regodeaba en hacer dinero y mirarle las piernas a las chicas que trabajaban de meseras en el lugar. En fin, sólo quería volver a casa. Se colocó la gabardina de segunda mano que había adquirido hacía poco y salió al encuentro del viento que se hacía presente recién llegado el otoño, que aquél año se había visto mezclado con algunas lluvias inusuales.

Estaba nublado y había perdido toda esperanza de poder contratar un taxi si llovía. Un enorme autobús pasó junto a ella como un bólido, dejándola empapada de pies a cabeza al pasar por un charco. Sonrió con ironía y miró a los cielos.

—¿Te burlas de mí?

Un trueno estalló y una llovizna tupida comenzó a caer sobre ella. *Sí que lo hace.*

Sus tacones resonaban por las aceras de cemento, mientras apresuraba el paso para volver al pequeño, pero acogedor, departamento. Al abrir la puerta, un enorme gato con sobrepeso de color gris le esperaba exigiéndole con brillos verdes en los ojos una caricia y comida de inmediato. Casi en automático saludó en voz alta mientras se encargaba del alimento de su mascota. Morton no respondió, debía estar con su conquista más reciente en algún lugar barato. Sonrió ante su propia acidez. Dejó el plato de aluminio en el suelo y, después de recorrer el lomo del felino con los dedos, se retiró a su habitación, se deshizo de la ropa húmeda y tomó una ducha rápida para después vestirse con un ligero pijama de seda, servirse café instantáneo recién hecho y salir al pequeño balcón para recargarse en el barandal y observar el ajetreo nocturno de la ciudad. Había dejado de llover, pero el viento le hacía sacudirse en medio de escalofríos, pero no pensaba entrar, le recordaba a la

primera vez que lo había visto. Ella tenía 28 años ahora y no tenía ninguna esperanza de sobresalir de algún modo en aquél lugar. Se limitaba a sobrevivir. Pero había cambiado, no lloraba tan frecuentemente, ni el recuerdo del Jinete Pálido le torturaba como unas semanas después de dar por concluida su travesía, había cambiado el flequillo por un par de cortinillas largas que le enmarcaban desde la frente hasta las mejillas, y seguía muy delgada, aunque no estaba mal de salud.

Cerró los ojos intentando imaginar el cálido tacto que había recibido aquella vez y una voz conocida la sacó de su ensimismamiento.

—¿Es que nunca aprenderás que un humano no debe exponerse así al viento helado?

—Esperaba que lo preguntaras... —dijo ella con una sonrisa ligera y girándose para mirarlo.

Muerte le devolvía una sonrisa pícara desde la esquina contraria del balcón. Dejó que ella se acercara, con los ojos llorosos y las mejillas encendidas. Se inclinó y la besó suavemente, con calma, disfrutando de cada movimiento que hacían los labios de ella y la abrazó por la cintura. Aún tenía que pararse de puntillas para alcanzar a besarla. Se separaron y él le tomó el rostro entre las manos. Había cambiado, pero seguía siendo suya. Su Leah.

—¿Vas a dejarme de nuevo? —murmuró ella mirando al suelo.

—En realidad, pensaba pedirte que vinieras conmigo. —le soltó él de sopetón.

Alzó la vista y le sonrió.

—Creo que sabes la respuesta.

—Sí, lo sé.

Y la abrazó disfrutando nuevamente de la sensación de que ella se acurrucara en él, protegiéndola del frío mientras ella lucía frágil y vulnerable. Tal como al inicio.